

R B A

JIM THOMPSON

La huida



se

Título original: *The getaway*

Jim Thompson, 1959

Traducción: Maria Antònia Oliver

Editor digital: minicaja

ePub base r1.0



Capítulo 1

Carter «Doc» McCoy había encargado que le llamaran a las seis de la mañana y ya acercaba la mano al teléfono cuando el vigilante nocturno llamó. Siempre me despertaba con facilidad y de buen humor: era un hombre que no tenía resentimientos hacia el pasado y se enfrentaba al nuevo día completamente confiado y seguro de sí mismo. Doce años de rutina en la prisión habían convertido sus tendencias naturales en hábitos.

—Hola, Charlie. He dormido muy bien —dijo con voz amable—. Se supone que debería preguntarte lo mismo, ¿no? ¡Ja, ja! ¿Has pedido también mi desayuno? Buen muchacho, eres todo un caballero, Charlie.

Doc McCoy colgó el auricular, bostezó y se desperezó con placer sentándose en la gran cama antigua. Ladeó ligeramente el visillo de la ventana del callejón y echó una mirada al restaurante que permanecía abierto toda la noche, unas casas más abajo. En ese momento un camarero negro salía del lugar con una bandeja cubierta por una servilleta blanca, que se balanceaba en su mano. Cruzó el callejón con la lenta y hosca tranquilidad de quien está realizando una ineludible y desagradable tarea.

Doc guiñó los ojos traviesamente. Sin duda, la culpa era del chico. No tendría que haber alardeado ante Charlie acerca de la espléndida propina que «Mr. Kramer» le había dado: debió prever que, a partir de entonces, Charlie le relevaría del trabajo de subirle la bandeja. Pero —Doc entró en el cuarto de baño y empezó a lavarse— las cosas como son: un muchacho que hace un trabajo de esos, seguramente necesita cada una de las monedas que se le

puedan dar.

—Lo que son las cosas, Charlie —explicó, haciéndose el simpático, cuando el vigilante llegó con el desayuno—. Pero, entre gente como tú y yo, unos cuantos billetes de banco no hacen mucha diferencia... Bien, ¿querrás darle al chico esta propinita de mi parte? Dile que me dejaré caer por allí y le daré personalmente las gracias cuando regrese.

El vigilante se iluminó. ¡Él y Mr. Kramer! ¡Gente como *ellos*! Hubiera dado el dinero al muchacho aunque Mr. Kramer no lo hubiese dicho expresamente, aunque sólo lo hubiera insinuado.

Cuando el sentido de las palabras de Doc calaron en él, su rostro se ensombreció súbitamente.

—¿Cuando usted regrese? ¿Quiere... quiere decir que se marcha?

—Sólo por dos o tres días, Charlie. Un asunto de negocios que no puede esperar. Puedes apostar a que vuelvo y que añado estos días que estaré fuera al final de mis vacaciones.

—Bueno... —el vigilante suspiró un tanto aliviado—. Nosotros... yo, yo... quiero que sepa que estamos muy contentos de tenerle, Mr. Kramer. Pero, créame, yo no pasaría mis vacaciones aquí si fuera como... si fuera como usted. Me largaría lejos, a Las Vegas o...

—No, no, no creo que lo hicieras, Charlie. Eres demasiado prudente. Te hartarías pronto de todo aquello, como yo, y buscarías una ciudad bonita en donde pudieras gandulear sencillamente, en donde las cosas fueran fáciles y en donde pudieras encontrar algunas personas *de verdad* para charlar un rato —sacudió la cabeza vivamente y puso un billete en la mano del vigilante—. ¿Querrás cuidar de mis cosas mientras esté fuera, Charlie? Creo que no llevaré más que una cartera de mano.

—¡Por supuesto! Pero, por Dios, Mr. Kramer, no necesita darme veinte dólares solamente por...

—Pero los necesitas para cuidar a todas estas hermosas criaturas que llevas de las riendas —le dijo mientras le empujaba hacia la puerta—. No es que no le lo haya advertido, ¿eh? ¿Acaso crees que no sé que eres el robacorazones de la ciudad? ¡Ja, ja, ja! Bueno, que te sea leve, Charlie.

Charlie estaba ansioso por saber en qué se basaban aquellas halagadoras

conclusiones de Mr. Kramer, pero de pronto se encontró con que estaba en el vestíbulo y que la puerta de Mr. Kramer se le había cerrado en sus narices. Parpadeando soñadoramente, bajó y se dirigió nuevamente a la garita de portero.

En el tablón de señales relampagueaban varias llamadas. Charlie empezó a contestarlas con parsimonia, sin disculparse ante las preguntas acerca de si se había muerto o se había ido de vacaciones. Por aquel entonces todos los huéspedes debían saber que él era el único empleado nocturno del Beacon City Hotel. Desde las nueve de la noche hasta las nueve de la mañana tenía todo a su cuidado; había tantas cosas que hacer que apenas paraba en la garita. Y si alguien tenía quejas, que se largara a otro hotel: el más próximo estaba a treinta kilómetros de allí.

Charlie había tenido que acomodar a varios clientes más. Mr. Farley, el propietario, se lo había ordenado. Farley —¡el muy asqueroso tacaño!— calculaba que donde cabían dos, cabían tres, y era factible alquilar las mismas habitaciones haciendo trabajar un solo empleado nocturno en vez de dos.

Charlie bostezó adormecido y echó un vistazo al reloj de pared. Luego se dirigió tras el tablero de las llaves y zambulló el rostro en el empañado lavabo, secándose después con un extremo de la sucia toalla. Robacorazones, pensó, estudiando su cara granujienta en el espejo. ¡Oh, maravillosas criaturas!

De repente, se dio cuenta de que en Beacon City sólo había dos o tres chicas a las que remotamente se las pudiera calificar de verdaderas bellezas, y ninguna de ellas, a decir verdad, había puesto siquiera los ojos en su persona. Pero... bueno, quizá hasta el momento no las había buscado a fondo. No había tratado el asunto de una manera directa... ¡Y se podía decir que Mr. Kramer era todo un hombre, astuto e inteligente, que si había descubierto en él a un tipo que podía dar de sí era porque...!

Alejándose del mostrador, Charlie se irguió ante la puerta del vestíbulo: las manos cruzadas a la espalda, balanceándose orgullosamente sobre sus pies. El cristal estaba tan polvoriento, tan lleno de marcas de mosca, que servía, aunque inadecuadamente, de espejo, si bien sólo pudo verse medianamente apetecible.

Rose Hip, la encantadora hermanita de la lavandera china, se dirigía alegremente a sus asuntos escolares. Charlie la saludó con una reverencia y ella le sacó la lengua. Charlie sonrió bobaliconamente.

Después de aquello no se produjo nada más. Como rumió Charlie, se podía haber disparado un revólver en Main Street sin herir un alma. Se debía al reciente cambio de horarios, pensó Charlie. La gente todavía no se había acostumbrado. Quizá el reloj decía que se estaba haciendo tarde —las ocho menos cuarto—, pero para la gente aún no habían dado las siete.

Charlie empezó a alejarse de la puerta; luego, vacilando, al oír un familiar ruido de ruedas de carro, volvió a mirar. La mujer era la vieja «Crazy» Cvec, la trapera de la ciudad. Su carro desvencijado iba cargado hasta el tope de cartones, cajas, botellas y trapos. Vestía una bata raída, un viejo sombrero y unas zapatillas de tenis llenas de agujeros. La punta de una colilla de cigarro colgaba, hedionda, de su boca de labios hundidos.

Cuando Charlie le hizo un guiño, sus encías se separaron para dar forma a una desagradable mueca y la colilla le cayó encima de la bata. Aquello provocó en ella un paroxismo de loco cacareo, que concluyó agarrando las varas del carro y largándose apresuradamente dando saltitos sobre los dos pies. Charlie se reía convulsivamente. Levantaba una pierna y la sacudía como si una abeja zumbara debajo de los pantalones. Entonces...

—Que me asen... —dijo una voz chillona—. Sí señor, que me asen si lo entiendo...

Era Mack Wingate, guardia de banco y residente antiguo del hotel. Mack Wingate, vestido con su uniforme azul-gris y su gorra, con su rostro plomizo desencajado por una mirada de ácido asombro.

—Así que es tu chica —dijo—. Tú y la Loca Cvec. Bueno, espero que hagas la mejor parte del negocio...

—¡Eh, oye! —El portero había enrojecido, estaba furioso—. ¡Será mejor..., anda, lárgate a llenar tus tinteros! ¡Vete a limpiar las escupideras!

—Me imagino que debes sentirte muy orgulloso, ¿eh, Charlie? Yo también lo estaría con esta madrecita para mí, y seguramente conseguirás que la Loca madure, aunque es difícil decir quién está más verde, ella o...

—¡Basta! —gritó Charlie desesperadamente—. Ya veo que lo sabes todo,

¿verdad? Todo acerca de ella, ¿no Mack?

—No te preocupes, muchacho. Sé reconocer el verdadero amor cuando lo veo, y no dudo que haya surgido entre vosotros dos.

—¡Vete al infierno, Mack! Tú... —balbuceó en busca de una palabra realmente efectiva—, tú... ¡Te lo advierto por última vez, Mack! No te dejaré cocinar ni una vez más en tu habitación. Si vuelves a hacerlo...

Wingate eructó despidiendo un olor de bollos y café:

—Pero, ¿verdad que me dejarás cocinar tu pastel de boda, Charlie? ¿O quizás esperes que tu novia lo saque de entre los desperdicios?

Charlie profirió unos sonidos estrangulados. Sus hombros cayeron desmayadamente. Estaba cansado de discutir con el guardia de banco, no quería pelearse con él. Nadie en la ciudad quería hacerlo. Dijeras lo que dijeras, él lo ignoraba y volvía al ataque con más fuerza que antes. Y no te dejaba nunca, a menos que encontrara a otra persona a la que importunar... y esta vez tenía para rato.

El guarda agarró una mano inerte de Charlie y se la estrechó vigorosamente.

—Deseo ser el primero en felicitarte, Charlie. Realmente, vas a convertirte en alguien importante cuando tú y Crazy... No sé qué más decirte, pero...

—¡Sal de aquí inmediatamente! —susurró Charlie—. Y, habla con alguien de todo esto y...

—Claro, claro... quieres que se extienda la noticia —dijo Mack Wingate con odiosa amabilidad—, no ocurre todos los días que un hombre se eche novia. No te preocupes, no será necesario que mandes tarjetas de comunicación... yo ya me encargaré de decirlo a todos.

Charlie se volvió bruscamente y se metió en la garita. Mack rio y, resoplando, empezó a cruzar la calle.

En la acera opuesta se detuvo un momento, vacilante, con la mano apoyada en la culata de su pistola, mirando deliberadamente a izquierda y derecha. Unas cuantas casas más abajo, un coche doblaba la esquina lentamente. No había nadie cerca de allí, excepto un vigilante de almacén que hacía su ronda y un granjero que conducía un tractor y ambos eran viejos

conocidos suyos. Mack se volvió y abrió la puerta del banco.

Entró rápidamente y cerró la alarma automática. Subió los peldaños que conducían a la puerta interior y entonces —al menos así le pareció a Charlie— tropezó con sus propios pies y desapareció en el oscuro interior del banco.

Charlie se felicitó a sí mismo, satisfecho. Deseaba ver la expresión del rostro de Mack cuando sacara la cabeza por la puerta y lanzara una rápida ojeada alrededor antes de cerrar de nuevo. Charlie se imaginaba que después de una caída tan estúpida como aquella, seguro que volvía a asomarse para cerciorarse de que nadie le había visto o, en caso contrario, para darle explicaciones... ¡un guardia de banco que no sabe hacer nada mejor que dar traspiés! Y pueden estar seguros de que Mack se las vería con Charlie si decía algo más sobre alguna otra cosa...

Lamentablemente, Charlie no pudo permanecer a la espera porque, precisamente entonces, la luz de Mr. Kramer relampagueó en el tablón de llamadas. Y era una persona a la que Charlie nunca hacía esperar.

«Mr. Kramer», este príncipe entre los hombres, sería el primero en decirlo.

Capítulo 2

Era de dudar si Rudy Torrento había conseguido alguna vez en toda su vida pasar una buena noche durmiendo. La oscuridad le aterrorizaba. Ya desde la infancia, la noche y el sueño que era normal en ella se le habían asociado indeleblemente con el terror, con una caída y con una sepultura debajo de una inmensa montaña de carne, con la idea de que le agarraban por el pelo y una mano le dejaba imposibilitado mientras que otra le golpeaba hasta insensibilizarlo.

Tenía miedo de dormir e igualmente temía el despertar; desde el amanecer de su memoria, los días también se habían identificado con el terror. En todo caso, sin embargo, su miedo era de diferente clase. Un ratón acorralado debía sentir lo mismo que Rudy Torrento sentía al tomar conciencia cada día. O una culebra con la cabeza atrapada entre los dientes de una horca. Era un miedo enloquecedor, agresivo, ultrajante y furioso; una sensación de escalofrío que se iba apoderando del hombre cuya existencia dependía de él.

Era paranoico, de instinto increíblemente aguzado y con la astucia de un animal. Era también muy vanidoso. Así pues, por una parte estaba seguro de que Doc McCoy intentaría matarle tan pronto como hubiera servido para sus propósitos y, por otra, no podía admitirlo. Doc era demasiado elegante para enredarse con Rudy Torrento: sabía que nadie echaría una mano a Rudy.

Cuando las primeras luces del día cruzaron las ventanas con persianas de la vieja granja, Rudy se sentó gruñendo, con los ojos todavía cerrados, y

empezó un violento movimiento nervioso de todo su cuerpo. Sus nervios se habían quebrado y vuelto a quebrar antes de que él fuera lo bastante mayor para escaparse. Y ahora, él y sus nervios habían crecido juntos y se habían convertido en una masa de cartílagos, huesos y tejidos de ensambladura que dolían terriblemente cuando se resfriaba o cuando permanecía mucho tiempo en la misma posición.

Cuando hubo colocado huesos, nervios y cartílagos en una posición medianamente confortable, revolvió buscando entre las mantas hasta encontrar whisky, cigarrillos y cerillas. Tomó un trago largo de alcohol, encendió un cigarrillo, aspirando profundamente, y, de pronto —con estudiada rapidez—, abrió los ojos.

El inútil Jackson le estaba mirando fijamente. Era más lento que Rudy con el gatillo y continuó observándole durante un rato más.

Torrento parpadeó con siniestra jovialidad:

—Tienes una jeta como un búho, nene. Eres un pedazo de animal con la cola entre las patas.

—Mmm... ¿Qué? —el muchacho se despertó súbitamente—. ¡Eh! ¿Qué significa esta broma? ¿Quieres decir que he estado aquí sentado, dormido con los ojos abiertos?

Los labios de Rudy se separaron en una mueca agresiva, malhumorada. Dijo sí, señor; aquello tenía una gracia grotesca. Pero no tanto, naturalmente, como la manera como él miraba.

—El doctor que ayudó a mi madre cuando nací me hizo esto, Jackie. Me echó un bonito cubo de agua encima, ¿sabes?, todo para que las cosas fueran más fáciles para ella. Por eso me pusieron este mote... «Uúho» Torrento. ¿No sabes que durante mucho tiempo tuve un nombre de verdad? ¿Quizá también a ti te gustaría llamarme Búho, verdad Jackie?

El muchacho sacudió la cabeza nerviosamente. Incluso en las antípodas de donde se hallaban, la suspicacia de Rudy acerca de su apariencia era una leyenda. No podías llamarle Búho de la misma manera que llamabas «Conejito» a Benny Siegel. La mera mención de este animal en su presencia era capaz de inspirarle la furia más asesina.

—Necesitas un poco de café, Rudy —dijo el muchacho mansamente—.

Un poco de café bien caliente y un par de estos magníficos bocadillos que compré ayer por la noche.

—¡Te he hecho una pregunta!

—De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo —murmura el muchacho vagamente, mientras llena una taza de humeante café con una botella termo. Luego la lleva al gángster, junto con un bocadillo.

Por un instante, Rudy permanece inmóvil, contemplando fijamente, sin ver, con ojos extremadamente brillantes. De súbito, estalla en una carcajada, como si hubiera recordado algo muy gracioso, algo capaz de divertirle cuando ya nada le divierte.

—Tienes coraje, Jackson —dijo Rudy, resoplando y ahogando las palabras—. Todo un tipo, eso eres.

—Bueno —respondió el chico modestamente—. No lo digo por nada, pero cualquiera que me conozca te dirá que cuando llega el momento de poner las cartas boca arriba, yo... bueno...

—Bueno, bueno... ya veremos, Jackson. Ya veremos qué llevas dentro.

De nuevo Rudy se convulsionaba. Y entonces, en uno de sus bruscos e imprevisibles cambios de humor, se halló lleno de piedad por el chico.

—Anda, come Jackie —dijo—. Sírrete un poco de café y toma un bocado.

Comieron. A la segunda taza de café, Rudy dio un cigarrillo al chico y se lo encendió. Jackson se sintió animado a hacer preguntas y, por una vez, el gángster no replicó con insultos ni con órdenes de cerrar el pico.

—Bueno, Doc no ha decidido este asunto de Beacon City por casualidad —dijo—. Doc nunca hace las cosas por casualidad. Él ya tenía un plan y entonces empezó a buscar el lugar perfecto para llevarlo a cabo. Probablemente ha estado investigando durante dos o tres meses, debe haber viajado por docenas de lugares antes de instalarse en Beacon City. Primero busca un banco que no sea miembro del Sistema Federal de Reserva, luego, ¿qué? —Rudy frunció las cejas al interrumpirse—. Bien, ¿qué diablos estás pensando?

—¡Oh! ¡Oh!, ya entiendo —dijo el muchacho rápidamente—, así los Federales no se presentarán en ningún caso, ¿verdad Rudy?

—Exacto. La cuestión es que estén entretenidos en cualquier otro robo de banco y que no merodeen por los alrededores. Bueno, primero obstruye esta entrada y luego se dedica a otras interesantes consideraciones. Si un banco hace pocas o ninguna operación de ahorro, significa que tiene mucha más pasta de la que pueden prestar, lo que impulsa a Doc a hacer los más encantadores proyectos: y entonces no tiene más que poner condiciones... lo has visto impreso en el periódico, ¿eh? ¿Cuánta pasta deben haber conseguido?

—Lo he visto, pero nunca me ha interesado demasiado. Bueno, quiero decir que siempre me ha parecido que sólo consiguen lo suficiente para pagar unas cuantas facturas. Al final del año no llegan a tener más dinero del que tenían al principio.

—Estoy contigo —cloqueó Rudy—. Pero significan mucho para Doc. Puede leer cosas en ellos como si lucran historietas.

—¿Astuto, verdad? Un verdadero cerebro —el muchacho sacudió la cabeza con admiración sin darse cuenta del súbito ensombrecimiento de Rudy—. Pero, ¿por qué vamos a desviarnos tanto de nuestro camino, Rudy? ¿Por qué ir siempre de un lado a otro del país cuando estamos sólo a unos cuantos cientos de millas de la frontera?

—¿No te gusta, verdad? —dijo Rudy—. Estúpido renacuajo, están esperando que viajemos en línea recta.

—Ya lo sé, ya lo sé —balbuceó Jackson apresuradamente—. ¿Y qué hay del lugar en donde nos esconderemos? ¿Es verdad que no se obtendrá nuestra extradición de allí? ¿De ninguna manera?

—No tienes que preocuparte por eso —dijo Rudy, y de nuevo volvió a sentir piedad por el chico—. Allí hay un vejestorio, *El Rey*, así se dice en Méjico, bueno, él y su familia, sus hijos, sus nietos, sus sobrinos y demás, gobiernan el lugar, el estado o la provincia, o como diablos lo llamen. Lo dominan realmente, ¿entiendes qué significa eso? Son los amos, los jueces, los perseguidores y todo lo demás. Mientras pagues y no te líes con la gente del lugar, puedes vivir allí magníficamente.

—Pero, mira, ¿qué puede impedirles que nos saqueen y nos dejen en la estacada? Quiero decir, bueno... quiero decir que no sería demasiado

agradable, ¿verdad? El mundo se les caería encima y no conseguirían más clientes...

—Si tuvieran uno como tú ya no querrían tener más —gruñó Rudy—. Esparcerías gérmenes de idiotez a tu alrededor y toda la población se volvería estúpida.

—Lo siento... no quería decir nada.

—Y no has dicho nada. Un cero así de gordo, eso es lo que eres —dijo Rudy. Y aquello fue el final de su piedad.

Se habían afeitado la noche anterior y también se lavaron, echándose mutuamente agua de una jarra en las manos. Se peinaron, cepillaron sus ropas cuidadosamente con una escobilla hecha con paja. Luego, completamente vestidos, se examinaron mutuamente.

Llevaban ropas oscuras, camisas blancas y sombreros flexibles. Excepto por las armas de sobaquera y sus carteras de mano, no tenían nada de extraño cuando salieron por la puerta trasera y se dirigieron al coche. Las carteras eran grandes —mucho más de lo que lo parecían— y ambas llevaban unas letras grabadas: OFICINA DE ESTADO, y debajo, también grabado: Inspectores de Banco. El coche, con su inmenso motor en forma de cuchara sopera, parecía un cacharro negro de bajo precio.

Jackson se encaramó en él con las carteras, abrió la puerta del lado del conductor y puso el motor en marcha. Rudy escudriñó el camino tras la casa abandonada. Acababa de pasar un camión, camino de Beacon City. No había nada más a la vista. Rudy se encaramó al coche, hizo vibrar el motor y lo condujo, dando tumbos, por el camino serpenteante y lleno de hierbajos.

Saltó a la carretera principal y las ruedas chirriaron. Se relajó, aminorando la velocidad y respirando larga y profundamente. Si alguien les había visto viniendo a través del campo no tendría ninguna importancia. Podían haberse salido accidentalmente de la carretera o quizá para asegurar una rueda. Sin embargo, todo aquello eran suposiciones y las suposiciones eran mal asunto. Un pequeño error, uno solo, sería suficiente para dejarle fuera de combate, para que Rudy el Búho fuera encerrado en el penal de Alcatraz por diez años.

Lanzó una ojeada a su reloj de pulsera mientras conducía. Entrarían en la

ciudad en el momento indicado y Rudy hablaba al muchacho en voz baja y tranquila:

—Ahora es cuando todo va a empezar a ir bien —dijo—. Doc conoce su oficio, yo conozco el mío. Tú todavía estás verde, pero eso no importa. Sólo tienes que hacer exactamente lo que se te ha dicho: sencillamente seguir mis indicaciones, y vamos a funcionar como el humo a través de una chimenea.

—No tengo miedo, Rudy.

—¿Tener miedo? ¿Qué diablos dices? Ponte un tapón de corcho.

En la esquina, a dos casas del banco, Rudy aminoró la marcha, avanzando la punta del coche para poder ver la calle más ancha. Habían llegado en el momento exacto, pero Mack Wingate, el guardia, no estaba allí. Automáticamente, Rudy caló el motor y luego empezó a chapucear con las marchas. El muchacho se volvió hacia él con el rostro sin color.

—R-Rudy... ¿Q-qué es...?

—Tranquilo, tranquilo, Jackie, muchacho —dijo Rudy con palabras reposadas, pero con los nervios a punto de estallar—. El guardia se ha retrasado, ¿ves?, pero eso no tiene la menor importancia. Si no se deja ver pronto, vamos a dar la vuelta y...

En aquel instante el guardia salía del hotel y cruzaba la calle rápidamente. Rudy esperó unos segundos y luego, suavemente, puso el motor en marcha y dobló la esquina. En menos de un minuto, después que el guardia entrara en el banco, Rudy estacionaba el coche frente al establecimiento.

Él y Jackson salieron del coche cada uno por su lado; el muchacho se demoró uno o dos pasos tras Rudy. Cruzaron la calzada con sus carteras vueltas a fin de que los títulos oficiales estuvieran bien a la vista. Rudy inclinó amablemente la cabeza al pasar ante el guardia de almacén y a su vez recibió una mirada distraída. Inclinado sobre su escoba, el hombre siguió en baba mientras Rudy llamaba a la puerta del banco.

El chico respiraba pesadamente, apresurándose tras los talones de Rudy. El gángster llamó:

—¡Eh, Wingate! ¡Date prisa, abre! —y lanzó una tranquila mirada al guardia de almacén—. ¿Sí? ¿Ocurre algo, señor?

—Eso mismo iba a preguntarle a usted —dijo el hombre con indiferencia

—. El banco no está en dificultades, ¿verdad?

Muy lentamente, con los ojos sombríos, Rudy le miró de pies a cabeza.

—El banco no está en ninguna dificultad —dijo—. ¿Le gustaría a usted que así fuera?

—¿A mí? —la cabeza del hombre se irguió en señal de protesta—. Yo lo decía nada más que por hablar, ¿sabe usted? Estaba bromeando.

—Hay una ley que castiga esta clase de bromas —le explicó Rudy—. Quizá sería mejor que se dedicara a otra clase de chistes, ¿no cree?

El guardia cabeceó débilmente. Se volvió y penetró en su establecimiento, mientras Rudy y el muchacho entraban en el banco.

Rudy arrancó la llave de la puerta después de haberla cerrado. El chico dejó escapar un resoplido de estupor señalando con un dedo tembloroso el cuerpo desmadejado del guardia:

—¡Mírale! Pa-parece como si se hubiera atravesado la cabeza con una pluma...

—¿Quién eres tú? ¿Acaso el forense? —vociferó Rudy—. ¡Quítale la gorra! ¡Y tú, quítate la chaqueta y ponte la suya!

—Este individuo de afuera, Rudy, ¿c-crees que ha...?

Torrento le dio un fuerte empujón en el hombro. Luego, mientras el chico se tambaleaba, le cogió por las solapas y le arrastró hasta tenerlo a un centímetro del rostro.

—Hay sólo dos personas por las que tienes que preocuparte, ¿entiendes? Sólo tú y yo. Y deja de dar respingos o de aquí sólo saldrá uno de los dos — Rudy le dio una violenta sacudida—. ¿Has comprendido? Pues ahora intenta que no se te olvide.

El brillo de los ojos de Jackson desapareció. Bajó la cabeza y dijo bastante calmado:

—Ya estoy tranquilo, Rudy. Ya verás cómo lo hago bien.

Se puso la chaqueta y la gorra del guardia, con la visera calada en la frente. Luego, puesto que Rudy temía que el hombre muerto provocara el pánico entre los otros empleados, arrastraron su cuerpo hasta las mesas y lo taparon con una alfombra.

De nuevo en el vestíbulo, Rudy instó al muchacho a un último ensayo.

Evidentemente, se suponía que no debía atisbar por la puerta. Tenía que actuar con naturalidad, intentando evitar la luz, pero que no se notara. Y cuando abriera la puerta, no tenía que dejar ver más que la manga de su chaqueta y quizá la visera de la gorra.

—No es necesario que les saludes, ¿entiendes? Ellos no saben que algo va mal, y si lo saben no hay nada que nosotros podamos hacer para solucionarlo. Ahora —Rudy golpeó el cristal superior de una de las ventanillas—, ahora, ahí tienes de nuevo el santo y seña: así sabrán si se trata de uno de los esclavos a sueldo de este banco o si es algún despistado que viene por cambio antes de hora. Darán tres golpes, toc-toc-toc, así, ¿entiendes? Luego otro y otro, toc-toc. Tres y dos.

—Entiendo —afirmó Jackson—. Lo recuerdo bien, Rudy.

—Menudo santo y seña, ¿eh? Seguro que a Doc sólo le costó saberlo dos o tres minutos, con unos prismáticos. Pero solamente los tres empleados utilizan esta señal, y se dejarán ver entre este momento y las ocho y media. El pez gordo llega alrededor de las nueve menos cuarto y no llama. Solamente rasca en la puerta y grita: «¡Wingate, Wingate!».

Rudy miró el reloj y empezó a actuar. Tomaron posiciones a cada lado de la puerta. Rudy sacó su arma y entonces se oyó un toc-toc-toc, y luego toc-toc.

El muchacho se estremeció, vacilando durante una fracción de segundo. Finalmente, cuando Rudy le hizo una señal con la cabeza, animándole gravemente, se recuperó y abrió la puerta.

Capítulo 3

Cuatro meses antes, cuando ya era seguro que Doc iba a conseguir el perdón de su segunda y última caída, su esposa, Carol, había discutido violentamente con él en una visita que le hizo a la prisión. Le anunció que estaba haciendo diligencias para obtener el divorcio y que actualmente empezaban los procedimientos en su contra; quedaron a la expectativa hasta que ella pudiera adquirir el dinero para proseguir los trámites. Poco después, con la anunciada intención de cambiar su nombre y empezar una nueva vida, la mujer subió al tren que la llevaría a Nueva York... vagón de tercera sin reserva de asiento. Y todo hacía suponer que así sería.

Sólo que no fue a Nueva York ni solicitó el divorcio: nunca había pensado hacerlo y en ningún momento había experimentado el más ligero deseo de tener otra vida que la que tenía.

Al principio quizá tuvo alguna noción de conciencia que le impulsó a reformar a Doc. Pero ahora no podía pensar en ello sin torcer su pequeña boca, sin dar un respingo debido más al desconcierto que al embarazo ante su pasado punto de vista.

¿Reforma? ¿Cambio? ¿Por qué y de qué? Los términos no tenían sentido. Doc le había abierto una puerta y ella había entrado adoptando un nuevo mundo y siendo adoptada por él. Y ahora era difícil creer que hubiera existido o existiera otro mundo. La actitud amoral de Doc se había convertido en su propia actitud. En cierto sentido, la mujer se había vuelto más como Doc que el propio Doc. Más comprometedoramente persuasiva cuando quería

serlo. Más dura cuando la dureza parecía ser necesaria.

Doc la había importunado acerca de esto en una o dos ocasiones, hasta que comprendió que aquello la molestaba. «Un poco más de *esto*», parecía querer decirle, «y te mandamos de nuevo al estante de los libros inservibles». Y si bien Carol no se enfadaba por sus bromas —era casi imposible estar enfadada con Doc—, tampoco las apreciaba demasiado. Le daban un vago sentimiento de indecencia, de estar expuesta desagradablemente. Había experimentado la misma sensación cuando sus padres se obstinaban en exhibir uno de sus retratos de cuando era bebé; una vulgar exposición de desnudez infantil que se extendía sobre una alfombra blanca de lana.

Era su retrato, de acuerdo, y, sin embargo, no era ella realmente. Entonces, ¿por qué no olvidarlo? Olvidar también que más de dos décadas después que fuera tomada la fotografía, ella era todo lo sosa, apagada, poco atractiva e indeseable que puede ser una joven.

Por aquel entonces trabajaba en una librería. Vivía con sus voluminosos padres de mediana edad y cada día se hundía más en el modelo de la solterona. No tenía otra vida que la no-vida de su trabajo y su hogar. Tenía rasgos agradables y su pequeño cuerpo bellamente redondeado. Pero la gente sólo veía en ella su forma de vestir, descuidada y modosa, la poca gracia de sus maneras, y pensaba en ella como en un ser simplemente doméstico.

Entonces había venido Doc —según sus palabras, a la búsqueda de un nuevo empleo— e instantáneamente había visto en ella la mujer que era en realidad; y con su agradable sonrisa, su amable persuasión, su inofensiva persistencia, había sacado a aquella mujer de su concha. Oh, no había sido cosa de minutos, naturalmente. Ni siquiera de días. Ella se había comportado como un ser asustadizo, como correspondía a su educación. Parpadeaba, enrojecía, lo colocaba en donde ella creía que era «su lugar». Pero no se pueden hacer cosas así con Doc, porque, de alguna manera, parece que estas cosas te duelen más a ti que a él. Así pues, había claudicado —solamente un poco— y al minuto siguiente, ya estaba en el umbral de aquella maravillosa puerta. Y la puerta se cerró firmemente tras ella.

Sus padres se habían lavado las manos respecto a su hija. «¡Qué padres!», había pensado con desdén. Había perdido sus amigos, su posición en la

comunidad. «¡Vaya amigos, menuda posición!». Había adquirido una ficha policial:

«Carol (Ainslee) McCoy. Sin mote. Fotografía y huellas digitales reclamadas por orden del tribunal. Tres arrestos. Sin pruebas ni convicciones. Sospechosa de complicidad en asesinato, robo a mano armada, robo en banco, junto con su marido "Doc" (Carter) McCoy. Puede trabajar como taquimeca; trabajos generales de oficina. Puede parecer atractiva o desagradable, amistosa o antipática. Un metro sesenta. Cincuenta quilos. Ojos verde-grises. Cabello castaño, negro, rojo o rubio claro. Edad, 30-35 años. Acercársele con precaución».

Carol sonrió para sí misma y se miró en el espejo retrovisor. «¡Vaya ficha!». Había más agujeros en aquella ficha que en sus gordas cabezas.

Desde su ostensible partida para Nueva York, había estado trabajando de cajera nocturna de un restaurante, en una ciudad a unas quinientas millas de distancia. Naturalmente, con nombre supuesto y con un aspecto totalmente distinto del que tenía ahora. Ayer por la mañana había dejado el empleo (para reunirse con su marido, sargento de Marina, en Georgia), había dormido todo el día, después alquilado un nuevo coche y partido hacia Beacon City.

A las ocho de la mañana estaba a sesenta millas de la ciudad. Después de desayunarse con bollos y café que había comprado y traía consigo, y de un rápido aseo en una estación de servicio, se sintió completamente descansada y animada a pesar de las muchas horas que llevaba al volante.

Su jersey de cachemira, de cuello alto, marcaba la ligereza de su talle, la gracia de sus caderas y los ricos contornos del busto. Una gorra masculina de gran visera cubría su cabeza y su pelo —ahora castaño claro— flotaba por debajo de la gorra en una graciosa cola. Llevaba las piernas de finos tobillos cubiertas con unos pantalones ceñidos, de manera que parecían una segunda piel.

Estaba despampanante, joven y alegre. Estaba —bueno, ¿qué mal hay en la palabra?— sexy. Con un hormigueo agradable, Carol decidió que no había nada de malo en todo ello.

No había visto a Doc desde su disputa en la prisión. Su único contacto había sido a través de breves, cautelosas y emocionalmente insatisfechas llamadas telefónicas a larga distancia. Así había tenido que ser y Carol —que era una buena parte de Doc—, al igual que éste, no se había desesperado para que fuera de otra forma. Sin embargo, esto no quería decir que ella estuviera casi delirante de felicidad por el hecho de que aquellos largos meses de separación hubieran acabado.

Doc estaría muy satisfecho de ella, lo sabía. Muy satisfecho de su apariencia; de todo lo que había hecho.

El coche era un deslumbrante convertible amarillo. El equipaje iba amontonado en el asiento trasero y el suelo estaba lleno de palos de golf, cañas de pescar, raquetas de tenis y otros implementos vacacionales. Las maletas brillaban con los adhesivos de diferentes hoteles y agencias de viajes. Una de éstas contenía una gorra similar a la que llevaba puesta, unas gafas de sol y una elegante chaqueta sport. Todo estaba preparado para el momento en que se tuviera que acomodar el botín del banco.

Debían ser muy visibles mientras viajaran y aquella visibilidad les daría seguridad. Le había enseñado Doc que cuanto más obvia y abierta fuera una cosa, tanto menos riesgo había de llamar la atención.

Empezó a conducir lentamente, a mirar cada vez con más frecuencia el reloj de la tabla de mandos y el cuentakilómetros. A las nueve vislumbró una humareda negra en la distancia; luego una ondulante nube oleosa. Carol cabeceó aprobadoramente.

Doc había llegado a tiempo, como siempre. El humo significaba el final feliz de la segunda media parte del robo. Lo que quería decir, ya que una parte dependía de otra, que también la primera había salido bien.

Echó otra ojeada al reloj y aminoró todavía más la marcha. En la cima de la colina detuvo el coche y empezó a subir el capó. Un camión y dos coches se le adelantaron y el conductor de uno de ellos aminoró con la idea de ofrecerle su ayuda. Carol le hizo con la mano un signo de que no necesitaba ninguna ayuda y el conductor se dio por enterado; entonces volvió a sentarse tras el volante.

Encendió un cigarrillo, lo arrojó después de echar unas cuantas bocanadas

y miró fijamente a través del parabrisas. Las nueve y cuarto; no, eran ya casi las nueve y veinte. Y todavía no había recibido la señal: el parpadeo de un faro izquierdo. Ciertamente, uno de aquellos coches que se acercaban a lo lejos había desaparecido súbitamente de la carretera —y ahora otro por la derecha—, pero aquello no quería decir nada; había muchos desvíos. Por lo menos tres senderos que llevaban a tres granjas alineadas y otros que llevaban de una granja a otra.

En cualquier caso, Doc nunca cambiaba los planes en el último minuto. Si parecían indicados estos cambios, sencillamente dejaba el asunto, para siempre o para más tarde. Así, pues, dado que había dicho que habría una señal...

Carol puso el coche en marcha. Cogió una pistola del compartimento de guantes, la escondió dentro del cinturón de los pantalones y la cubrió con el jersey. Luego empezó a conducir a toda marcha.

El desayuno de Doc McCoy se había enfriado antes de que pudiera desembarazarse del guardia de noche. Pero se lo tomó con una alegría que tanto podía ser aparente como real. Era difícil decirlo, tratándose de Doc; era difícil saber si realmente le gustaba algo o alguien con la intensidad que aparentaba. Ni siquiera él lo sabía. La afabilidad era su arma cuando trabajaba. Se había empapado tanto de amabilidad que todo lo que tocaba parecía transformarse en color de rosa.

La radiante buena naturaleza de Doc y su fuerte personalidad resultante se la debía a su padre, el sheriff viudo de una pequeña población del sur. Para compensarse de la pérdida de su esposa, el viejo McCoy mantuvo siempre su casa llena de visitas. Le gustaba su trabajo —sabía que nunca podría conseguir otro que fuese ni la mitad de bueno— y se aseguró para conservar el cargo. No se le conocía con un no en la boca, ni siquiera cuando era requerido por el populacho para que les entregara un prisionero. Estaba dispuesto en todo momento para hacer de figurante en una boda o para velar un cadáver. Ninguna sesión de póquer, de peleas de gallos o tertulia se consideraba completa sin su presencia; incluso era asiduo a la iglesia e

invitado inevitable en los más elegantes guateques sociales. Inevitablemente se convirtió en el hombre más querido de la comarca, un hombre a quien todos consideraban sinceramente como a un amigo. También era el más incompetente y costoso adorno de la política local. Pero la única persona que en toda su vida le había faltado —un candidato de la oposición— apenas había escapado de un furioso grupo de linchamiento.

Por consiguiente, Doc había nacido siendo ya popular, en un mundo en que fue instantáneamente querido y en donde era siempre bienvenido. Todo el mundo sonreía, todo el mundo era amistoso, todo el mundo se desvivía para gustarle. Sin llegar a deteriorarse —su padre y la manera con que éste gobernaba la casa se encargó de evitarlo—, adquirió una incontrovertible seguridad en sus propios méritos; una convicción no solamente de que sería querido, sino de que debía ser querido fuera donde fuera. Y con tal convicción, adquirió los agradables rasgos y la personalidad necesaria para justificarla.

Rudy Torrento planeaba matar a Doc, pero se sentía moleestamente atraído por él.

Doc pretendía matar a Rudy, pero de ninguna manera le desagradaba Torrento. Solamente que le gustaba menos de lo que le gustaban otras personas.

Terminó su desayuno, colocó de nuevo los platos en la bandeja y la dejó fuera, junto a la puerta. La doncella estaba limpiando el vestíbulo y Doc le comunicó su marcha («por unos cuantos días»). Le dijo que no era necesario que se molestara con su habitación hasta que la hubiera dejado. Preguntó por la salud de su marido reumático, la cumplimentó acerca de sus nuevos zapatos, le dio una propina de cinco dólares y, sonriente, cerró la puerta.

Se bañó, afeitó y empezó a vestirse.

Medía un metro ochenta y pesaba unos setenta y siete quilos. Tenía la cara ligeramente alargada, la boca ancha y los labios delgados, ojos grises y grandes. Su pelo grisáceo, color arena, clareaba en la coronilla. En uno de sus hombros, ostentadamente poderosos, lucía dos cicatrices de bala. Al margen de todo esto, no tenía nada que le distinguiera de cualquier otro hombre de cincuenta años.

La culata y el cañón de un rifle estaban asegurados con presillas debajo de su sobretodo. Doc lo sacó, volvió a colgar el abrigo en el lavabo y empezó a ensamblar las piezas. La culata era la de un ordinario rifle del veintidós. El cañón, al igual que el resto del fusil, había sido hecho por el mismo Doc. Su trazo más distintivo era un cilindro soldado, unido en uno de sus extremos a un cerrojo. Parecía, y era, una pequeña bomba de aire.

Doc introdujo una posta en el cargador, lo cerró y volvió a colocarlo en su sitio. Empezó a tirar del cerrojo, tanto más fuerte cuanto más aumentaba la resistencia dentro de la cámara de aire. Cuando ya no pudo bajar más el cerrojo, le dio varias vueltas rápidas sellando el extremo del cilindro.

Fumó un cigarrillo y hojeó el periódico de la mañana, que Charlie le había traído con el desayuno, deteniéndose de vez en cuando para mordisquear un incipiente padrastro. Reconsideró su decisión de deshacerse de Rudy y no pudo encontrar razón alguna para cambiar de plan. Ninguna razón, al menos, de suficiente importancia.

Cuando llegasen a la Costa Oeste necesitarían detenerse temporalmente, hacer un reconocimiento, cambiar de coche y destruir las huellas en general, antes de entrar en Méjico. Era conveniente hacerlo en cualquier caso, incluso aunque no fuera necesario en absoluto. Y Rudy había descubierto un lugar en donde podían tomar posada por algún tiempo. Era un pequeño albergue para turistas perteneciente a unos parientes lejanos de Rudy. Eran ciudadanos naturalizados, una pareja casi dolorosamente honesta, de cierta edad. Pero tenían un irrazonable temor por la policía, temor que habían traído consigo desde su país natal, y Rudy todavía les aterrorizaba más. Así pues, se habían sometido a sus demandas a regañadientes, en esta ocasión y en otras.

Doc confiaba en que podría manejarlos perfectamente sin Rudy. Confiaba en que cooperarían mucho más si se enteraban de que él se había deshecho de su temible pariente.

Echó una ojeada a su reloj y encendió otro cigarrillo. Luego recogió el rifle. De nuevo en las encubridoras sombras de la habitación, tomó puntería a través de la ventana con un ojo cerrado para evitar el humo del cigarrillo que colgaba de sus labios. El guardia del establecimiento bancario podía dejarse ver de un momento a otro.

Llamaron a la puerta. Doc vaciló durante una fracción de segundo, luego cruzó la habitación a grandes zancadas y abrió la puerta unas cuantas pulgadas. La doncella le entregó un juego de toallas:

—Discúlpeme por molestarle, Mr. Kramer. He pensado que quizá las necesitaría.

—No tiene por qué disculparse, ha sido muy amable de su parte —dijo Doc—. Espere un momento y...

—No, ya está bien, Mr. Kramer. Ya me ha dado más que suficiente.

—Insisto... —dijo Doc amablemente—. Espere un momento aquí, Rosie.

Dejó la puerta entornada, volvió a cruzar la habitación y levantó el rifle, preparando la puntería en el camino. Mack Wingate estaba cruzando en aquel momento el umbral del banco, casi había desaparecido en el oscuro interior. Doc disparó y se produjo un sonido silbante, como un súbito suspiro.

No esperó a ver si el guardia caía; cuando Doc disparaba, daba en el blanco. Con un rifle más potente su puntería hubiera sido exactamente la misma a una distancia de quinientas yardas de lo que lo había sido a cincuenta.

Dio un dólar a la doncella, agradeciéndole otra vez su cortesía. Cerró de nuevo la puerta con llave y llamó al portero del hotel por teléfono:

—Charlie, el tren ¿sale a las nueve y veinte o a las nueve y media? Gracias, eso pensaba. No, no quiero coche, gracias. Me gustará dar un pequeño paseo.

Colgó el teléfono, sacó el casquillo del rifle y de nuevo bombeó la presión. Desmontó la culata, la colocó en la cartera y puso el resto en las presillas del abrigo.

Levantó la prenda por el cuello y se la colocó desmadejadamente en un brazo. Caminó por la habitación durante unos instantes con el abrigo colgado del brazo, luego cabeceó con satisfacción y volvió a dejarlo en el lavabo. Rudy no debía esperar que él tuviera un rifle. Aquello sería una completa sorpresa para él. Y en caso de que no lo fuera...

«Tendré que pensar en algo», se dijo Doc. Y puso manos a la obra en un problema más inmediato.

Su neceser contenía un número desacostumbrado de cosméticos: sales de

baño, tónicos para el pelo y similares. Pero los recipientes de estos productos no contenían lo que indicaban las etiquetas, sino un buen surtido de cosas extrañas tales como naftalina, petróleo en bruto, una barra de dinamita y los mecanismos de dos relojes.

Todo aquello eran los ingredientes de dos bombas incendiarias. Doc empezó a ensamblar dichos ingredientes, extendiendo primeramente el periódico sobre la cama para salvaguardar el cobertor. Dos finos hilos de sudor se deslizaban por su frente. Los movimientos de sus dedos eran seguros, pero extremadamente delicados.

La dinamita —que separó en dos piezas— era segura, y una barra no ofrecía ningún peligro (para alguien familiarizado con su acción), incluso si explotaba. No, la dinamita era segura, fácil de manejar, tolerante. El peligro estribaba en aquel pequeño y afilado percutor que tenía que usar cuando llegara el momento de la acción. Aquellas cabezas de percusión tenían el tamaño de una pastilla digestiva y sus resultados eran siempre buenos. Y pequeñas como eran, una sola de ellas tenía la suficiente potencia como para arrancar la mano de un hombre.

Doc se sintió satisfecho al terminar el trabajo, contento de que nunca más tendría que realizar una tarea como aquélla. Las bombas podían comprarse ya hechas, naturalmente, pero Doc desconfiaba de los proveedores de tales artefactos. Podían hablar; además, necesitaban el incentivo de dar importancia a la mercancía: nada más apto para resultar fatal al comprador.

Doc puso las bombas en el cesto de los papeles y arrugó el manchado periódico encima de ellas. Se lavó las manos en el cuarto de baño y volvió a bajarse los puños de la camisa. Sin ninguna razón consciente, suspiró.

Había hecho trabajos más delicados que éste, pero ninguno tan básico para el éxito posterior. Todo lo que él había hecho estaba en la misma línea. Todo lo que él y Carol hacían. Él rayaba los cincuenta y uno. Ella era casi catorce años más joven. Así pues, una caída más, una nueva tanda de prisión y... y todo se iría a hacer gárgaras.

Los pensamientos se arremolinaban en su mente. Irreconocidos, inadmitidos: manifestados solamente por un inconsciente suspiro.

No había vuelto a mirar al banco, ni siquiera para cerciorarse de que

Rudy y el muchacho habían entrado sin dificultades. Había tenido otras cosas que hacer y no había motivos para perder el tiempo mirando. Si algo no marchaba bien sería capaz de oírlo desde allí.

Ahora, sin embargo, miró; era el preciso momento en que el presidente del banco entraba. La puerta se cerró abruptamente, casi atrapando el talón de su zapato. Doc retrocedió y sacudió la cabeza inconscientemente, al tiempo que suspiraba.

Eran las nueve menos veinte. Doc se arregló la corbata y se puso la americana. Ahora eran las nueve menos cinco. Cogió el cesto de los papeles y salió al vestíbulo.

Caminó por la alfombra roja hasta el final del vestíbulo y luego giró a la derecha, por un corto pasillo lateral. Un cubo de basura metálico estaba colocado entre la escalera posterior y la puerta que daba al callejón. Echó los papeles en el cubo, mirando descuidadamente a ambos lados de la calle.

Tenía más suerte de la que podía haber esperado.

Un carro de basuras estaba apostado en un extremo de la calle. Al lado había un coche con las ventanillas cerradas. Y cerca de ambos, a barlovento, había otro carro, cargado casi hasta el nivel de las ventanas del segundo piso del hotel.

¡Y la carga era de fardos de heno!

Doc lanzó una rápida mirada a un lado y otro de la calle. Luego sacó las bombas, dejando una en el primer carro y otra sobre la carga de heno.

Volvió a recoger la papelera y regresó a su habitación. Eran las nueve menos dos minutos —dos minutos antes de que las bombas explotaran— y frente al banco había tres o cuatro personas reunidas esperando que abrieran.

Doc completó sus preparativos para marchar, contando lentamente los segundos.

Capítulo 4

La hora de apertura de la caja del banco era a las nueve menos diez. Apenas diez minutos más tarde, Rudy y Jackson la habían limpiado de dinero — excepto los billetes de a dólar y las monedas— y de gruesos paquetes de obligaciones negociables.

El banquero yacía tendido en el suelo, medio muerto por el golpe de culata de Rudy. Al pasar por encima del cuerpo inconsciente, Rudy le dio una salvaje patada en la cara y dirigió sus ojos medio dementes hacia el chico, quien de nuevo se había llenado de miedo, el furioso miedo de una rata acorralada. Estaba a punto de estallar, de solidificarse y convertirse en la rápida astucia de un gatillo asesino que le había guiado en tantos lugares, que le forzaba a sobrevivir después que la víctima hubiera dado el último grito de muerte. Ahora, sin embargo, se trataba de otro tipo de miedo y sentía la necesidad de golpear algo. Alguien.

—¿Has oído algo afuera? —señaló la calle con un movimiento de cabeza—. Bueno, ¿has oído algo o no?

—¿Oír algo? ¿Q-qué...?

—¡Las bombas, estúpido orejudo! Alguna conmoción.

—Mmm... P-pero no creo que podamos haber oído nada, no creo, ¿verdad Rudy? Quiero decir, aquí en la caja, nosotros... ¡N-no! ¡No... n-no lo hagas!

El muchacho se ahogó en un grito. Intentó agarrar su pistola. Luego se tambaleó hacia adelante, con las manos hundidas en su abdomen rajado, en

los redaños que Torrento le había hecho creer que tenía.

Rudy rio convulsivamente. Dejó escapar un sonido que era extrañamente semejante a un sollozo. Luego limpió el cuchillo con un papel secante, lo colocó de nuevo en el bolsillo y recogió las dos carteras.

Las llevó hasta la puerta del banco y, de nuevo, las dejó en el suelo. Se volvió y miró pensativamente a los tres empleados. Estaban desparramados por el suelo de la entrada, las bocas selladas con cintas de papel engomado, las muñecas y los tobillos atados con cuerdas. Los tres le miraron con ojos desorbitados hasta mostrar los blancos mientras Rudy manoseaba el cuchillo, vacilante.

Eran testigos del robo, del asesinato del chico. Y si las cosas se ponían mal, Doc no dudaría en cargarle la muerte del guardia. Doc quedaría libre de toda culpa, ¡él y la muy zorra de su elegante esposa! Y, fuera como fuera, aquellos patanes podían reconocerle entre un millón de jetas. Así pues, dado que no podían freírle ni tener su cuello más de una vez, por qué no...

Sacó de nuevo su cuchillo. Fue de un empleado a otro y desató las ligaduras de sus muñecas y tobillos, dándoles puntapiés, maldiciendo y farfullando para que se pusieran en pie.

Les obligó a ir delante de él y les condujo dentro de la caja. Cerró la puerta tras ellos y dio una vuelta al pestillo.

No hubiera servido de nada matarlos. Lo habían visto entrar y ahora le verían salir. Había un endemoniado barullo afuera, que iba creciendo por momentos y, si bien había la posibilidad de pasar desapercibido entre el humo, sin embargo, alguien, uno o muchos, podían verle. Lo mejor que podía esperar era que ninguno de ellos intentara hacer nada.

Nadie intentó nada. Doc lo había calculado bien. La gente tenía demasiadas cosas interesantes a las que prestar atención para fijarse en él. Y, después de todo, ¿qué había de extraño en un tipo que salía de un banco en horas de oficina?

El callejón estaba atiborrado de gente, arremolinándose y retrocediendo hacia las salidas cuando ocasionalmente el viento lanzaba el humo hacia ellos y corrían el riesgo de que los envolviera. Del carro de heno caía una lluvia de chispas. Había explotado un tanque de gas, lanzando un surtidor de fuego en

el aire. La muchedumbre rugió, retrocedió hasta la esquina, y la gente de la esquina intentó alejarse. Varios hombres con casco rojo se movían entre la muchedumbre, vociferando y gesticulando vanamente. Otros hombres de casco rojo se abalanzaban calle arriba, arrastrando un carro de dos ruedas con un tanque tras ellos. La campana de la cúpula del Palacio de Justicia repicaba atronadoramente.

Rudy introdujo las dos maletas en el coche. Dio media vuelta y estuvo a punto de atropellar a dos individuos que se pusieron en su camino; emprendió la marcha hacia las afueras de la ciudad.

Una manzana más abajo, Doc bajó de la acera y se encaramó al coche. Siguieron adelante. Rudy hizo una mueca, pensativamente, al notar el cariñoso cuidado con que Doc llevaba su abrigo. McCoy le preguntó cuánto habían conseguido.

—Doscientos en bonos. Y quizá ciento cuarenta en billetes.

—¿Ciento cuarenta? —los ojos de Doc le escudriñaron—. Ya entiendo. Debía haber mucha pasta en calderilla.

—En calderilla quizá había más, ¡maldita sea! ¿Acaso crees que soy una máquina de calcular?

—Bueno, Rudy —dijo Doc blandamente—, no te ofendas. ¿Qué tal fue con el chico?

—¿Cómo quieres que fuera? ¿Cómo habías planeado que fuera?

—Claro. Muy mal —dijo Doc vagamente—. Siempre me siento mal cuando se hacen necesarias estas cosas.

Rudy resopló. Se metió un cigarrillo en la boca, puso su mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta buscando ostensiblemente una cerilla. La sacó junto con una pesada automática, que apoyó en el regazo.

—Saca el rifle, Doc. Lánzalo a la cuneta.

—Bueno, bueno —Doc no pareció darse cuenta de la automática—. Parece que ya no vamos a necesitarlo.

Levantó el rifle, lo envolvió y lo lanzó por la ventanilla. Rudy dejó escapar otro resoplido.

—¡Parece que no vamos a necesitarlo! —se burló—. Bueno, creo que tampoco vas a necesitar esta barra que llevas en la chaqueta, Doc, así que...

¡no intentes sacarla! Solamente sácate la chaqueta y déjala en el asiento trasero.

—Escucha, Rudy...

—¡Hazlo!

Doc lo hizo. Rudy le obligó a inclinarse hacia adelante, luego hacia atrás, cacheándole los pantalones. Asintió y dio permiso a Doc para que encendiera un cigarrillo. Doc se acomodó en el asiento, los ojos fijos en el borde de su sombrero.

—Esto no tiene sentido, Rudy. No, si es cierto lo que pienso.

—Es exactamente eso. Exactamente lo que tú me tenías preparado a mí.

—Te equivocas, Rudy. No deberías habértelo ni siquiera imaginado. ¿Qué haría yo en Golio sin ti? Ellos son tus parientes, y si Carol y yo nos presentáramos allí solos...

—Seguramente os hubieran hecho un buen regalo —dijo Rudy rateramente—. No me hagas reír, Doc. ¿Acaso crees que soy estúpido?

—En este caso, sí. Quizá nos hubiera salido bien sin ti, pero...

—¿Bien? ¡Os hubiera salido mil diablos mejor, y tú lo sabes perfectamente!

—No estoy de acuerdo contigo, pero dejémoslo. Nos necesitarás, Rudy, a Carol y a mí.

—¡Ja, ja! Un coche diferente, unos cuantos trapos... sí, y vuestra parte del botín. Eso es todo.

Doc vaciló, miró a través del parabrisas. Echó una ojeada al cuentakilómetros.

—Demasiado aprisa, Rudy. Podemos tener problemas de tráfico con la policía.

—Quieres decir que vamos adelantados a la cita. —Rudy guiñó los ojos—. ¿Es eso, verdad?

—Da la señal a Carol, por lo menos. Si no lo haces va a pensar que algo va mal. Quizá incluso nos cruzaremos sin que ella se dé cuenta.

—¡Oh, no! —la risa de Rudy estaba cuajada de envidia—. Ella sabía que tú ibas a deshacerte de mí, y...

—No, Rudy. Cómo...

—... y se figurará que has caído en una trampa. Por lo tanto, se moverá para intentar sacarte de ella.

Doc no discutió aquel punto. De hecho, había cesado de discutir del todo. Simplemente se encogió de hombros, cambió de posición y quedó silencioso.

Su aparente resignación, adquirida tan rápidamente, preocupó a Rudy. No porque temiera que Doc se sacara algún plan de la manga. Evidentemente no podía hacerlo. Aquella sensación se la produjo algo más... la fastidiosa y profunda necesidad de justificarse a sí mismo.

—Mira, Doc —exclamó irritado—. No iba a picarme los dedos sabiendo lo que pensabas hacer conmigo. Serías un majadero si intentaras hacer algo más, y yo he sido un majadero al dejar que las cosas llegaran a esto. Así pues, ¿para qué llorar?

—No me había dado cuenta de que estaba llorando.

—Ni conseguirías nada con ello —dijo Rudy obstinadamente—. Mira. Ciento cuarenta en billetes. Quizá ciento veinticinco de los bonos. Todo junto un cuarto de millón. No es suficiente pasta para hacer tres partes, no cuando es lo último que vas a conseguir y cuando tendrás que tapar el agujero del Rey durante toda tu vida. No va a estarse callado sin tocar ni cinco...

—Exactamente —sonrió Doc con sequedad—. Así pues, resulta una excelente idea no gastar el botín, ¿verdad? Y, por el contrario, utilizarlo de tal manera que se convierta en una generosa renta durante toda tu vida.

—¿Qué quieres decir? —Rudy estaba a la expectativa—. Algo así como un lugar de diversión, ¿eh? —se burló—. ¿O quizá un casino de apuestas? —Esperó de nuevo—. ¿Vas a hacer la competencia al Rey?

Doc rio blandamente. Era la risa de un adulto ante las tonterías de un chiquillo.

—En realidad, Rudy, tratándose de ti te sugiero un circo. Y tú podrías hacer de payaso.

Rudy abrió y volvió a cerrar los labios inciertamente. Empezó a hablar, se detuvo. Se aclaró la garganta e hizo otro intento.

—¿Qué tienes en la azotea, Doc? ¿Drogas, quizá? ¿Contrabando? Calculo que son chifladuras, pero... ¡Ah, al diablo contigo, Doc! Estoy diciendo que me quedo con todo y tú estás intentando comprar la parte del socio con tu

cara bonita.

—Claro. Entonces, ¿por qué no lo dejamos estar? —dijo Doc llanamente.

El pie de Rudy aligeró la marcha. Dos emociones se mezclaban en él: una arraigada suspicacia y un terror inherente a encontrarse necesitado. Doc le estaba estafando... ¿o era él? Un individuo lisonjero como Doc, ¿iba a dejar escapar un socio, a menos que encontrara otro mejor al que agarrarse? Y... ¿y qué hacía un individuo que quería hacerse con la pasta y no podía quitársela a alguien?

—Creo que no has comprendido, Doc —murmuró Rudy—. Tienes algo en la cabeza, ¿qué vas a perder diciéndomelo?

—Muy poco... pero, ¿qué voy a ganar? Toma un caso tan sencillo como éste: la policía mexicana, sus relaciones, quiero decir, en líneas generales, las relaciones con sus vecinos latinoamericanos. La situación no va a cambiar mucho. Y si cambia, será para adquirir una mejor posición. La cosa está vinculada directamente con el mercado monetario —la tasa extranjera de cambio, para usar términos más populares— y, teniendo en cuenta las tendencias inflacionistas que hay en la actualidad, y con el oro tasado a treinta y cinco dólares la onza, el potencial de una buena operación es...

Doc dejó que su voz muriera:

—No te preocupes, Rudy —dijo divertido—. Eso es muy sencillo para mí, pero, realmente, no creo que tú puedas llegar a entenderlo. Es un asunto que confunde a mucha gente inteligente de verdad, a hombres que tienen mucho éxito en sus profesiones.

—¿Algo así como una cosa con doble sentido, quizá? —insinuó Rudy. Pero lo dijo sin mucha convicción. Había algunas palabras, algunas frases que le sonaban vagamente. Cambio extranjero, tendencias inflacionistas, mercado monetario. Términos que se identificaban con reportajes de los periódicos que invariablemente pasaba por alto, pero que imaginaba que probablemente significaban mucho para mucha gente.

—Algo con doble sentido —estaba diciendo Doc—. Sí, así exactamente es como debe sonarte. Y no puedo decir que te culpe por eso. Es probable que me sonara igual a mí si no hubiera dedicado mucho tiempo, durante estos últimos cuatro años, leyendo sobre el tema.

—Bueno...

—No, es inútil, Rudy —dijo Doc firmemente—. Es un buen negocio, y perfectamente legal. Y tú eras el hombre indicado para llevarlo a buen término. Pero no puedo ser más explícito... así es que... no voy a decir nada más.

Rudy no era hombre de reflejos mentales rápidos, si el extraño proceso de su mente podía considerarse pensamiento. Pero cuando tomaba una decisión, la realizaba rápidamente. Abruptamente, metió su revólver en el bolsillo y dijo:

—De acuerdo, Doc. No voy a comprar todavía, pero tomo una opción.

Doc asintió. No pensaba hablar.

—Voy a guardar tu revólver —siguió Rudy—. Voy a quitar a Carol cualquier arma que lleve cuando la encontremos. Nos pararemos durante la noche y os ataré. Nos detendremos para comprar comida durante el día y uno de vosotros dos quedará conmigo. Si cualquiera de vosotros intenta algo, es cosa hecha. ¿Entiendes? ¿De acuerdo?

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir y, como es natural, estoy de acuerdo.

Cruzaron un puente que se levantaba sobre un riachuelo. De inmediato, al llegar al otro lado, Rudy giró el coche directamente hacia el camino del malecón y después hacia la orilla de la caleta. Las ruedas chirriaron en el aire; el volante bailó, sacudiéndose entre sus manos. Rudy giró al máximo hacia la izquierda, encaminando el coche sobre el rocoso lecho de la corriente, con sus correspondientes saltos de agua. Unas doscientas yardas más lejos, debajo de un grupo de árboles, se detuvo en seco.

Doc sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó el sudor de la frente. Dijo, sin color en el rostro, que había tenido miedo de romperse el cuello.

Rudy se puso a reír. Doc saltó del coche y se quitó el sombrero. Siguió secándose el sudor mientras Rudy salía del coche.

—Me sorprendes, ¿sabes Doc? —Rudy todavía se estaba desternillando de risa por la broma—. De verdad, me sorprendes algunas veces. Yo...

—¿Qué hay de extraño en ello? —preguntó Doc.

Y mientras Rudy estallaba de nuevo en carcajadas, Doc sacó un revólver

del sombrero y disparó.

—Le he dado directamente en el corazón —explicó Doc a Carol—. Ha sido una de esas raras veces en que un hombre muere riendo.

—Y así ha muerto él —dijo Carol guiñando un ojo—. Era una persona con quien nunca me sentí bien. Siempre tenía la sensación de que estaba a punto de saltar sobre mí de improvviso, desde el lado en que yo no miraba.

—¡Lástima! Pobre Rudy —murmuró Doc—. Pero, ¿cómo te sientes, querida...? Tanto ir de una parte para otra, de lo ridículo a lo sublime...

—Bien... —Carol le lanzó una sofocante mirada—. Creo que estaré mucho mejor mañana, después de una buena noche de sueño...

—Turutut... —sonrió Doc—. Ya veo que sigues siendo una mujercita traviesa.

Habían atravesado Beacon City, charlando de naderías, mirando con curiosidad a la gente; ahora se hallaban lejos de la carretera principal, al otro extremo de la ciudad. Doc conducía, puesto que Carol lo había hecho durante toda la noche. Estaba sentada de lado, mirándole, con las piernas recogidas sobre el asiento.

Sus ojos se encontraron. Se sonrieron. Doc le acarició la suave redondez de su cadera y ella le retuvo la mano durante unos segundos, agarrándola casi con fiereza.

—¿Por qué estás preocupado, Doc?

—¿Preocupado?

—Lo adivino siempre. ¿Se trata de Golie? Piensas que si Rudy no viene con nosotros...

Doc sacudió la cabeza.

—No habrá ninguna dificultad allí... quiero decir que no estoy preocupado por nada. Solamente estoy... en cierta manera desconcertado acerca de nuestro amigo Beynon.

—¡Oh! —dijo Carol—. Oh, sí...

Beynon era un juez. Era presidente de la junta del perdón y del Tribunal de Apelación. A él se le había comprado el perdón de Doc y todavía se le

debían quince mil dólares del precio total de la compra. Poseía un pequeño rancho situado en un extremo del estado.

Era soltero y vivía allí cuando no estaba ocupado en algún caso legal o cumpliendo sus deberes oficiales. Se dirigirían hacia allí.

—Doc —dijo Carol mirando a través del parabrisas. Desviémonos. Vayamos directamente a Méjico desde aquí.

—No podemos, nena. Sería demasiado evidente. Estamos demasiado cerca.

—Pero tú no estabas conectado con el asunto. Ocurra lo que ocurra, pasarán días antes de que te relacionen con el atraco.

—Esto no significa nada. No cuando el asunto es de tanta importancia y ha tenido lugar tan cerca de la frontera. Habrán bloqueado todas las carreteras al menos en cincuenta millas a la redonda de El Paso. Todo el mundo es sospechoso ahora y cualquiera que intente pasar tiene que estar estrictamente limpio y ser capaz de probarlo. De lo contrario, lo meterán en el ajo.

—Bueno... pues por otra ruta, Doc. Beynon está a muchas millas de aquí, y si crees que él puede sospechar algo, ¿por qué?... ¿por qué?...

—¿Por qué no omitirlo? —Doc la miró pensativamente—. ¿Es esto lo que ibas a sugerir, Carol?

—¿Por qué no? ¿Qué puede hacer contra nosotros?

Doc sonrió secamente, casi irritado con ella. ¿Dejar que Beynon se metiera en el asunto a causa de sus quince mil? ¿Un hombre con sus contactos y que sabía tanto de ellos? Era estúpido discutirlo. Tenían que llegar a su rancho tan rápidamente como pudieran, después de salir de Beacon City, y lo mejor que podían hacer era no demorarse en el camino.

—¿Qué puede hacernos? —repitió Carol con obstinación—. ¿Por qué pagarle si va a armar jaleo de todas formas?

—No sé qué tal tipo es, no sé si está planeando algo. Sin embargo, si no puedo hablar con él... —Doc dejó la frase sin terminar y sus ojos estaban sombríos, pensativos, tras las gafas de sol.

Beynon no había actuado de acuerdo con sus ideas. Lo que había hecho estaba totalmente fuera de lugar y, debido a ello, necesitaba un motivo para no descubrirse.

Doc se acarició la mandíbula y sacudió la cabeza con aire ausente.

—¿Qué hizo para que te formaras esta opinión, Carol? —preguntó—. Quiero decir, esta opinión al margen del hecho de que es un hombre ambicioso con ganas de ganar dinero fácil. ¿Hizo o dijo algo que te indicara que se avendría a un negocio como éste?

Carol no contestó. Doc estaba a punto de repetir la pregunta cuando se dio cuenta de que ella se había dormido.

Capítulo 5

Doc fue a Nueva York la primavera de su graduación de la escuela superior, pocas semanas antes de la muerte de su padre. Era demasiado joven para llevar asuntos políticos y, además, no había trabajos de mediana aceptación en su ciudad. Por otra parte, estaba convencido, al igual que sus incontables amigos, que era capaz de encontrar y elegir entre muchas buenas oportunidades en la gran ciudad.

Pero las cosas no fueron tal como se imaginaba. No tuvo dificultades en encontrar trabajo, incluso en aquellos tiempos de depresión económica. Pero no permaneció en ninguno de ellos más que unas pocas semanas. Ejercía una desastrosa influencia en los establecimientos en los que trabajaba: todos terminaban marchando mal. Los otros empleados tendían a agruparse a su alrededor, dejando el trabajo sin hacer. Sus superiores inmediatos le mimaban y le favorecían, en detrimento de la moral. Como ejecutivo de nivel superior, hubiera sido de incalculable valor para cualquier empresa. Pero no estaba calificado, ni en años de trabajo ni en experiencia, más que para los más insignificantes trabajos. Y, por lo demás, en esta clase de tareas no era más que una molestia.

Trabajaba poco y raras veces. Vivía de préstamos y de empeños. Se preocupaba por aquellas obligaciones (no dejes de lado a tus amigos, le había enseñado su padre) y aceptaba rápidamente cuando el dueño de un bar, que también era su acreedor, le ofrecía limpiar su cuenta, además de conseguir alguna gratificación, a cambio de «pequeños favores».

Hecho el favor, el dueño del bar le tomó bajo su tutela. Al cabo de unos cuantos días, presentó a Doc al propietario de un local de juego, un hombre que necesitaba mucho dinero con rapidez y no podía dedicarse a conseguirlo por sí mismo. Doc estaba contento de colaborar con él. Se dedicaba al juego con la sutil asistencia del propietario, y se partían las ganancias.

Más adelante, el tahúr le presentó a otros chicos «excelentes» y Doc organizó de nuevo uno de sus juegos, esta vez sin arreglos previos y sin partir las ganancias. Tampoco, en ninguna ocasión, violó el código de su padre acerca de la amistad. El viejo McCoy creía que el mejor amigo de un hombre era uno mismo, que un no-amigo era alguien que había dejado de ser útil y que era, más o menos, una obligación moral catalogar a las personas en esta categoría. De esta manera, se estaba siempre a salvo y no había posibilidad de sufrir un revés.

Doc estaba hecho para el delito, para aquellas grandes operaciones en las que rápidamente se introdujo. Nadie había sido capaz de mover las cuerdas de un trabajo tan rápidamente como él, nadie sabía planear con tanta sagacidad, nadie era tan imperturbable como él, nadie tenía la cabeza tan clara.

Le gustaba aquel trabajo. A pesar de una sentencia de encarcelamiento a la edad de veinticinco años, permaneció lealmente vinculado a él. Sus ingresos durante los últimos cinco años habían sobrepasado los cien mil al año. Con aquel dinero, un hombre podía permitirse el lujo de descansar durante una buena temporada, y aquellas vacaciones podrían servirle para hacer relax, para hacer nuevos contactos, aumentar sus conocimientos y planear nuevos trabajos.

Los ocho años que Doc había pasado tras los barrotes habían sido absolutamente confortables y a menudo muy divertidos. Después de todo, una prisión no puede funcionar sin la cooperación de sus hospedados; por lo menos no lo puede hacer satisfactoriamente durante mucho tiempo. Así pues, un hombre que sabe manejar a sus compañeros de prisión, que es capaz de lograr su cooperación u obligarlos a ella, puede conseguir casi todo lo que pide. Y puede decirse que la única privación que Doc sufrió durante aquellos años fue la pérdida de sus ganancias.

Si se hubieran repetido las circunstancias, podría haber pasado su segunda sentencia de prisión con la misma facilidad con que pasó la primera. Pero las circunstancias difirieron de manera crucial. Estaba casado y su mujer tenía casi catorce años menos que él. Él tenía treinta y seis años.

Doc no se torturó ante aquella situación. No dejó de comer ni un solo día, no perdió ni una noche de sueño, no perdió el tiempo en lamentaciones inútiles. Sólo tenía un problema: salir antes de que la salida se convirtiera en cuestión de vida o muerte. Muy bien, pues, si aquello era lo que había que hacer, lo haría.

Había dejado sesenta mil dólares en el exterior, con Carol. Con aquel dinero y un abogado criminalista de altos vuelos, consiguió que su pena de veinte años se redujera a diez. Era un gran paso en el camino hacia la libertad; no produciendo desórdenes, consiguió rebajar hasta siete, bajo palabra. Pero aquello no era suficiente para Doc. Los siete años podían convertirse muy bien en setenta, lo sabía bien. Y él no deseaba libertad condicional: operando bajo libertad condicional había logrado colocarse donde estaba en la actualidad.

En el tribunal había cuatro miembros, además del presidente Beynon. Ejerciendo sus inusuales privilegios, Doc se aproximó a ellos uno a uno. La mujer de edad mediana, uno de los miembros, estaba encantada con él. Sería fácil comprarla a base de darle conversación. Los otros tres estaban abiertos a una proposición económica.

Lamentablemente, Doc iba muy mal de dinero. No tenía ni siquiera la suma necesaria para comprar a los tres hombres. Y su abogado, que también era hombre dispuesto a aceptar «buenas» proposiciones, se negó a actuar de banquero.

—No es que no me fíe de usted, Doc —explicó—. Ya sé que cobraré todo lo que sea inmediatamente después de su primer trabajo. El caso es que no habrá ningún trabajo porque no habrá perdón. Si me hubiera consultado desde el primer momento ya le hubiera advertido de que estaba malgastando su tiempo.

—Pero ya tengo a cuatro miembros. Es mayoría en el tribunal.

—¡Mayoría! ¡Menuda mayoría! Tres de ellos son unos fulleros, y la

cuarta es una tía imbécil. Beynon les vetará. Si intentan forzarle, empezará a bambolear. Arme esta trapisonda y seguramente pasará el resto de sus días en el agujero.

—Cambiemos de táctica, entonces. Si ellos no pueden convencerle, ¿puede él convencerles?

—Podría. Podría hacerles bailar una danza escocesa en las escalinatas del Capitolio si se lo propusiera. Pero, déjelo estar, Doc. No es hombre que vaya por estos caminos cuando quiere conseguir dinero rápidamente.

—Mejor para él. A menor reputación, menor riesgo.

—¿Ah, sí? —El abogado sonrió amargamente—. Hubo un individuo que casi fue expulsado del foro por ofrecer un cigarro a Beynon. Bueno, que tenga suerte.

Doc no quedó convencido. Había tratado con tipos honestos anteriormente, y nunca resultaron serlo tanto como se suponía. Así pues, hizo un arreglo para entrevistarse con Beynon a solas... y eso fue lo único que hizo: sencillamente, verle. Y disculparse tan rápidamente como pudo. Era demasiado astuto —capaz de interpretar la expresión de un hombre, el tono de su voz, su actitud— para hacer nada más. Era obvio que Beynon deseaba que Doc intentara el soborno. Era tan obvio que incluso ya había hecho planes, bastante desagradables para Doc, en vistas a llevarlos a cabo inmediatamente que éste hubiera hecho su proposición.

—Tendré que pensar en alguna otra cosa —dijo Doc a Carol en su próxima visita—. No sé qué será, pero Beynon está definitivamente descartado.

—Quizá no. No podemos estar seguros antes de intentarlo.

—Estoy seguro. Beynon no caerá.

—Querrás decir que nunca ha caído —insistió Carol—. No lo aceptará de ti o del abogado. Tampoco lo aceptaría de mí. Pero suponte que rompo contigo, Doc... que parezca que he roto. Entonces tendría dobles razones para aceptar algo sucio. Si yo rompiera contigo, entonces sería natural que no intentara sobornarle: cuando una mujer deja a su marido, se supone que es como un castigo. ¿No lo entiendes, Doc? Yo no tendría ninguna razón para sobornarle y él tendría una razón para darte una oportunidad.

Aquello sonó bastante insustancial a Doc. Pero Carol deseaba intentarlo, y ya habían pasado cuatro años desde el momento de entrar en la penitenciaría. Así pues, le dijo que lo probara.

Pasaron dos meses antes de volver a verla. Nadie hubiera quedado más sorprendido que él cuando ella le anunció el éxito de la empresa. Beynon le vendería un perdón. El precio: cinco mil al contado y quince mil dentro de noventa días.

Las noticias del robo corrían por el aire desde las diez y media de la mañana. Carol y Doc las escuchaban en la radio, baja hasta el susurro, mientras comían en una estación de servicio de la carretera.

Rudy había sido identificado por las fichas fotográficas de bribones. Excepto en el caso de Jackson, a quien Rudy había matado, no se hacía mención alguna de otros cómplices. Rudy había robado el banco. Rudy había salido rápidamente de la ciudad con más de trescientos mil dólares de botín. Las autoridades estaban desconcertadas, no imaginaban cómo había conseguido entrar en el banco y matar al guardia. Pero nadie se preguntaba si era él en realidad quien había matado a Wingate.

Aquello llegaría dentro de unos dos días, musitó Doc mientras conducía el coche hacia la carretera principal. La trayectoria de la bala, la misma bala, provocaría investigaciones acerca de un desconocido negociante que había estado pasando sus vacaciones en Beacon City. Y dentro de dos o tres días más, el negociante tendría un nombre, igualmente que sus «negocios». Pero para entonces ya nada tendría importancia.

El noticiario terminó y dio paso a una emisión de discos. Carol empezó a cabecear de nuevo y Doc se inclinó para apagar la radio. Luego bruscamente, volvió a ponerla en marcha. Él y Carol escucharon en silencio, tensos, un nuevo boletín de noticias de última hora.

El noticiario fue breve. Carol cerró el transmisor y, lentamente, con los ojos muy abiertos, se volvió hacia Doc.

—Doc...

Doc vacilaba. Luego sacudió la cabeza firmemente.

—Mmmm... Después de todo, ha ocurrido a casi sesenta millas de Beacon City. No puede haber tenido nada que ver con...

—¿Por qué no? ¿Quién más podría haber hecho una cosa así?

—Cualquiera podría hacerlo. Un borracho que hubiera perdido la cabeza. Algún pistolero adolescente.

—No lo creo así, Doc. Y sé que tú tampoco —dijo Carol—. No le has matado. Rudy vive todavía.

Dirigida al corazón, la bala de Doc dejó a Rudy Torrento como un apagón de luz. Dejó de respirar, no hubo ningún movimiento consciente. Sus ojos brillaron, su cara en forma de cuña tornose en una máscara enloquecida, helada, y se desplomó silenciosamente hacia atrás, como un muñeco al que su amo deja de sostener. Se golpeó la nuca contra una roca, en el lecho de la corriente. El impacto profundizó y extendió su estado moribundo. Así pues, en lugar de dispararle una segunda bala, Doc McCoy apenas volvió a echarle una mirada.

Y menos de treinta minutos después de la partida de Doc, Rudy volvió a la vida.

Le dolía horriblemente la cabeza y su primer movimiento fue sostenerse el estómago y golpear la roca con el puño. Luego recuperó la memoria y, a través del recuerdo, el terror. Se puso sobre sus pies; con las manos agarrotadas se quitó el abrigo y la pistolera. Se desgarró la camisa y la camiseta; contempló el sangriento destrozo de su carne y sintió el rojo estremecimiento en todo su cuerpo.

Gritó, aulló. Todo era silencio: sus cuerdas vocales estaban también agarrotadas. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un largo y silencioso aullido; el estremecedor grito de un animal moribundo. Que se cuidaran de él: era la última ceremonia que el instinto le pedía. Ahora podía empezar la verdadera tarea de morir. Respiró con más rapidez. Enfebrecido, el aire envenenado corrió por entre sus pulmones, su corazón latió a sacudidas y su cuerpo empezó a temblar.

Lo sabía, pensó sombríamente: eran casi sus últimos pensamientos. Desde

hacía muchos años, desde que era sólo un niño, desde que pudo recordar, ya sabía que sería así. Todo se vuelve frío y más frío; la oscuridad se vuelve más profunda y profunda y... lo sabía. ¡Lo sabía!

Sabía. La palabra retumbaba en su mente, mandaba señales a los años pasados, a través de miles de millas, a través de las sombrías paredes grises y de las celdas de las más seguras prisiones. Y desde lejos, a través del tiempo y la distancia, llegó una voz que dijo a Rudy el Búho, uno de los máximos enemigos públicos de la nación, que era un estúpido chiquillo que no sabía nada de nada.

Rudy se sobresaltó y su rostro de pez recobró un poco el color.

—¿Max...? —murmuró con esperanza—. ¿Estás... e-estás aquí, Max?

«Claro que estoy aquí. ¿Dónde más quieres que esté sino donde mi pequeño Rudy se encuentre en dificultades? Ahora, haz inmediatamente todo lo que te diré».

Rudy lo hizo. Estaba completamente solo, huelga decirlo; sólo con el susurro, con la corriente medio seca y con las profundas sombras de los árboles arqueados, con el agridulce olor de su propia sangre. Pero en su mente no estaba solo. Con él se hallaba la única persona que siempre había querido o que le había querido: el pequeño Max. Herr Doktor. Max. Max Vonderscheid, Doctor en Medicina, en Filosofía y en Psiquiatría... abortista, médico de criminales; un hombre que no había sabido decir nunca no a una necesidad, sin tener en cuenta las leyes ni la ética profesional.

Él y Rudy habían sido compañeros de celda durante tres años. Aquellos años de vínculos tan estrechos habían dado al Búho la única felicidad verdadera que había conocido en toda su vida. Y no se olvidan estas cosas, ni se olvida a un hombre así. Cada una de sus acciones, de sus palabras, se convierten en pieza de un tesoro.

Rudy se dejó caer en el suelo, cerró los ojos, se relajó como pudo y contuvo la respiración durante un momento. Luego empezó a contar lentamente: uno, dos, tres... exhalaba e inhalaba al ritmo que contaba. Cuando hubo contado tres veces hasta diez, su respiración era casi normal y su corazón había dejado de palpar salvajemente. Mantuvo los ojos cerrados, esperando, y la voz le habló de nuevo.

Lo había hecho bien... ¡oh, pero muy bien! Había recordado que la impresión era el gran asesino. La impresión primero, luego la infección. Si se daba paso al miedo, hasta una herida muy pequeña podía resultar fatal.

—Pero, Max —Rudy tuvo un momentáneo regreso al pánico—. ¡No es una herida pequeña! Estaba sólo a tres metros de distancia y me ha disparado directamente al...

Rudy se sentó. Una risa loca luchaba en su garganta. ¿Disparar directamente a la maquinaria? ¡Diablos, de haber sido así no estaría vivo! Se examinó de nuevo el torso preguntándose qué había ocurrido y cómo.

El enigma permanecía sin resolver; es más, había algo de milagroso en todo aquello. La funda de metal de la pistolera un poco inclinada había, con toda evidencia, aunque fuera muy ligeramente, desviado la bala, y luego más desviada todavía por el revoltijo de huesos rotos, duros como el hierro, y cartílagos que formaban su caja torácica. Pero, con todo esto, todavía era una gran suerte que estuviera vivo. Y la herida no era precisamente para reírse.

Extendiéndose desde un punto situado directamente encima del corazón, la carne había sido desgarrada hasta los huesos a todo lo ancho del pecho y hasta medio camino de su costado izquierdo. Era probable que, dada la forma en que había caído al desplomarse —el pecho arqueado contra las ropas y la cinta de la pistolera—, hubiera sangrado muy poco, mucho menos de lo acostumbrado en una herida de aquella envergadura. Pero el movimiento la había abierto ahora y estaba perdiendo sangre hasta extremos peligrosos.

Se hizo un vendaje con la camiseta y lo ató fuertemente con la correa de la pistolera y con el cinturón. Aquello ayudaba, pero no mucho; ni tampoco experimentó mejora cuando añadió los calcetines y el pañuelo al vendaje. Tenía una cosa —mejor dicho, dos cosas— realmente útiles para ponerse sobre la herida. Los dos gruesos fajos de billetes que había sustraído del total del robo. Pero si los utilizaba, se ensangrentarían... y probablemente no valdrían un maldito pepino en ninguna parte.

No, no, tenía que guardar aquella pasta. Mientras tuviera dinero, un revólver y un coche —pero, sobre todo, el dinero—, tenía una posibilidad. Una posibilidad de vivir. De dar con Doc y Carol. Aparte de esto —atraparlos y matarlos— no podía pensar en nada más. Le parecía un medio y un fin a la

vez. De alguna manera, en sus muertes encontraría él la vida.

Subió con dificultad al coche y puso el motor en marcha. Condujo el vehículo, rugiente, lejos del lecho de la corriente y hacia la carretera en una serie de saltos y sacudidas. Tenía que ser así. Le faltaba sentido común para investigar, sentido común y tiempo. Quería hacerlo pronto y esperaba que saliera bien.

La suerte le ayudó; no pasaba nadie por la carretera. La suerte continuó acompañándole cuando cruzó Beacon City y cuando de nuevo tomó la carretera principal, al otro extremo de la ciudad. Luego, lentamente, al igual que su sangre, empezó a deslizarse por la ruta.

Buscó en las bolsas de las puertas y sacó un frasco medio lleno de whisky. Tomó un trago con cautela. Después, al sentirse reconfortado y más fuerte, otro trago más largo. Tapó la botella con una mano y buscó un cigarrillo en el bolsillo. Encontró uno todavía utilizable y lo encendió, dejando que el humo entrara profundamente en sus pulmones. De repente, sin ninguna razón —excepto que estaba borracho—, lanzó una risotada.

Riendo, tomó otro trago y otra larga bocanada. Bruscamente la botella resbaló de su mano y el coche se desvió peligrosamente hacia la zanja.

El cigarrillo le salvó. Cuando reaccionó para evitar la zanja, estrujó la punta encendida entre la palma de su mano y el volante: el dolor mantuvo su mente despierta y le dio el cuidado que necesitaba. Pero aquel sentido se esfumó tan pronto como había venido. Estaba consciente; por tanto, estaba perdiendo de nuevo la conciencia.

«Rudy, tonto. Poca sangre tienes y aún la mezclas con alcohol».

Rudy se dirigió a un apartadero. Con suma dificultad, manoseando pesadamente, se levantó y se volvió hacia los asientos traseros. Sus dedos encontraron lo que estaban buscando. Los cerró como garras y se dejó caer de nuevo en su asiento.

Los dos bocadillos estaban resecos y duros. El café del termo estaba frío y sabía amargo. Pero Rudy lo tomó todo y toda la comida.

Hay que comer cuando se está perdiendo sangre. Hay que dormir la curda cuando se está borracho. Hay que... hay que...

Hay que buscar un médico.

Conducía de nuevo. No podía recordar cómo se había vuelto a poner en marcha, pero el viento le golpeaba el rostro y la carretera se deslizaba locamente debajo del coche.

—M-médico —balbuceó—. R-rápido a q-que me vea un médico, un...

El desvanecimiento le rondaba de nuevo. Maldijo salvajemente, amargamente, y su rostro se contrajo en una mueca horrible.

¿Cómo encontrar un médico? Alrededor de los médicos siempre hay mucha gente: otros pacientes, enfermeras, quizá la mujer. E incluso si pudiera mantenerlos a raya y conseguir que le curaran, ¿qué pasaría entonces? Claro que los quitaría de en medio cuando le hubieran hecho el trabajo, pero no serviría de nada. Los médicos son tipos muy ocupados. La gente siempre les llama, requiere su ayuda, y...

«No necesariamente, muchacho. ¡No con cierto tipo de médicos! O quizá sí, pero pocos en relación con los otros, y la gente que les llama no están en los mismos atolladeros que tú».

Rudy se secó el sudor de los ojos. Empezó a aminorar la velocidad, a estudiar las ocasionales estafetas de correos de los bordes de la carretera.

¿Un médico rural? ¿Se trataba de eso? Pero los médicos rurales no viven en el campo. Viven en la ciudad y son como cualquier otro. Y si se mata a alguno de ellos o se nota que falta la cosa corre de prisa. Tan de prisa como ha ocurrido la noticia del banco. No se necesita ser ningún Eddie Hoover para darse cuenta de que... que...

La carretera empezó a hacerse borrosa; todo se empañaba, se sumergía en una especie de pelusa gris. Se inclinó hacia adelante, restregándose constantemente los ojos. Justo un momento antes de desvanecerse por completo, giró hacia un camino lateral.

No podía recordar nada después de aquello y, sin embargo, hizo un gran trabajo. Tanto como lo hubiera hecho de haber sido dueño de sus reacciones. El estremecimiento aterrorizado ya no existía. Había renacido, libre de todo miedo y de la horrible brutalidad que lo emponzoñaba. Pues el pequeño Max estaba con él, Max Vonderscheid, el de la cabeza leonina y cuerpo encogido, encorvado. Y Rudy estaba riendo de una manera que no lo había hecho nunca antes, o casi nunca.

—¡Ja, ja, ja! ¡Me estás engañando otra vez, pequeño renacuajo tramposo!
«Pero, ¿qué es lo que tiene tanta gracia, mi pobre amigo paranoico? Deberías leer Jonathan Swift. Te daría una mejor perspectiva.

»¿Por qué no? La enseñanza tiene muchos paralelos. Incluso podría decirse que debe saber mucha más medicina y anatomía que tu orgulloso Doctor en Medicina. ¿La diferencia básica? Sólo que los pacientes son generalmente más meritorios e invariablemente menos preguntones».

Rudy recuperó la conciencia con tanta rapidez como la había perdido.

Estaba despierto —y considerablemente fresco— cuando el otro coche entró en la carretera vecinal.

Se había deslizado debajo de la tabla de mandos y, por consiguiente, no podía ser visto a menos que alguien mirara dentro del coche. Permanecía escondido sin hacer ningún movimiento, excepto el de agarrar la culata del revólver que había permanecido en su mano.

Había hecho todo lo necesario para una emergencia de aquella clase. Las ventanas de la izquierda estaban bajadas. Las ruedas de la derecha daban directamente en el borde de la zanja. El espejo retrovisor estaba dispuesto en ángulo de manera que le permitía ver sin levantar la cabeza.

Era un coche patrulla, blanco y negro. Había dos hombres dentro, uno joven y el otro de mediana edad. En apariencia, un novato y un regular. Se dirigían cada uno hacia un lado del vehículo de Rudy con las manos en las culatas de sus pistolas, manteniéndose apartados entre sí. Se movían hacia el objetivo sospechoso desde diferentes direcciones.

Aquel, era, y es, el procedimiento adecuado: no desviarse nunca bajo ninguna circunstancia. Sin embargo, debido a la forma en que estaba estacionado el coche, hubiera sido dificultoso, si no imposible, llevar a cabo el procedimiento establecido. Y, puesto que el coche estaba evidentemente vacío, no les pareció necesario hacerlo.

Después de una pausa, uno de ellos se encogió de hombros y el otro se echó a reír. Se pusieron uno al lado del otro, casi hombro con hombro. Sólo que violaban las reglas.

Y una fracción de segundo después que Rudy se mostrara a través de la ventanilla, ambos yacían muertos.

Cogió las pistolas y la munición de ambos. Hizo dar una vuelta en forma de U al coche, pasando por encima del cuerpo del más viejo y, de nuevo, tomó la carretera principal.

Ahora sabía lo que tenía que hacer y aquello le dio seguridad. También le divirtió y se echó a reír como cuando Max Vonderscheid le dio el consejo que ahora estaba dispuesto a seguir.

No es que le hiciera mucha gracia. ¿Quién hubiera pensado en semejante disparate?

¡Dejarse curar por un veterinario, por un médico de caballos!

Capítulo 6

El mayor vicio y la mayor virtud de Doc McCoy era su seguridad. Le había ido bien tan a menudo y durante tanto tiempo, que no podía concebir la posibilidad de algo diferente. Con benevolencia podía cargar con el error, su buena naturaleza le permitía aceptar la culpa de una falta ajena. Así era Doc... es decir, parte de su máscara. En su interior nunca estaba equivocado, nunca, eso es, en algo que realmente le importara. Y dudar ahora de si había matado a Rudy —una cosa tan sencilla como vital—, le ponía más furioso de lo que nunca había estado.

—Te diré una cosa, Carol —dijo con un deje de dureza en su voz—. No sé quién ha disparado contra esos dos policías. No me importa. Todo lo que sé es que no lo ha hecho Rudy Torrento.

—Bien, si tú lo dices, Doc. Pero...

—Míralo de esta forma. No estaba mucho más lejos de Rudy de lo que ahora lo estoy de ti. Suponte que decido dispararte. ¿Crees que te mataría o no?

Carol sonrió desmayadamente. Se estaba burlando de ella; estaba bromeando, naturalmente. Nadie mejor que ella sabía cuánto la quería Doc, a qué extremos llegaría por ella. Pero si no lo supiera, si no estuviera segura de que Doc la deseaba y la necesitaba tanto como antes del robo del banco...

El pensamiento la irritó. Habló en un tono, y de una manera, que era casi igual al de él:

—Suponte que decido machacarte ahora mismo —dijo sonriente,

divertida, sosteniendo la mirada—. ¿Crees que te mataría o no?

—Lo siento —dijo Doc cálidamente—. Para contestar a tu pregunta... No podría culparte si lo hicieras.

—No me gusta que me manden callar, Doc. No quiero.

—Tienes toda la razón, querida.

—Entonces, no vuelvas a hablarme en ese tono. Nunca, nunca, ¿entiendes? Ya sé que no querías decirlo como sonaba, pero...

Doc dirigió el coche fuera de la carretera. Se detuvieron en la cresta de una pequeña loma. Se volvió en silencio hacia ella y la tomó entre sus brazos. La besó y la estrechó fuertemente. La besó de nuevo y con las manos le acarició su cuerpo pequeño, suave, duro.

Y cuando volvieron a ponerse en camino estaban de nuevo unidos: cada uno de ellos era la prolongación del otro.

Su breve disputa había sido olvidada. No volvieron a mencionar a Rudy. Carol estaba contenta de haber sido convencida de que Rudy había muerto.

Cuanto más silenciosos estaban, más felices y contentos se sentían de estar juntos. Pero cuando el sol empezó a bajar en el horizonte, comenzaron a hablar de Beynon. El hombre —sus motivos, más bien— todavía preocupaba a Doc. Era difícil creer que el presidente de un tribunal pretendiera quedarse con todo el botín del banco en lugar de la relativamente pequeña parte que había convenido aceptar. Pensar que un hombre como aquél sería capaz de cometer un asesinato —como lo haría él— por una suma de dinero, era ridículo. Pero, por otra parte, ¿no era más ridículo todavía su ostensible venta —con el riesgo que suponía para su carrera y su reputación— por un simple pellizco de pasta?

Carol servía de poca ayuda para descifrar el enigma. Parecía indiferente al problema; un tanto aburrída, hosca. Luego, a unas cuantas millas del rancho de Beynon, se iluminó y se volvió hacia su marido casi alegre.

—Tengo una idea, Doc. Deja que me cuide yo de los quince grandes de Beynon.

—¿Tú? —Doc le lanzó una rápida mirada—. ¿Sin mí, quieres decir?

—Sí, tú tomas el maletín del dinero y...

—¿Y dónde lo llevaría? ¿Dónde esperaría? ¿En el borde de la carretera o

en uno de estos pueblecitos del interior? ¿En algún lugar ancho en donde cualquier extraño acto se haga patente y en donde incluso el tonto del pueblo venga a hacerme una visita?

—Podemos conseguirlo. Por favor, Doc. ¿Qué dices?

—Que no puedo creer que hables en serio —dijo Doc llanamente—. Aprecio que te preocupes por mí, naturalmente, pero —sacudió la cabeza— no puede ser, cariño. Como he dicho antes, si Beynon planea algo, no tardaremos mucho en saberlo. Y vamos a liquidar el asunto.

—Yo podría liquidarlo.

—Pero contigo no pondría las cartas boca arriba. En cualquier caso, la manera de arreglar el asunto, si se necesita alguna manera, es algo que deseo decidir por mí mismo.

Carol iba a decir algo más, pero se encogió de hombros y se quedó en silencio. Doc encendió un cigarrillo y le ofreció otro, que ella rechazó con un movimiento de cabeza.

Llegaron a un pueblecillo en el que la punta del campanario sobresalía por encima de un pequeño bosque. Doc aminoró la marcha para estudiar el mapa de carreteras y luego volvió a tomar velocidad. Unas cuantas millas más adelante, giró hacia una carretera estrecha y sucia que subía serpenteando a través de unas colinas.

Faltaba menos de una hora para que se pusiera el sol y empezó a levantarse una fresca brisa del sudoeste. De vez en cuando Doc lanzaba ocasionales miradas a los ranchos o a las casitas de campo. No le gustaba aquello. En aquellos parajes tan desolados, el coche podía ser visto desde mucha distancia, y un coche tan extravagante como el suyo era muy fácil de recordar.

El camino se cruzaba con otro. En el cruce había dos buzones, uno al lado de otro. En uno de ellos, toscamente pintado de negro, estaba escrito el nombre de Beynon. Doc detuvo el coche y miró con cuidado a su alrededor, a lo largo y a lo ancho de aquel terreno solitario y ondulado.

Aparentemente, el cruce no era visible desde ninguna de las dos casas que debían estar cerca. Doc consideró aquel hecho murmurando distraídamente que el rancho de Beynon debía hallarse pasada la primera colina de la

derecha.

Carol respondió con un susurro. Doc se rascó la mejilla, pensativo; después se volvió hacia el asiento trasero y colocó el maletín del dinero en el asiento de delante.

Lo abrió, sacó quince mil dólares y se los puso en el bolsillo del abrigo. Luego hizo un gesto que debía hacerse en todos los casos: dio a Carol unos cuantos cientos de billetes pequeños, puso otros tantos en su billetero y reunió un tercer fajo de alrededor de unos mil dólares.

Era dinero suelto, dinero que debía conservarse para un momento de necesidad. Doc lo ató todo junto con dos bandas de billetes de banco y lo dejó en la maleta de la ropa, a la derecha. Luego cerró la tapa de nuevo.

Bajó del coche, levantó la tapa del portaequipajes y dejó la maleta dentro. No cerró la tapa inmediatamente: viendo la mirada de Carol por el espejo retrovisor, le guiñó un ojo.

—Es tu misma idea —sonrió—. Si no te importa esta pequeña variación, pongamos manos a la obra.

El rostro de Carol se iluminó. Saltó del coche y se acercó a Doc al tiempo que sacaba el revólver del estuche, lo preparaba con dos pequeños chasquidos metálicos y volvía a ponerlo en su sitio. Durante esta acción, pasó una sombra a través de los ojos de Doc. Le puso la mano en el brazo cuando ella empezaba a subir al portaequipajes.

Tenía que tomárselo con tranquilidad, le advirtió. No debía perder el sentido común. Beynon no era un asesino sino un hombre muy importante. Y ellos —ella y Doc— tenían todavía un largo viaje por hacer.

Carol dio a entender con un gesto que había comprendido. Subió al portaequipajes y Doc bajó la tapa, sin cerrarla con llave.

Como había supuesto Doc, el rancho de Beynon estaba sólo a unas cien yardas, sobre la cresta de la colina más próxima. La casa era uno de aquellos antiguos ranchos de dos pisos, pintado de blanco, con una larga galería que se extendía a lo largo de la fachada.

En el declive de atrás de la casa había un amplio establo, dividido en dos partes, de manera que una de ellas hacía las veces de garaje para el coche de Beynon. Junto al establo había un corral, que se abría en uno de los extremos

para dar paso a un prado de hierba lustrosa. Paciéndolo en él se hallaban los caballos de carreras y unas cuantas cabezas de ganado. Beynon no tenía empleados; el rancho, si podía dársele este nombre, era tan sólo un entretenimiento para él. Cuando los negocios le obligaban a marcharse de allí, un vecino cuidaba del ganado.

Doc estacionó el coche en la explanada que se extendía debajo de varios árboles. Salió sacudiéndose la ropa y miró a su alrededor. Todo estaba muy quieto. La vieja casa, con sus ventanas sin luz, parecía que nunca había sido habitada. El coche de Beynon —un modelo de hacía unos tres años— estaba en el garaje, pero de él no había ninguna señal.

Doc dio unas cuantas zancadas hacia la casa silbando sin entonación, suavemente. Subió al porche. La puerta de entrada estaba abierta. Desde fuera llamó:

—¡Beynon! —y se quedó esperando, escuchando.

No hubo respuesta, ningún sonido. Pero aquello, la falta de ruido, el completo silencio, era una respuesta.

Doc separó la cortina de la puerta y sin entrar volvió a llamar. Luego bajó del porche y caminó en silencio alrededor de la casa hasta la puerta trasera. También estaba abierta y la persiana entornada. Miró hacia dentro intentando ver a través de las sombras. Con un suspiro, entró en la casa.

Beynon estaba sentado en la larga mesa de la cocina, con la cabeza apoyada sobre los brazos. Sobre el sucio mantel había un vaso vacío y una botella de whisky hasta la mitad.

Borracho, pensó Doc, con menos tolerancia de la que era habitual en él. El gran hombre tiene problemas, por eso se emborracha.

Tomó un vaso de un estante y se situó al otro lado de la mesa, frente al presidente del Tribunal de Apelación. Se sirvió bebida, tomó un trago y encendió un cigarrillo. Deliberadamente, lanzó el humo en dirección al hombre: probablemente era la mejor manera de despertarlo sin que se sobresaltara. La cabeza de Beynon, con su masa de cabello negro indomable, se movió con irritación; luego, bruscamente, se incorporó.

Excepto por un ligero temblor de voz, parecía estar completamente sobrio. O había malgastado más whisky del que había bebido o ya había

dormido la mona. Sus ojos negros, ardientes, estaban despejados, tan despectivos como los había visto Doc en tiempos de prisión.

Doc sonrió e hizo un gesto con su vaso:

—Espero que no le importe... Ha sido un día muy ajetreado.

—¿Dónde está su esposa? —preguntó Beynon.

—Viajamos en coches diferentes. Llegará dentro de una hora aproximadamente.

—Muy amable de su parte —dijo Beynon con su voz rica, musical—. Muy amable de su parte venir a verme. —Se sirvió whisky y lo bebió de un trago—. O quizá no, quizá sus visitas, sus idas y venidas hayan terminado para siempre.

Doc se encogió de hombros distraídamente.

—Si quiere insinuar que la he matado...

—¿Dónde está Rudy, McCoy? ¿Dónde está su amigo Torrento? ¿En otro coche, también?

—Sí. Y ni él ni el coche funcionan, si es que le interesa saberlo. He pensado que usted estaría contento de saber que tengo todo el dinero del banco en mi coche.

Ya estaba puesto el cebo. Beynon pareció no interesarse. Doc habló de nuevo:

—Usted ha recibido cinco mil dólares de mi parte, de mi esposa, mejor dicho. Estoy de acuerdo en pagar quince mil más. Francamente —Doc le dirigió su sincera mirada—, francamente, creo que esto no es bastante, Mr. Beynon. Hemos conseguido mucho más de lo que esperábamos, pero no ha sido culpa suya. Y...

—Se ha matado a tres personas, McCoy. ¿De quién pretende que ha sido la culpa?

—¡Oh, bueno...! —Doc extendió las manos—. No tiene por qué sentirlo...

—Su esposa me aseguró que no habría muertos. Me lo juró.

—Lo siento. Me imagino que estaba tratando, simplemente, de evitarle remordimientos. Pero volviendo al asunto...

—El asunto sigue siendo el asesinato, McCoy. ¿Cuántos más habrá antes

que todo esto termine? Si es que alguna vez termina. ¿Cuántas vidas más tendré en mis manos?

Doc vaciló. Empezó a intentar algún comentario que suavizara al hombre. Se inclinó hacia adelante y habló con grosera claridad. Dijo que Beynon haría mucho mejor si dejara de preocuparse por los demás. Tenía, o tendría, sin duda, muchas más cosas sobre las que reflexionar.

—Es sólo una cuestión de tiempo, hasta que el asunto de Beacon City recaiga sobre mis espaldas. Cuando esto ocurra, el hombre responsable de mi perdón... usted, en otras palabras, tendrá que responder a unas preguntas muy difíciles de contestar.

—Sólo hay una respuesta para estas preguntas. Que yo soy un asesino y un ladrón. —Beynon le miró extrañamente; una mirada hosca y meditabunda—. Usted ya se ha anticipado. Sabía exactamente lo que me costaría: mi carrera, mi desgracia, mi expulsión del foro.

Quizá incluso una larga estancia en prisión. Usted sabía todo esto, sin embargo..., sin embargo...

—¡Oh! Está usted exagerando la situación —le cortó suavemente Doc—. Tendrá que pasar una temporada poco confortable, pero no creo que sea ni mucho menos como usted la pinta. Tiene usted muchos amigos, una reputación a toda prueba. Es un hecho aceptado que su vida no tiene tacha, que nunca ha aceptado un soborno... Bajo las...

—¿Que nunca he aceptado un soborno, McCoy? —Beynon se rio duramente—. Quiere usted decir que he aceptado una treintena de ellos.

—Estaba diciendo —cortó Doc— bajo las circunstancias que se suponen para un soborno. De lo peor que se le puede acusar es de haber hecho un mal juicio.

Hizo una pausa y frunció ligeramente las cejas mientras Beynon volvía a reír. Débil, casi perdido en la brisa nocturna, Doc oyó un ligero sonido metálico. Se abría —o quizá se cerraba— el portaequipajes del coche.

—Un mal juicio —repitió con los ojos fijos en el presidente del Tribunal de Apelación—. No es tan terrible, ¿verdad? Y todavía lo sería menos si considerara que en lugar de quince mil más serían..., bueno... veintisiete y medio...

—¿Veintisiete y medio? —Beynon cabeceó gravemente—. Veintisiete mil quinientos para enfrentarme a lo que me espera. ¿Y cuál cree que debería ser la cifra para enfrentarme a mí mismo, McCoy?

—Nada —dijo Doc—. Ni un maldito penique.

Estaba cansado, fastidiado de aguantar a Beynon. No veía ninguna razón para seguir haciéndolo. El hombre no haría ningún desatino, no haría nada de nada. Simplemente deseaba demostrar sobradamente que tenía conciencia, una conciencia que había estado dormida, como convenía, en el momento de hacer la compraventa.

—Es usted un fullero —siguió Doc—. Un fullero particularmente podrido. De acuerdo. Ahora deje de atormentarse. Acéptese como es y saque el mejor provecho que pueda. Créame, no le parecerá tan malo.

—Ya veo —una mueca contrajo el rostro macilento de Beynon—. ¿Usted considera que ambos somos de la misma calaña, verdad?

—No —dijo Doc con ecuanimidad—. Usted es mucho peor que yo. Usted sabía la clase de hombre que era yo... y yo nunca he pretendido demostrar lo contrario. Usted sabe, si no es un completo idiota, que juego sucio cuando creo que es necesario. Usted no tenía que otorgarme el perdón: nadie le extorsionaba. Lo hizo por dinero, por un maldito puñado de dinero. La clase de dinero que... ¿Sí?

La mueca de Beynon se distendió. Dijo suavemente:

—¿No cree que se equivoca, McCoy? ¿Acaso no había otro factor implicado? ¿Acaso tenía posibilidad de elección?

—No sé de qué me está hablando.

—No —asintió Beynon lentamente—. No, realmente no lo sabe, ¿verdad? Estaba seguro de que sí, de que había otro negocio detrás de esto. Estaba convencido a pesar de desear lo contrario. Pero ahora... ¿un traguito, Mr. McCoy? O no, creo que en estas circunstancias se necesita un trago bien largo.

Con grave cortesía, llenó el vaso de Doc. Luego se llenó el suyo, haciendo un simpático buche cuando Doc lo rechazó.

—No le culpo en absoluto. Créame, comprendo sus sentimientos. Puede creer que son idénticos a los míos.

—Tengo prisa —cortó Doc—. ¿De qué está usted hablando?

—¿Todavía no lo sabe? Bueno, quizá le ayudará si menciono la palabra chantaje...

—¿Chantaje? ¿Qué...?

—De una clase altamente original, Mr. McCoy. De una clase casi atractiva. Para llevarlo a cabo, uno se ve obligado a seguir los deseos del chantajista. Pero el puño de hierro... ¿o debería decir el puño de barro?... también tiene un precio; algo delicioso, en verdad. Incluso se permite probarlo con toda generosidad, de manera que uno se dé cuenta del mérito que supone la cooperación a la que se ve forzado...

Dejó que su voz muriera y esperó deliberadamente, prolongando la delicada tortura, aumentando el suspense. Luego, si bien no era necesario decir nada más, continuó hablando. Lo hacía con una falsa simpatía que era peor que el peor de los odios. Los ojos le brillaban, humedecidos, y tenía la boca babeante.

Está borracho, pensó Doc. Está acabado, dolorido, y todavía quiere ahondar más en el agujero que más le duele.

En la penumbra del anochecer se produjo un ligero movimiento de la cortina. Aquello atrajo la atención de Beynon; Doc ni siquiera lo oyó.

—... tómese el tiempo que quiera —estaba diciendo Beynon—. Mire el asunto desde todos los ángulos. En primer lugar —levantó un dedo y con él hizo un gesto como si contorneara una silueta—, en primer lugar tenemos una mujer extremadamente atractiva, una mujer que ha demostrado que es deseable. En segundo lugar —otro dedo—, tenemos al marido de la mujer, el ladrón de bancos más sagaz de todo el país, que está pagando una larga pena en la prisión. En tercer lugar —otro dedo—, tenemos a un poderoso político que está en posición de poner en libertad al ladrón. ¿Para qué desea ser liberado? Naturalmente para robar un banco y, de este modo, dejar a la mujer y al político confortablemente instalados para el resto de sus vidas, a pesar de todos los pesares. En segundo lugar... ¿cree usted necesario imaginar el segundo motivo, Mr. McCoy? Muy bien, pues...

Su voz ronroneó; se ensañaba con la herida, machacando a Doc McCoy acerca de la única cosa en la que confiaba.

—Considere, Mr. McCoy: nuestro ladrón es notoriamente ingenioso y fatal. También está loco por su esposa. Si la pierde por otro hombre no dudará en matarlos a ambos a la primera oportunidad, es decir, al terminar su sentencia. Esto no les gusta a ninguno de los dos, naturalmente. Sin embargo, a menos de que se lícen la manta a la cabeza y se resignen a pasar una vida modesta y sin comodidades, hay solamente una alternativa: libertar al ladrón, dejar que actúe a sus anchas y luego, después de haberle hecho llegar a un lugar aislado como este...

Beynon se inclinó hacia adelante y su voz se apagó hasta convertirse en un susurro de conspirador:

—Y entonces, Mr. McCoy, cuando el ladrón esté desarmado, cuando ya no esté seguro de sí mismo ni de sus posibilidades, cuando no sepa si es capturado o capturados... cuando no se atreva a moverse... entonces, Mr. McCoy... ¡se le mata!

Finalmente Doc oyó la mampara. Oyó cómo se cerraba, con firmeza, sin pretensión de silencio.

Por el rabillo del ojo vio cómo Carol se movía en las sombras. Y en su mano llevaba el revólver, firmemente asido, sin un temblor.

¿Le estaba apuntando a él? Si se movía, ¿le dispararía... le dejaría seco antes de que su movimiento fuera completado?

Podía ser. Estaba seguro. Carol era práctica. Podía ser menos compasiva que él mismo. Sin duda había oído buena parte, si no todo, de lo que Beynon había dicho. Si pensaba que él, Doc, creía al hombre —y no era muy difícil de creer, podía haber buena parte de verdad en todo ello—, si pensaba que él creía a Beynon y se ponía de acuerdo con él...

No sabía qué hacer. Con extrema claridad, o con la conciencia llena de alcohol, Beynon estaba tan seguro que cualquier movimiento podía ser fatal.

—Esto... esto es estúpido —dijo con voz divertida, pero profundamente sincera, marcando las palabras de manera que parecieran a la vez una súplica y una afirmación—. ¿Cree usted realmente que yo habría caído en una trampa tan pueril como ésta?

—Una cuestión de truco —aseguró Beynon prontamente—. Usted no sabe si esto es o no una trampa. Para ser sincero, yo tampoco. Pero es obvio que yo creí a la pequeña Carol... a nuestra Carol, ¿puedo decirlo así?, en un tiempo. Pero con tres hombres muertos, a pesar de su promesa de que no habría ninguna muerte... bueno ¿ha sido sólo esta promesa la que ha fallado, o todas las que me hizo fueron mentira? Otra cosa...

—Ya es suficiente —cortó Doc—. Era un buen experimento, Beynon, pero...

—Otra cosa —Beynon levantó la voz—. Puede que ella haya sido totalmente sincera conmigo. Quizá ella no sabía que habría tres muertos..., además, naturalmente, de usted. Pero sabiendo cómo me desagradan los asesinatos y temerosa de que yo fuera un pájaro difícil de atar...

Era inicuo, cruel. Y todavía no tenía suficiente. Parpadeando falsamente, clavó el último puñal de duda en la mente de Doc.

—Carol, cariño —Beynon empujó la silla y se levantó; extendió los brazos en un gesto de abrazarla—. Espero que no piense mal de ella, Mr. McCoy. Después de todo, usted iba a estar encerrado por mucho tiempo... era su primera separación después de la boda, ¿verdad?, y ella es una mujer llena de salud, vigorosa, quizá con más vigor del que podía compartir...

Carol dejó escapar un gemido. Se acercó a Beynon con rapidez y aplastó el revólver contra el estómago del hombre. La habitación retumbó con las sucesivas explosiones.

Beynon gritó salvajemente; parecían carcajadas. Se dobló por la cintura en la actitud de un hombre que se golpea las rodillas; luego experimentó unas cuantas sacudidas, ya muerto por las balas, antes de que su cuerpo rodara por el suelo.

El revólver cayó de las manos de Carol. Se quedó rígida, con los ojos obstinadamente cerrados y llorando consternada.

—Estaba mintiendo, Doc. ¡Sucio asqueroso...! Creo que podría matarle de nuevo... —Tranquilízate, tranquilízate ahora —Doc la acunó en sus brazos y la acarició con las manos todavía húmedas de sudor—. Voy a prepararte un trago y...

—¡Estaba mintiendo, Doc! Me crees, ¿verdad? Nada fue como... como él

lo estaba explicando.

—Naturalmente que no —dijo cálidamente Doc—. Ni por un momento he pensado que lo fuera.

—Yo... yo solamente me mostraba amistosa... sólo pretendía serlo. No podía evitarlo. Tenía que ser amable, hacer que él deseara conocerme o de lo contrario no habría querido...

Pasó un instante antes de que Doc se diera cuenta de que Carol estaba hablando sólo acerca de una faceta de la historia de Beynon: su supuesta o real infidelidad. Aquello era lo único que la preocupaba, lo único que estaba negando. Lo que significaba que no había nada más que pudiera negarse.

Fue un pensamiento reconfortante que le impulsó a atraerla más hacia él con ardor. Luego se dio cuenta de que si la indiscutible parte de la historia era falsa, la otra debía de ser cierta. Y tuvo que hacer un esfuerzo para no separarla de él con brusquedad.

—Es por eso que no deseaba venir aquí, Doc. Yo... tenía miedo de que dijera algo, de que dijera una sarta de mentiras acerca de mí y...

Doc se sentó en una silla y la hizo sentarse sobre él. Sonriendo amorosamente, la obligó a tomar un trago; secó sus lágrimas con su pañuelo.

—Ahora miremos la historia de esta manera —dijo—. Tú deseabas sacarme de la prisión. La única manera que tenías para hacerlo era comprometiéndole, así que... ¡Espera! Tiene que haber habido algo entre vosotros dos. Después de todo, si no utilizaste ninguna estaca para darle en la cabeza, cómo...

Se calló de repente. La mirada que había en los ojos de Carol le detuvo. Forzó una sonrisa que sonó razonablemente sincera y luego se levantó, alzándola en sus brazos.

—Un hombre muy limpio —sonrió—. Es difícil no admirarle. Pero creo que va siendo hora de que este asunto deje de preocuparnos. ¿Qué te parece si lo olvidamos?

Carol se iluminó:

—Entonces, ¿me crees, Doc?

—¿Creerte? —dijo Doc con cariño—. ¿Por qué no habría de creerte, querida?

La llevó en brazos escaleras arriba y la dejó sobre una cama. Ella le agarró la mano cuando él empezó el gesto de alejarse, le hizo sentar a su lado mientras le contaba cómo había comprometido a Beynon. Parecía razonable. Doc pareció satisfecho. Ordenó a Carol que intentara descansar y bajó de nuevo para llevar el cuerpo de Beynon al sótano.

Le llevó unos pocos minutos sepultar el cuerpo entre el carbón. Después se entretuvo al lado del montón limpiándose las manos y brazos con toallas enjabonadas para mecánicos y luego se secó con unos cuantos trapos. A continuación, perdido en sus pensamientos, permaneció donde estaba: una sombra meditabunda en la oscuridad del sótano.

Carol. ¿Por qué no aceptar su explicación? Beynon era un mal bebedor. Carol le había citado en su apartamento para hablar con él. Así pues, jugando con su debilidad, le había emborrachado hasta el punto de no saber lo que hacía. Y todavía dormía la mona cuando, a la mañana siguiente, ella se marchó del lugar. Esto era todo lo que Carol había tenido que hacer, además de asegurarse de que el ascensorista y el portero del vestíbulo la vieran entrar y salir. Aquello era todo: más que suficiente. Para un hombre de la categoría de Beynon —la cabeza principal del Tribunal de Apelación y de Indulto—, tener la esposa de un famoso criminal en su apartamento durante toda una noche...

No era necesario nada más; así pues, sin duda, no había tenido lugar nada más. Y en cuanto al soborno... bueno, puesto que ya estaba cogido, no tenía sentido rechazar un poco de ayuda.

Todo encaja, pensó Doc. Pieza por pieza, punto por punto, todo encajaba. Sin embargo, no podía dejar de pensar en ello. Su mente daba vueltas y más vueltas en un círculo, sintiendo escepticismo al tiempo que creía a ciegas.

Estaba dispuesto a admitir que su débil fe era un asunto personal. Como profesional del crimen, se había enseñado a sí mismo a no confiar por completo en nada. Y como criminal, había aprendido a vincular la infidelidad con la traición. Aquello revelaba una peligrosa falla de carácter o una igualmente peligrosa vacilación en la lealtad. En cualquier caso, la mujer era un mal riesgo en un juego en el que no se podía tolerar riesgo alguno.

Así pues...

Bruscamente, Doc rompió el agonizante círculo de sus pensamientos. Se vio a sí mismo, fuera de sí mismo; vio a la displicente y vacilante criatura que era ahora, junto al suave, seguro y firme Doc McCoy, y la comparación le hizo estremecer.

Ya había suficiente, se reprendió; sonrió suavemente. Nunca más, ni ahora, ni nunca.

Carol había limpiado la cocina. Ahora estaba echando café dentro de un cazo esmaltado. Doc se acercó a ella y la rodeó con sus brazos. La mujer se volvió vacilante, un poco asustada, y le miró directamente a los ojos.

Doc la besó con entusiasmo y dijo, aparentando seriedad:

—Señora, ¿sabía usted que tiene a un loco de atar por marido?

—¡Oh, Doc! ¡Doc, mi vida! —se abrazó a él restregando el rostro contra su pecho—. Es culpa mía. Deseaba decirte la verdad directamente desde el principio, pero...

—Pero tenías miedo de que reaccionara exactamente como lo he hecho —dijo Doc—. Este café huele muy bien. ¿Qué te parece si tomamos también unos bocadillos?

—De acuerdo, pero ¿no sería mejor que saliéramos de aquí?

—Bien —Doc hizo una mueca—, naturalmente no pretendo quedarme para siempre, pero no creo que haya demasiada prisa —se acercó al refrigerador, escudriñó en su interior y sacó un trozo de jamón cocido—. Beynon no debía saber con exactitud cuando nos dejaríamos ver, por consiguiente, debió asegurarse bien de no tener visitas esta noche.

—Creo que no era necesario que le hubiera matado, ¿verdad Doc? Esto nos dificultará más las cosas.

Doc puso platos y cubiertos sobre la mesa. También pan y mantequilla. Dijo que la muerte de Beynon era lamentable, pero inevitable; cuando un accesorio deja de servir por completo, lo único que se puede hacer con él es eliminarlo.

—No sé hasta qué punto puede dificultarnos las cosas. Quizá no pase nada, pero sin duda nos obliga a cambiar de planes.

Carol asintió y levantó el café del fogón.

—Ponme un poco de crema, cariño —dijo. Y luego—: ¿Cómo los

cambiaremos?

—A eso iba —Doc se sentó a la mesa y cortó unos trozos de jamón—. Nuestro coche debe haber sido visto cuando venía hacia aquí. Por lo menos tenemos que contar con esta posibilidad, aunque hayamos ido sobre seguro. Quizá algún chiquillo que acechara un conejo cerca de la carretera o una ama de casa ociosa con unos anteojos y tiempo para ir mirando...

—Puede ser —aceptó Carol—. Cambiémonos de apariencia, entonces. Dejemos nuestro coche aquí y cojamos el de Beynon.

—De acuerdo. Podemos intentar aparentar que los tres vamos a algún sitio juntos y que volveremos —Doc tomó un sorbo de café—. Aquí es donde empiezan los apuros. No sabemos cuáles eran los planes de Beynon, qué compromisos tenía. Por lo que podemos imaginar, es posible que mañana tuviera que verse con alguien o tuviera que llamar a alguna persona por la mañana. Además, está el ganado. Y con el ganado no hay suposiciones que valgan. Cuando Beynon sea echado en falta sin haber avisado de su marcha —Doc sacudió la cabeza—, será necesario que ya estemos en camino. No podemos arriesgar ni un solo minuto más de los necesarios.

—No, no podemos, ¿verdad? —Carol frunció las cejas—. ¿Nos escapamos y nos escondemos en casa de alguien, entonces?

—¿Qué te hace pensar eso? ¿En casa de quién nos esconderíamos?

—Bueno, sólo pensaba que sí... ¿no tenías un amigo en Méjico? En algún lugar cerca de Méjico, quiero decir. Te acuerdas, aquella vieja, Mamá Santis.

Doc se lamentó de no tener ningún amigo cerca de Méjico: Mamá Santis estaba al otro lado de Méjico, en la parte de California del Sur. Por lo menos así se había rumoreado últimamente, si bien nadie sabía exactamente dónde.

—Ni siquiera sé si vive, pero me temo que ya no. Cuando eres tan conocido como Mamá Santis y sus muchachos, la gente habla de ti hasta muchos años después de muerto.

—Bueno, pues si no tenemos en dónde escondernos...

—Creo que será mejor que nos movamos —Doc empujó su plato y se levantó—. Podemos hablar de esto mientras nos arreglamos.

Quitaron la mesa y dejaron todas las cosas en su sitio. Se pusieron ropas más convencionales. En cuanto a hablar, a discutir acerca de sus planes, poca

cosa había. La decisión ya estaba tomada de antemano y ambos lo sabían a la perfección: tenían que viajar mucho más lejos de lo que habían planeado y no era conveniente ir por carreteras principales. Así pues, sólo tenían una alternativa.

Además de dejar la cocina arreglada y de adecentar la cama de arriba, no hicieron nada más para disimular las señales de su breve estancia en la casa. Doc sugirió que borrarán las huellas digitales, pero era una broma y Carol hizo una mueca. Los criminales no son tan cuidadosos con sus huellas digitales como se supone popularmente. Ni siquiera los que consideran el crimen como una profesión de pericia. Saben que un experto en huellas digitales puede trabajar todo el día en su propia casa sin recoger una huella suya identificable. Saben también que las huellas sólo sirven para corroborar evidencias; que con toda probabilidad serán descubiertos y perseguidos mucho antes de que termine el trabajo de los expertos en huellas digitales.

Doc llenó el coche de Beynon con gasolina de un depósito del garaje, así como dos galones de cinco litros, que colocó en la parte trasera del vehículo. Lo sacó al patio, Carol entró el convertible en el garaje y emprendieron el camino.

Después de un par de horas de marcha ya habían recorrido los caminos vecinales y llegado a la carretera principal. Se detuvieron irnos instantes para consultar el mapa de carreteras y eligieron la ruta más práctica hacia Kansas City. La ciudad estaba al norte, más lejos que cerca de su último destino. Pero aquello, naturalmente, era una ventaja. Era el último lugar en donde se esperaba que fueran. Como lugar puente, no ofrecía clave alguna acerca de cuál podía ser su plan definitivo.

Pensaban abandonar el coche en Kansas City y tomar el tren hacia el oeste. Sabían que no era el transporte ideal: ir en tren es como ir confinado, formas parte de un grupo relativamente pequeño y, por consiguiente, eres más fácil de distinguir. Sin embargo, había solamente otra alternativa —ir en avión—, y el tren era, con mucho, el mejor medio.

La noche era destemplada y al ir hacia el norte se hizo más fría. En el coche sin calefacción, Carol temblaba y se arrimaba a su marido. Éste le dio unos golpecitos protectores y comentó que era una lástima que hubieran

tenido que dejar el convertible.

—Era un bonito coche. Me imagino que lo pensaste mucho antes de elegirlo, ¿verdad?

—¡Oh, bueno...! —Los pequeños hombros de Carol se encogieron junto a los suyos—. Eres muy amable al decir esto, Doc —añadió—. Y también al pensar en mi incomodidad en un momento como éste.

Doc dijo que no tenía importancia, que era una reacción perfectamente natural en una persona tan amable como él. Carol le reprendió con un delicado pellizco.

Seguían adelante, muy juntos, hombro con hombro y, de alguna manera, a pesar de que la temperatura disminuía, parecía que el coche se iba caldeando poco a poco. Carol estaba cómodamente tranquila. Doc era Doc: tierno, divertido, tranquilizador; exudaba un contagioso buen humor y una completa seguridad.

Así había sido en las noches pasadas. Las buenas noches (las cosas buenas siempre parecen pertenecer al pasado) antes de que Doc fuera encerrado en la prisión.

Carol no habría sabido decir qué era lo que había roto el encanto, pero descubrió que, gradualmente, se estaba separando de Doc, se iba corriendo hasta su sitio. Empezó a estudiar las palabras de Doc, el tono de su voz, el juego de expresiones que pasaban por su rostro sencillo y agradable.

Doc podía o no haber notado el cambio, sin saber de qué se trataba. Característicamente, y hasta cierto punto, no siempre se permitía a sí mismo saber lo que pensaba o lo que sentía. Había tomado una decisión, había decidido cierta forma de conducta: si un obstáculo era insalvable había que ignorarlo mientras fuera posible o hasta que surgiera un camino mejor.

Dos horas antes del amanecer, cargó el depósito con los dos bidones. De nuevo en camino, finalmente preguntó a Carol si la preocupaba algo:

—Si he hecho o dicho algo...

—No has hecho ni dicho nada —dijo ella—. Supongo que se trata... Bueno, no importa, no me hagas caso, Doc.

—Naturalmente que te hago caso —dijo Doc con amabilidad—. Ahora y en todo momento. Así, pues, suelta lo que te preocupa, sea lo que sea.

—Bueno, en realidad no es nada, pero —Carol dudó; sonrió nerviosamente, como disculpándose—. Solamente se me ha ocurrido que si tú... si sientes algo o piensas algo, yo nunca lo sé.

—¿Qué quieres decir? —Su voz se elevó ligeramente—. No estoy seguro de entenderte.

—¡Estoy hablando de Beynon!

—¿Beynon? —La miró con curiosidad—. ¿Qué más hay sobre Beynon? Me lo has explicado todo. Yo te he creído. Todas las cosas están en su sitio.

El silencio se cernió de nuevo sobre el coche. Corrían a través del túnel de la noche y las negras paredes se cerraban tras ellos. El tiempo y el espacio eran el momento inmediato: delante y detrás, antes y después había solamente la oscuridad.

Doc se movió y sacó cigarrillos de su bolsillo. Encendió dos y le pasó uno a Carol. Y al cabo de un rato, cuando se hubieron consumido los cigarrillos, Carol se arrimó de nuevo a Doc.

Él la hizo acercarse más todavía y le tapó las rodillas con la punta de su abrigo.

—¿Va mejor? —le preguntó suavemente.

—Mejor —asintió ella.

Y era verdad. Tenía menos frío. Y, amigo o enemigo, había alguien con ella por lo menos: cualquier cosa era mejor que la total soledad.

—He entendido lo que decías —siguió él quedamente—. Sencillamente no sabía qué contestar. O qué hacer.

—Comprendo, Doc.

—Es algo que me deja sin saber cómo reaccionar. Si soy agradable, es una ficción. Si no lo soy, es que hay algo digno de alarma. ¿Comprendes querida? No puede ser que sólo cuentes con estas dos alternativas. Es estúpido y peligroso... ¿Lo comprendes, verdad?

—Sí, lo comprendo —asintió ella; y luego, casi con desesperación, con una voz que era casi llanto, dijo—: Entonces, ¿todo va bien, Doc? Sinceramente, ¿no te queda ninguna sospecha, ninguna duda? ¿Todo es igual que antes?

—Así te lo he dicho. Y he hecho todo lo que he podido para

demostrártelo.

—¡Pero es que tú siempre eres así! Puedes parecer más dulce que la miel y estar planeando cosas... cosas...

—Carol —dijo Doc suavemente—. Mi pobre muchachita.

Y ella sollozó suavemente, suspiró y cayó dormida sobre su hombro.

Capítulo 7

A primera hora de la tarde Doc dejó a Carol en la terminal de la Kansas City's Union Railroad. Por ser ella la menos identificable de los dos, se quedó la maleta del dinero. Mientras Doc seguía adelante para deshacerse del coche, Carol entró en la estación y se dirigió a las ventanillas de los billetes. Compró uno de ida para Los Ángeles en una de ellas. En otra, muy alejada de la primera, adquirió otro. Luego, vacilante, echando una mirada al reloj de la estación, cogió la maleta del dinero y su neceser.

Faltaba casi una hora para la salida del tren. Doc había comprobado previamente el horario por teléfono. Él no se dejaría ver hasta el último minuto; así, tenía toda una hora de tiempo para estar sola y también custodiar aproximadamente doscientos cincuenta mil dólares muy calientes, muy ensangrentados.

Nunca con anterioridad se había tenido que enfrentar con una responsabilidad de tanta envergadura. Tenía que haber sido ella, pero, sin embargo, en una parte su mente se resentía de aquella confianza que le había dispensado Doc.

Miró a su alrededor por el abovedado vestíbulo; luego, descansando un poco del peso de la maleta, se dirigió a la sala de espera para señoras. Unos doce pasos después volvió a dejar la maleta en el suelo para cogerla con la otra mano. Y en la fracción de un segundo —que en su miedo y nerviosismo le pareció una mancha borrosa— vio cómo se la cogían y la levantaban del suelo.

Era un maletero, uno de los muchos a los que había rechazado sus servicios. Pero en aquel momento no tenía identidad alguna para Carol. Era solamente una mano, un brazo, una espalda vuelta a medias... algo que podía largarse con la maleta.

El hombre, al darse cuenta de la expresión de Carol, dijo:

—Espero no haberla asustado, señora. He pensado que...

—¡Deje esto aquí! —casi gritó Carol y, agarrando la maleta, la arrancó de las manos del hombre—. ¿Me oye usted? Deje...

—Ya me he encontrado con muchas señoras como usted, señora —le dijo el hombre amablemente—. Y ahora, ¿qué le parece si le ayudo?

—¡No! —le volvió la espalda—. Quiero decir que no necesito ayuda, sólo...

—Se la llevaré hasta el tren, entonces. Es una maleta demasiado pesada para que la cargue una damita como usted.

—¡No! Y será mejor que me deje en paz o... o...

—Bueno, señora —dijo el hombre fríamente—. Como usted quiera, señora.

Recuperando un poco el control, Carol murmuró unas palabras de disculpa, y, consciente de que los ojos del hombre la seguían, echó a andar a lo largo del vestíbulo. Le dolía el brazo. Jadeaba, sudaba a causa del esfuerzo, y tenía la sensación de que todo el mundo la estaba observando y se preguntaba el porqué de su actitud.

Finalmente —le pareció que habían pasado horas— salió de la sala de espera y entró en un ala del edificio. Hizo una pausa, dejando la maleta apoyada en la pared y colocó un pie sobre ella.

Recuperó el aliento; se secó el sudor de la cara y se sintió más fría, más calmada. En cierto modo se sentía avergonzada de sí misma. No había existido motivo para su pánico. La maleta era como cualquier otra maleta. En caso de que la policía estuviera alertada, había menos de una posibilidad entre mil de que la eligieran a ella. Todo lo que tenía que hacer era seguir las instrucciones de Doc: permanecer entre la gente, conservar la maleta siempre con ella y llevarla al tren con sus propias manos. Era bastante sencillo. Era lo que habría hecho aunque Doc no se lo hubiera dicho. Pero...

Sin peros. Era lo que tenía que hacer. En la consigna se perdían constantemente cosas. Se entregaban maletas a quienes no eran sus propietarios y los bultos iban de un lado a otro hasta que se abrían. Similares riesgos se corrían dejando que las llevara un maletero. Naturalmente, nunca ocurría nada con una maleta barata que contenía unos cuantos trapitos también baratos. Pero si en una maleta había algo caliente —dinero, joyas, drogas o trozos de un cuerpo desmembrado— seguro que pasaba algo con ella.

Siempre ocurría así. No había más que leer los periódicos para saber que era así.

Doc había temido que la maleta fuera demasiado pesada para ella. Carol la había levantado y le había asegurado que podía manejarla. También le había asegurado que sus nervios estaban perfectamente bien para hacer el trabajo. Pero había sido entonces y, desde entonces, algo había cambiado. La seguridad que Carol había sentido junto a Doc había desaparecido; y súbitamente, con un estremecimiento de pánico, supo por qué.

No sólo no se había enfrentado nunca con una responsabilidad como aquella sino que no se había enfrentado con nada que se aproximara a ésta ni remotamente. No había hecho nada de la importancia de «hacerlo-o-morir»; no había hecho nada sin que Doc la guiara y trabajara junto a ella. Pensaba que sí: Doc se lo había dejado creer con todo tacto. Pero invariablemente habían sido un equipo. La única cosa de la que se había ocupado por propia iniciativa había sido el asunto de Beynon; y era evidente que, teniendo en cuenta las consecuencias, hubiera sido mucho mejor que no lo hiciera.

Últimamente no había viajado mucho; se podía decir que no se había movido. No había salido nunca de su ciudad natal hasta que se encontró con Doc. A partir de entonces, había viajado considerablemente en coche, pero sólo había hecho un viaje en tren en toda su vida.

No estaba acostumbrada a las estaciones de ferrocarril. Incluso sin el dinero se habría sentido un tanto insegura.

«Mejor será que me sobreponga», pensó hoscamente. «Si Doc me atrapara actuando de esta manera, acorralándome a mí misma...». No le gustaría. No le gustaría en absoluto como habían ido las cosas hasta ahora.

Resueltamente, volvió a coger la maleta y se dirigió de nuevo a la sala de espera. La resolución sólo le duró unos cuantos pasos, luego empezó a languidecer, a vacilar. Si pudiera librarse de aquel peso aunque sólo fuera por unos minutos. El tiempo suficiente para asegurarse de que no la habían descubierto, para poder tomar un trago, arreglarse un poco. La bebida, particularmente, la necesitaba. Un buen trago que la volviera a poner a tono y...

Oyó un sordo sonido de metal contra metal; se sobresaltó y sus ojos se volvieron buscando de dónde provenía. Pero sólo era alguien que llamaba a la puerta de la consigna. Empezó a moverse hacia la sala de espera y entonces su corazón dio un respingo de alivio: se dirigió casi alegremente hacia la hilera de taquillas, al otro extremo del ala.

No correría ningún riesgo dejando la maleta en una taquilla privada. Doc no podría objetar nada... de hecho, ni siquiera tenía por qué saberlo, podía recoger la maleta antes de que él llegara a la estación.

Cruzó el salón pavimentado de mármol y dejó la maleta y el neceser en el suelo. Sacó una moneda de su bolso y se detuvo frente a una taquilla vacía. Frunciendo las cejas, intentó en vano echar la moneda en la ranura. La cogió de nuevo y empezó a leer las instrucciones cuando un hombre se le acercó. Era un hombre ni joven ni viejo, con un pequeño bigote castaño y el pelo prematuramente gris.

Iba pulcramente vestido, de maneras atractivas. Hubiera resultado elegante a no ser por la ligera dureza de sus rasgos.

—¿Una especie de rompecabezas chino, verdad? —dijo—. Bueno, así es como debe usted manejar este aparato.

Antes de que Carol pudiera poner objeciones a la intrusión, el hombre ya le había quitado la moneda de la mano, la había colocado en la ranura y abría la puerta de la taquilla.

—Me imagino que desea quedarse con el neceser, ¿verdad? —sonrió—. Bueno, entonces meteremos dentro la maleta, ¿de acuerdo? Y ahora —cerró la taquilla de un portazo—, bueno, sólo falta que compruebe si está bien cerrada; mejor será que lo haga usted misma.

Carol lo comprobó. El hombre le entregó una llave con reborde amarillo

y, con toda cortesía, desdeñó el agradecimiento que quería demostrarle Carol y se separó de ella dirigiéndose a la sala de espera.

En los servicios del bar, Carol se retocó el maquillaje y entregó su vestido para que se lo cepillaran mientras tanto. Luego se dirigió al bar y pidió dos martinis dobles, que bebió uno tras otro. Hubiera deseado un tercero, no por la bebida en sí, sino por lo que suponía de excusa para quedarse allí un rato más. Para estar allí un poco más, allí que se estaba fresco, en la semioscuridad, tranquila, y sentía que la fuerza y la confianza se extendían por todo su cuerpo. Para sentirse a salvo.

Pero las manecillas del reloj adelantaban sin que ella se diera cuenta. Apenas faltaban diez minutos para la hora de la salida del tren.

Después de beber las últimas gotas de su vaso, se apresuró a salir del bar. Localizó su taquilla, introdujo la llave y la hizo girar. O intentó hacerla girar. No giraba. No encajaba.

Su estómago se contrajo convulsivamente y las dos bebidas le subieron hasta la garganta. Tragando la náusea, sacó la llave y la examinó: leyó el número con azoramiento.

No podía ser: sabía que su maleta estaba en esta taquilla, la del final de la fila. Pero, según la llave...

Localizó la otra taquilla, la del número que correspondía con el de la llave. Con manos temblorosas la abrió y, naturalmente, estaba vacía.

Una voz anunció por medio de los altavoces: «Última llamada para el California...». El California «esto o aquello», que salía de la vía tres exactamente dentro de cinco minutos. «Se ruega a los señores pasajeros que tomen asiento en el California...». ¡Cinco minutos!

Enfebrecida, volvió a la primera taquilla y luchó de nuevo para abrirla. Y de nuevo, como en la primera ocasión, el esfuerzo fue inútil. Las bebidas le subieron otra vez a la garganta. El calor, después del aire acondicionado del bar, le golpeaba duramente el cerebro.

Se abanicó con la mano. Estúpidamente, porque no podía hacer otra cosa, se dirigió de nuevo a la segunda taquilla, la que encajaba con la llave. Y entonces se quedó clavada en el suelo: cerca de la entrada, con el sombrero casi sobre los ojos, estaba Doc, observándola. Observándola y acercándose a

ella.

Cuando estuvo a unos cuantos pasos, miró hacia la hilera de taquillas y buscó una moneda en sus bolsillos. Sus palabras llegaron a Carol en un susurro desde la comisura de los labios de Doc:

—Mira al suelo y habla rápido. ¿Qué ocurre?

—Yo... yo no lo sé, Doc. He puesto la maleta en esta taquilla, pero ahora resulta que la llave es...

—De otra taquilla, que además está vacía, ¿no? ¿Qué aspecto tenía él?

—¿Él? ¿Qué quieres...?

—¡Por todos los diablos, quieres darte prisa! Alguien te ha ayudado. Ha puesto la maleta en la taquilla y luego te ha cambiado la llave. Es uno de los trucos más viejos de todo el país.

—Pero... pero ¿cómo iba yo a saberlo? —reprochó Carol—. Me dejas y tengo que hacerlo todo...

—Tranquila, nena, tranquila. No te estoy culpando —su voz se volvió calma, a la intensa calma que antecede a una tormenta subterránea—. ¿Cuánto tiempo hace que has dejado la maleta? ¿En cuánto has llegado, quizá una hora?

—No Doc, querido. No hace más de media hora. Pero...

—Bien. Debe suponer que la dejarás más tiempo. Si opera como es debido, intentará otros golpes antes de sacarla. —Se separó de las taquillas y sacudió la cabeza—. Muévete. Ve delante de mí y si le ves hazme una señal.

—Pero Doc, no deberías...

—¡Hay muchas cosas que no se deberían hacer! —Su tono era duro—. ¡Ahora, muévete!

Carol empezó a caminar rápidamente, luego todavía más rápido y las largas zancadas de Doc apenas podían seguirla. Casi trotando, llegaron a la sala de espera y Carol echó una ansiosa mirada a su alrededor. Urgida por un carraspeo de Doc, también supervisó los lugares adyacentes.

Entonces —y ahora realmente trotaba— se dirigió hacia las puertas que daban a las vías. El taconeo de sus zapatos altos sacaba fuego del suelo. Un botón de su blusa se desabotonó y ella intentó abrocharlo con una sola mano, a toda prisa. Se apresuró por el corredor mientras pasaba por su mente un

famoso criminal a la búsqueda de un cuarto de millón robado y rerobado, la niña que había sido, la niña que todavía era en aquellos momentos aturdidores, la niña que sudaba y se autocompadecía. ¡No era justo! Estaba cansada, mareada, no quería seguir jugando. ¡No había deseado nunca representar el primer papel!

Pero todo era inútil. El hombre debía haberse marchado, a pesar de lo que decía Doc. Tenía el dinero y lo guardaría. Y ellos, ellos no tenían nada. Toda la nación debía estar buscándoles y no tenían medios de escaparse. No tenían más dinero que el relativamente poco que llevaban encima.

Tropezó y casi cayó al suelo. Se repuso y se volvió, asustada y enfurecida, hacia Doc. Entonces le vio: el ladrón.

Estaba junto a otra hilera de taquillas, cerca de las puertas de salida a las vías; a unos cinco metros del empleado uniformado que consultaba su reloj junto a la puerta tres: su puerta.

Sonriente, atractivo, estaba abriendo una taquilla en ayuda de una mujer de edad, bien vestida; colocaba dos maletas de calidad dentro, cerraba la puerta y comprobaba si estaba cerrada. Entregaba a la dama una llave y cogía la maleta del dinero que había dejado en el suelo. Se descubría a modo de saludo y se alejaba. Entonces vio a Carol.

No cambió de expresión. Dio un paso hacia ella, sonriente, aparentando llamarla. Entonces, con un movimiento que era a la vez brusco y casual, desapareció tras las taquillas.

—Doc... —dijo Carol débilmente.

Pero Doc ya había descubierto la maleta e identificado al ladrón. Aceleró el paso y, después de un momento de indecisión, Carol le siguió.

Cuando llegó tras las taquillas, ni Doc ni el ladrón eran visibles. Habían desaparecido como si se los hubiera tragado el suelo, cerrándose de nuevo sobre ellos. Giró y se volvió sobre sus pasos. Si no lo hubiera hecho habría podido ver al ladrón que cruzaba la puerta de las vías a toda prisa, seguido de Doc. Por el contrario, Carol continuó a lo largo de la hilera de taquillas, llegó al ángulo que formaba con otra hilera y la siguió hasta el final. Por aquel entonces, Doc y el ladrón ya habían desaparecido de la vista.

Permaneció en el corredor, mirando hacia un lado y otro; se sentía

empequeñecer por momentos en medio de aquella vasta extensión. No se había sentido nunca tan derrotada, tan perdida, tan sola. Doc, ¿dónde había ido? ¿Dónde podía encontrarle? ¿Qué ocurriría si no le hallaba?

La razón le dijo que debía haber seguido al ladrón en el tren. Pero —y aquí la razón ponía en cuestión su propia deducción— ¿elegiría un elegante ladrón el tren como vía de escape? ¿Y le hubiera seguido Doc sin decirle una palabra ni hacerle un gesto a ella?

Cierto era que estaban en un aprieto. Sin duda él pensaba que Carol le estaba siguiendo, de la misma manera que él estaba siguiendo al ladrón. Pero... ¿y si estaba equivocada? ¿Y si la persecución tenía lugar en el edificio de la estación?

No sabría si estaban en el tren hasta que lo hubiera comprobado, y entretanto...

Se estremeció al pensarlo. Ella en el tren y Doc aquí, separados en un mundo hostil y expectante. Doc no podía permitirse el lujo de hacer investigaciones, de buscarla; ni siquiera de esperar en la estación a que ella regresara. Además, no podía estar seguro de que ella no hubiera decidido dejarle plantado. Después de la pasada noche, después de aquella odiosa conversación sobre el asunto de Beynon...

¿Quizá Doc se había largado sin ella! ¿Quizá había recuperado el dinero y la había abandonado! Está resentido pensó. Es más, tiene sospechas. Ella le necesitaba, él no. Y cuando Doc deja de necesitar a una persona...

El hombre del tren la miró hoscamente. Luego, echando una ojeada a su reloj, se lo metió en el bolsillo y cruzó la puerta.

—¡Oiga! —Carol corrió hacia él—. ¿Ha visto usted pasar a dos hombres no hace ni un minuto? Un hombre alto, no muy joven, y otro con...

—¿Dos hombres? —el hombre estaba irritablemente divertido—. Señora, probablemente he visto pasar a centenares. No puedo...

—¡Pero ha sido en este último minuto! El que iba delante tenía el pelo gris y llevaba bigote...

—¿Iban a coger el tren para California?

—Yo... no lo sé. Quiero decir que creo que sí, pero...

—Bueno, si es así deben haber pasado por aquí. Si no, no —el hombre se

impacientaba y tamborileaba en la puerta—. ¿Y usted, qué? ¿Va a subir al tren?

—¡No lo sé! —casi gritó Carol—. Quiero decir, no estoy segura si debo cogerlo o no. ¿No puede usted recordar...?

—No, no puedo —la cortó—. Muchos se parecen a los datos que me ha dado usted, pero no puedo decirlo con seguridad.

—¡Pero es que es muy importante! Si usted pudiera...

—Señora —levantaba la voz—. Le he dicho que no estoy seguro de si los he visto o no, y esto es todo lo que puedo decirle; y si va a subir al tren, es mejor que lo haga inmediatamente. Ya llevamos dos minutos de retraso.

—Pero...

—No hay peros que valgan, señora. ¿Se decide o no?

Carol le miró sin fuerzas.

—Me parece... —dijo—. Me parece que debería... ¿debería?

—¿Bueno?

Esperó unos segundos más. Luego, al ver que Carol permanecía indecisa, cerró la puerta y bajó la rampa.

Capítulo 8

El establo estaba agradablemente frío, limpio, tenía olor dulce con aroma de hierba fresca y heno nuevo. En uno de los pesebres, un caballo inclinado relinchaba tranquilamente. Desde una perrera, situada también en la parte trasera del establo, llegaban los felices ladridos de una camada de cachorros.

Había otros dos establos en la parte delantera, dos pequeñas estancias abiertas por un lado. Rudy Torrento estaba en una de ellas, cubierto con una manta, mientras el veterinario trabajaba sobre él. En la otra estaba la esposa del doctor. El nombre del doctor era Harold Clinton, por lo que ella, naturalmente, era la señora Clinton. Fran, la llamaba su marido, cuando no se dirigía a ella con los dulces nombres de gallinita o nena o corderito. Pero Rudy no pensaba en ella con ninguno de aquellos nombres.

Había visto a aquella mujer con anterioridad; copias exactas de aquella mujer, mejor dicho. Conocía a sus parientes, lejanos y cercanos. Todas sus mamás, hermanas, tías, primas y lo que se quiera. Y sabía que el nombre era Lowdown, con L mayúscula. No se sorprendió en absoluto de encontrarla en un decorado como aquél. No, después de haberla visto como la cuñada de un carcelero, como la asistente del tesorero de un banco del interior y como la supervisora de un tribunal de apelación. Esta muñeca estaba en todas partes. Era el original de un modelo repetido hasta el infinito. Pero nunca cambiaba. Tenía la vieja sangre Lowdown en sus venas y no había individuo que se la sacara.

Sentada en una silla alta, con las piernas color de leche cruzadas y su

barbilla apoyada recatadamente en la palma de la mano, contemplaba trabajar a su marido, encantada. Vestía una falda plisada que parecía muy cara, una prenda que necesitaba ir a la tintorería porque se veía ajada. Un jersey blanco, que parecía de cachemira, le ceñía el busto. Sus zapatos eran viejos y las puntas de los tacones ligeramente levantadas. Pero su pelo color de trigo estaba impecablemente peinado y las uñas lucían un esmalte brillante y pulcro.

Ella lo hará, decidió Rudy; sí, señor, la pequeña Miss Lowdown lo haría finamente. Pero la laca de las uñas tendría que desaparecer, y el brillo de los ojos también.

Sus miradas se encontraron y Rudy le guiñó un ojo. La mujer frunció las cejas, luego se distendió y se ajustó un poco más el jersey. Rudy se puso a reír.

—Se siente mejor, ¿eh? —preguntó el doctor al tiempo que le observaba con mirada profesional—. Es la glucosa. Nada mejor que una intravenosa de glucosa para poner un hombre a tono rápidamente.

—No estoy muy seguro —masculló Rudy—. Le apuesto a que no lo sabe usted, señora Clinton, ¿verdad?

La mujer murmuró algo, luego dejó entender que ni siquiera sabía deletrear la palabra glucosa. Rudy le dijo entonces que su marido era un hombre muy competente.

—Mucho —repitió—. Médicos de gran clase me han hecho tantas chapucerías que estoy seguro que no saben ni la mitad de lo que sabe su esposo.

—Bueno, muchas gracias —dijo Clinton mientras su rostro enrojecía de placer—. Sólo desearía que la gente de por aquí compartiera su opinión.

—¿Ah, sí? ¿Quiere usted decir que no piensan como yo?

—Bueno...

—No piensan como usted —dijo su mujer secamente—. Piensan que es un drogado.

Clinton le lanzó una mirada por encima de sus gafas. Ya no le ofendían aquellas palabras o se había resignado a ellas; sin duda esto último, decidió Rudy.

—Bueno, Fran —dijo el veterinario suavemente—. No creo que sea exactamente así como tú lo presentas. Es porque tienen sus costumbres y..., bueno, un hombre joven como yo, alguien probablemente más preocupado por la teoría de la enfermedad que por su práctica, bueno...

—Además, el mundo no acaba aquí —dijo Rudy—. Si la gente de estos lugares no es lo suficientemente inteligente para apreciarle en su justo valor, ¿por qué no se van a otro lugar?

—¿A qué otro lugar? —vaciló el doctor—. Me temo que no hay otros lugares... dónde... cómo...

Rudy le dejó hablar durante unos minutos. Luego preguntó al doctor qué le parecía su estado y Clinton replicó que era excelente.

—Tiene usted una maravillosa constitución, míster Torrento. Casi me atrevería a decir que, ¡ja, ja, ja!, que tiene usted una constitución de caballo.

—¡Ja, ja, ja! —rio Fran Clinton—. Esto es muy bueno, Harold.

—Tiene gracia —dijo Rudy—. Pero, ¿qué hay del vendaje, Clint? ¿Y de la herida? ¿Cuántas veces tengo que cambiármelo?

—Bueno, un par de veces al día, quizá, si no surgen complicaciones poco frecuentes.

—¿Qué quiere decir con poco frecuentes?

—Bueno, fiebre. Cualquier señal de gangrena o de putrefacción. Pero estoy seguro de que no habrá nada de esto. Solamente cámbiese el vendaje dos veces al día durante dos días y... y... —Su voz murió súbitamente. Luego siguió hablando, evitando mirar a Rudy—. Bueno, pensándolo bien, quizá sería mejor no tocar nada y dejar que la herida siguiera su curso. Si quitamos la venda y la volvemos a poner, podría irritarse, ¿comprende? Mejor será no tocarla.

—Puede —asintió Rudy—. Yo no podría saberlo. Y quizá usted me está engañando, ¿verdad Clint?

—¿Engañarle? ¿Por qué iba...?

—Porque desea deshacerse de mí lo antes posible y calcula que si necesito algún cuidado le elegiré a usted para que me cure.

Rudy sacó el pesado 38 de su cinturón, lo hizo voltear por el guardamontes y finalmente lo cogió por la culata. Con una mueca salvaje,

apuntó al estómago del doctor.

—Ahora quizá podrá pensarlo mejor —dijo—. Piense en los cuidados que necesito y dígame la verdad. ¿Será necesario que me vuelva a curar o no?

—Yo... yo... us-usted... —fue lo único que el doctor pudo decir.

—¿Lo necesitaré, verdad? —Rudy hizo voltear de nuevo el revólver y lo guardó en el cinturón—. Bueno, era todo lo que deseaba saber. Y ahora, di una sola palabra de mí y se te habrán terminado todas las preocupaciones. Bueno —añadió casualmente—, supongo que desean que me largue de aquí.

Clinton asintió con un gesto de disculpa mientras se hundía en una silla de campaña.

—Bueno, Mr. Torrento, usted nos ha prometido... nos ha dicho que...

—Y cumpliré mi promesa —mintió Rudy—, si así lo desean. Saldré de aquí y ustedes llamaran a la policía y...

—¡Oh, no, Mr. Torrento... n-no lo haremos!

—... y entonces, quizá esta noche, quizá dentro de cinco años, ustedes tendrán una visita. Probablemente seré yo, porque tengo buena reputación de saber disimular mis huellas. Pero si no puedo ser yo, será algún colega que vendrá de mi parte. Sea como sea, tendrán una visita... como la tuvo el individuo que denunció a Willie Sutton... Y ¿sabe usted, Clint, lo que le hará el visitante, a usted y a esta damita que está aquí, antes de hacerle un gran favor y matarle?

Habló, amenazándoles con lo que les pasaría; tenía los labios separados de los dientes, como un lobo; les miraba con ojos de reptil. Terminó el discurso y el consiguiente silencio fue como un alarido.

Una gota de sudor resbaló por la nariz del veterinario. Su mujer se tapó la boca con una mano temblorosa y habló a través de los dedos engarfiados:

—Nosotros... él no llamará a ningún policía —dijo sin color en el rostro—. ¡Y si intenta hacerlo le mataré yo misma!

—Bien, quizá ahora ya sabe lo que tiene que hacer —dijo Rudy—. Estoy caliente como una pistola de tres dólares. Necesito atención médica. Puede decirse que tengo una posibilidad sobre tres de irme y ustedes me están dando la mejor. ¿No se lo imaginaba así, Clint?

Clinton se aclaró la garganta. Abrió la boca para hablar y la cerró de

nuevo. Rudy parpadeó falsamente.

—Voy a hacerle una de estas proposiciones de lo toma o lo deja, Clint. Si nos ponemos de acuerdo, tienen la vida asegurada. Si no, ya tienen el lío armado. Me buscan por tantos motivos que podrían freírme seis veces. Esto hace que usted y Fran sean acusados de cómplices y les caigan cuarenta o cincuenta años.

—¿Cómplices? —balbuceó el doctor—. Pero, ¿cómo iban a saber...?

—Yo se lo diría —dijo Rudy amablemente—. Yo les denunciaría a ustedes como cómplices.

—P-pero... pero ¿por qué? Después que le hemos ayudado...

—Porque son ustedes estúpidos —dijo Rudy—, y a mí no me gustan demasiado los estúpidos.

Clinton sacudió la cabeza desmayadamente. Miró a su esposa en busca de ayuda. Había habido un indefinible cambio en la expresión de la mujer, algo que le hizo estremecer ligeramente y, sin embargo, parecía del todo natural en ella. Tuvo la sensación de que era la primera vez que la veía; que era, a la vez, una extraña para él y una antigua amiga de Torrento.

—¿Cuál es la proposición, Rudy? —preguntó la mujer.

—¿Qué cree usted? Que usted y Clint vengan conmigo.

—¿Y?

—Voy a disponer la compra de un coche nuevo. Yo pago todo lo que necesiten; en cuanto a mí, sólo necesito una nueva chaqueta. Ustedes comprarán todo lo que deseen. Cruzarán el país en primera clase y cuando lleguemos a California habrá diez de los grandes.

Los ojos de la mujer se iluminaron.

—Suenan bien —murmuró—. Suenan muy bien, Rudy.

—Diablos, claro que suenan bien —dijo Rudy—. Es perfecto. Mucha pasta, un coche nuevo y un viaje delicioso. Y ni un solo riesgo de que nos atrapen. Clint me cuidará y nadie podrá adivinar cómo estoy... o habré sufrido un mal accidente. Entonces...

—Yo no quiero —Clinton había recuperado finalmente la voz—. No vamos a ir con usted, Mr. Torrento.

—¡Tú cállate! —su mujer le miró fieramente—. ¡Creo que ya es hora de

que yo diga algo acerca de lo que vamos a hacer!

—Vamos, tómeselo con calma —dijo Rudy—. ¿Qué hay de malo en el trato, Clint? Pensaba que sería interesante para usted, pero quizá debería endulzarlo un poco más.

—¿Qué hay de malo? —El doctor movió las manos con desesperación—. ¡Todo! Soy un ciudadano respetable, un profesional. No puedo lanzarlo todo por la borda y empezar a vagar por el país con un... con un... ¡No lo haría por todo el dinero del mundo!

—¿Por qué no? —preguntó Rudy interesado.

—Bueno... porque... ¡Le acabo de decir por qué!

—¿Por lo del ciudadano respetable? Pero si no lo va a ser, ¿recuerda? No lo será por mucho tiempo, a menos que se haga a la idea de que está muerto, con todos los huesos rotos y la cara hecha una hamburguesa.

—Ya está muerto —comentó su esposa con desdén. Y luego, cambiando de maneras, se levantó de la silla, cruzó el espacio que les separaba y se colocó junto a Clinton—. Harold, cariño —dijo hipócritamente—, ¿por qué no quieres hacerlo? ¿Acaso ya no me quieres? ¿No deseas ser feliz? Podemos tener una vida tan maravillosa juntos, amor mío. Sin tener que preocuparnos del dinero todo el tiempo, y la gente te respetará y te tendrá en cuenta, en lugar de burlarse como...

—¡Pero Fran! —suplicó el doctor—. Yo... tú sabes que te quiero y deseo que seas feliz, pero...

—Todo nuestro problema es el dinero, querido. No tuviste el dinero necesario para empezar como se debe. ¡Oh, ya sé que mi corderito es maravilloso e inteligente, aun cuando no siempre he demostrado saberlo, aunque a veces me haya puesto a llorar y a pensar qué diferente podría ser todo! ¡Piensa en ello, vidita! Empezar de nuevo en un lugar diferente, con todo lo que necesitamos para causar una buena impresión. Vestidos buenos, un coche decente y una bonita casa donde vivir. Y un despacho para ti, cariño, un despacho de verdad. Un gran despacho, con un hermoso y amplio laboratorio en donde puedas hacer tus experimentos...

Se abrazó a él y por encima de su hombro guiñó un ojo a Rudy. Clinton se movió intentando al mismo tiempo —al menos lo parecía— devolverle el

abrazo y alejarla de él. Sus protestas se hicieron más débiles. Finalmente, como último resorte, sintió un vivo interés por tomar parte en la empresa: *deseaba* hacerlo. Pero el peligro potencial que entrañaba la hacía impensable.

—Puede ocurrir un accidente y entonces sabrán quién es Mr. Torrento. O la policía puede detenernos por sospechosos... ya sabes, una de estas investigaciones rutinarias... muchos criminales son atrapados por este sistema y...

—Mucha gente está a punto de morir por mordiscos de patos salvajes — bostezó Rudy—. Le diré lo que voy a hacer, Clint. Si nos encontramos en un atolladero como los que ha mencionado, usted y Fran pueden ser rehenes. Yo les he obligado. Me están ayudando porque, de no hacerlo, les habría matado.

Clinton suspiró y accedió. Durante toda su vida había accedido. No sabía por qué era así; por qué un hombre que sólo desea vivir honestamente, trabajar y ser útil —un hombre que, en pocas palabras, pide sólo el privilegio de dar y ayudar— tiene que comprometerse y lamentarlo continuamente. Pero así había sido hasta ahora y, al parecer, así seguiría siendo.

—Supongo que no pensaré que me rindo, Mr. Torrento —dijo hoscamente—. Pero... —hizo una pausa, sus ojos se perdieron hacia donde estaba la yegua mientras su voz recobraba fuerzas—. Son tan agradecidos, Mr. Torrento, estos animales. No puede usted imaginarse lo agradecidos que pueden llegar a ser, lo agradables. Coja usted, por ejemplo, a un cerdo, o incluso a un lagarto... acarícelo, cuídelo, cúrele la herida... sencillamente, trátele como desearía ser tratado usted si fuera lo que ellos son...

—¡Oh, escribe un libro sobre esto! —le cortó su mujer—. Tenemos muchas cosas que hacer.

Llevaron el coche de Rudy a un prado rocoso, vallado, y lo cubrieron con un montón de heno. (Todavía debe estar allí si alguien se toma la molestia de ir a mirarlo). Los asuntos del doctor y sus cuestiones profesionales se arreglaron con dos breves llamadas telefónicas: se despidió de sus clientes y recomendó a otro veterinario. Ni el propietario de un lugar ni el de otro se sorprendieron por su acción ni por su aspereza. Clinton era un hombre cuya existencia apenas era conocida por los alrededores. Las tierras que rodeaban la casa y la casa misma habían desanimado a otros más tenaces que él.

Después de tomar la temperatura a Rudy y de ordenarle que descansara, Clinton salió con su maltrecho vehículo. Tenía más de tres mil dólares de Rudy en su maleta. Su destino era la ciudad más cercana, en donde la compra de un coche no despertaría ninguna sospecha.

Fran Clinton le despidió agitando la mano con cariño desde la puerta del establo. Luego volvió a entrar. Caminaba moviendo las caderas y colocó la silla frente a Rudy.

—Bien —sonrió—. ¿Le gustó cómo he convencido a ese estúpido?

—¿Se refiere al doctor? —Rudy la señaló con un dedo—. Ven aquí.

—¿Para qué?

Rudy la miraba fijamente, sin responder. La sonrisa del rostro de la mujer vaciló ligeramente, pero se levantó de la silla y se acercó a Rudy. Sin el menor cambio de expresión, Rudy le dio un puntapié en el estómago y la siguió mirando mientras ella se retorció, aullando, entre la hierba del establo.

Se puso en pie a duras penas, con los ojos llenos de lágrimas, sintiendo rabia y dolor. Preguntó furiosamente qué diablos le ocurría. ¿Quién diablos se creía que era? Luego, sin fuerzas, mientras él seguía mirándola fijamente, en silencio, empezó a llorar.

—N-no he he-hecho nada... Yo... yo intentaba ser agradable y hacer lo que usted deseara... y... y usted...

Se sentía envuelta en autocompasión. A ciegas, ofuscada por las lágrimas, volvió a acercarse a Rudy. Y él, con una zancadilla, volvió a lanzarla al suelo, junto a él. Le puso una mano sobre las rodillas y con la otra le rodeó la nuca. Sus bocas se juntaron duramente. Ella intentó resistirse, al principio. Luego, con un gemido de placer, cedió y se apretó contra él.

De repente, con dureza, Rudy la alejó:

—¿Has comprendido? —dijo—. Cuando te digo que hagas algo, hazlo. ¡Rápido! ¿Te acordarás?

—¡Oh, sí! —dijo ella, con los ojos blandos y agradecidos—. Todo lo que digas, Rudy. Sólo tienes que decírmelo y..., sea lo que sea, yo...

Rudy le dijo lo que tenía que hacer. Luego, mientras ella le miraba asombrada, con el rostro ensombrecido, le dio la orden con un movimiento del brazo:

—¡Quítatelo! —le dijo—. ¡Quítate esta pintura roja de las garras! ¡Me está poniendo enfermo!

Capítulo 9

Doc siguió al ladrón a través de la puerta, hasta el tren y luego bajó la rampa hasta la plataforma de carga. El hombre no era visible en ninguna parte cuando él salió del túnel. Pero Doc no esperaba verle. Se ocultó tras una columna cercana y esperó atentamente. Un minuto o dos más tarde, el ladrón salió de detrás de otra columna y volvió a subir la plataforma.

Doc se interpuso bruscamente:

—Muy bien, señor —le dijo—. Solamente quiero... —y tendió la mano hacia la maleta, consiguiendo casi coger el asa.

El ladrón giró la maleta, le volvió la espalda y se dirigió corriendo a la plataforma. Doc se apresuró tras él. Se había equivocado, lo sabía. En la estación debía haber gritado al ladrón, debía haber gritado que era un ladrón. En este caso, el hombre hubiera dejado la maleta y habría desaparecido. Pero había tenido miedo, incluso había creído que no era necesario. Cogido con las manos en la masa, el ladrón la habría dejado sin rechistar.

Desafortunadamente, el hombre era tan desatento, como Doc desconcertante. Había robado aquella maleta, la maleta de su esposa. Ella se había puesto nerviosa y ahora el marido, en lugar de gritar al ladrón se ponía a perseguirle sin decir palabra. Debía ser porque no podía.

Por consiguiente, el ladrón seguía con la maleta, escapándose, con la esperanza de que Doc no se arriesgara a perseguirle. Toda su alegría se había venido abajo cuando vio a Doc tras él. Debía haber algo importante en aquella maleta. Y con Doc incapaz de gritar, aprovecharía la ocasión de

largarse con ella. O por lo menos con una parte. Podía pedir una parte de lo que contuviera.

El ladrón era un hombre muy seguro de sí mismo, no se podía negar; en aquella especialidad era necesario serlo. Además —y esto tampoco se puede negar— no había conocido a criminales de la categoría de Doc McCoy.

Solamente había dos puertas abiertas en el tren, una en la sección de coches-cama y la otra para los pasajeros de asiento. El ladrón se acercó a la última, colocándose tras una pareja de edad. El revisor le detuvo cuando empezaba a subir.

—Billetes, billetes por favor —entonaba impaciente el hombre—. Muestren sus billetes, señoras y señores.

Se comprendía que los billetes estaban en el fondo del bolso de la señora. Mientras la mujer buscaba ansiosamente, el ladrón dio la vuelta delante de ella y puso un pie en la escalerilla.

—Billete, ¿billete, señor? —le pidió el revisor.

Pero el ladrón ya había entrado en el vagón.

El revisor le lanzó una mirada amenazadora. La anciana encontró uno de los dos billetes; luego, buscando el otro, le cayeron unas cuantas monedas en la plataforma. Inmediatamente, ella y su marido se inclinaron para recogerlas. El revisor les imploró que dejaran paso a los otros pasajeros.

—Billetes, billetes. Por favor, muestren sus billetes.

Pero también él fue empujado hacia un lado mientras otros pasajeros entraban, subían al tren de tres en tres. Y con una cosa y otra, no solamente fue incapaz de marcar los billetes, sino que poco le importó hacerlo o no.

Con un gesto displicente, se separó de la entrada y se puso a charlar con un frenero de simpáticos gestos.

Mientras tanto, Doc ya había subido al tren y seguía al ladrón a menos de un vagón de distancia.

El hombre se dirigía directamente hacia la cabeza del tren. Se movía con relativa poca prisa, dado que no perdía de vista a Doc. Pero cuando lo perdió, momentáneamente, al pasar de un coche a otro, empezó a correr. Su intención, o mejor dicho, su esperanza, era saltar del tren y dejar a Doc dentro. Pero le llevaría tiempo poder abrir una de las puertas. Iba a necesitar,

por lo menos, dos minutos para saltar y desaparecer, por eso se puso a correr.

Los pasajeros escaseaban a medida que llegaba a la delantera del tren. Empezó a correr al llegar a un vagón en el que no había nadie; y entonces, al llegar a la puerta del final, se paró en seco. El primer vagón era para fumadores. Estaba vacío, como el anterior, y se unía a la máquina. En otras palabras, no podía ir más lejos. Le faltaba, o temía que le faltara, tiempo para escapar.

Su mente de ladrón midió la situación y tomó una decisión casi instantánea. Precipitándose sobre los asientos del fumadero, bajó de un tirón la persiana de la ventana, lanzó la maleta a su lado y presionó los cerrojos. Iba a sacar algo de todo aquel lío. Por lo menos, iba a asegurarse de que había algo que sacar. Después de todo, el mundo estaba lleno de maletas y quizá en aquella no había más que un montón de libros viejos o...

Dio un respingo cuando vio lo que había dentro. Automáticamente, cogió un grueso paquete de billetes y lo guardó en uno de sus bolsillos. Luego, al oír ruido de voces, cerró de nuevo la maleta, la ocultó debajo de los asientos. Y se aplastó contra la pared, junto a la puerta.

El tren dio una sacudida y empezó a andar. Los pasos de Doc se acercaban. Luego se separaron las cortinas y el ladrón vio a su perseguidor reflejado en el espejo del lavabo.

Hubo una maldición malhumorada. Luego las cortinas volvieron a su sitio y la puerta del compartimento quedó balanceándose. El ladrón permaneció donde estaba, sin moverse, casi sin respirar. Pasaron unos segundos. El tren iba ganando velocidad. Todavía no iba tan rápido como para que un hombre no pudiera saltar, pero...

Se produjo un ruido sordo. El chirrido del roce de metal contra metal. Luego silencio, sólo se oía el zumbido de las ruedas. Exultante, el ladrón se permitió un respiro.

Sacó la maleta de debajo del asiento y se dirigió al pasillo. La plataforma de metal estaba vacía y la más baja, que daba a la puerta de salida, estaba parcialmente levantada. El ladrón rio en voz alta. ¡Qué chamba! ¡Chico, qué chamba! Él dirigiéndose hacia California con una maleta llena de pasta y el propietario en la estación, buscándole. ¡Y sin poder decir palabra sobre la

pérdida!

Con una mueca de alegría, cerró la puerta de salida y entró en el otro vagón, juntó dos asientos y colocó la maleta en la red portaequipajes. Se sentó, colocando cómodamente los pies en el asiento de adelante.

Doc se separó de la pared trasera del vagón y se sentó a su lado. El ladrón dio un respingo; sus labios secos murmuraron una pregunta silenciosa. Doc inclinó la cabeza sobre el hombro del otro:

—Estaba ahí —dijo—, aproximadamente en el mismo lugar, cuando usted se escondió en el vagón de descanso. Le diré algo más —añadió—. Si usted puede ver a alguien por el espejo, es que éste alguien también puede verle a usted.

—P-pero... —el ladrón inclinó la cabeza desmayadamente—. Pero...

—Quería hacerle salir del vagón y no hubiera quedado bien que lo hiciera a rastras... en caso de que alguien mirara. Y, naturalmente, usted ha venido por aquí en lugar de volver por donde había venido —sonrió desagradablemente mientras clavaba el cañón del revólver a las caderas del ladrón—. Esto sólo lo hace un imbécil, ¿sabe usted? Se supone que yo he saltado del tren y el tren iba muy rápido. Pero, sin embargo, usted todavía tenía las tripas en la garganta y tenía miedo de que yo pudiera verle desde la plataforma y volviera a subir...

Estaba muy enfadado con el ladrón. El hombre le había hecho pasar un mal rato y estaba expuesto a que Carol le hiciera pasar otro aún peor, más tarde. La había visto un momento antes de sentarse, mientras ella dudaba sobre si debía subir o no al tren. Y aunque no podía aventurar demasiado cuál era su expresión a aquella distancia, adivinaba que estaba enfadada. Lo sabía antes de verla. Pero tan pronto como había visto al ladrón, no había tenido tiempo de pensar en nada más.

—Déjese de cuentos, señor —el ladrón sonreía, había conseguido reponerse—. No van a servirle de nada.

—Esta es otra señal de idiotez —le dijo Doc—. El idiota no sabe cuándo debe tener miedo y cuándo no.

—No le servirá de nada. No puede armar ninguna clase de jaleo. Si pudiera, ya lo habría hecho —se inclinó hacia Doc en actitud de complicidad

—. Somos de la misma ralea. Usted...

—Y ahora —le cortó Doc—, el imbécil está llevando las cosas demasiado lejos.

Y, levantando la culata del revólver, destrozó la barbilla del ladrón. Sus ojos se desorbitaron y su cuerpo se desmadejó como un saco. Metódicamente, Doc le pasó un brazo alrededor de la cabeza, el otro por la espalda y dio un tirón.

Fue cosa de una fracción de segundo. Si un hombre puede morir instantáneamente, el ladrón lo hizo.

Doc inclinó ligeramente el respaldo del asiento y colocó el cuerpo del hombre en posición reclinada. Le acomodó los pies sobre el asiento de adelante y le puso el sombrero sobre los ojos.

Luego estudió el efecto con ojos críticos. Le dio unos últimos retoques —cerró los ojos desorbitados y puso una de las manos inertes en el bolsillo correspondiente— y quedó satisfecho. Según todas las apariencias, el hombre dormía. Hasta Carol lo hubiera pensado, de no saber que no era así.

Se sentó frente a Doc. Su enfado disminuía gracias al alivio de estar de nuevo reunida con él. No había sido fácil para él, pensó. Y el terrible fallo de la estación era probablemente más culpa de ella que de él. Sin embargo...

No podía localizar la causa de su enfado; no podía explicar, en términos absolutos, por qué le había estado observando y casi todo lo que había hecho prácticamente desde que se encontraron después del robo, le parecía falto de sinceridad. No era tanto lo que había hecho, supuso, como lo que no había hecho. Y en su interior se lamentaba por lo que había perdido, o por lo que pensaba que había perdido; por algo que nunca había existido fuera de su pensamiento.

«No me trata como antes», pensó. «Ya no es el mismo hombre».

—Carol —Doc le hablaba por segunda vez—. Te he dicho que lo siento, querida.

Le miró fríamente y murmuró:

—De acuerdo. ¿Y ahora qué hacemos?

—Depende. ¿Te ha marcado el billete el revisor? ¿No? Bueno, va bien. Pero, ¿te ha visto cuando subías?

Carol sacudió la cabeza:

—El tren ya andaba. Si el revisor no me hubiera ayudado a subir... Bueno, no importa. Cuanto menos hable será mejor.

—Quizá. Por el momento, al menos —Doc miró a través de la puerta y vio al revisor que se acercaba por el otro vagón—. Dame uno de los billetes... para mi amigo... y sígueme el juego.

El revisor refunfuñaba amablemente y se lamentaba cuando llegó hasta ellos. ¿Por qué se habían instalado aquí? Era poco cómodo para ellos y, además, dificultaba el trabajo. Doc murmuró disculpas. Su amigo había querido visitar el vagón restaurante y se habían equivocado de dirección, pero, una vez aquí, habían decidido quedarse.

—Mi mujer y yo vamos a bajar en la próxima estación —añadió, entregando una propina junto con el billete—. No habíamos planeado...

—¿Quieren bajar? —estalló el revisor—. Éste no es un tren de cercanías, señor. Y no debían haber subido sin billete. En todo caso, no debían haberse quedado aquí, debían haber bajado antes.

—Así pensábamos hacerlo. Pero este caballero no se sentía muy bien y...

—¡Pues tampoco debería haber subido! ¡Debió haber ido a un vagón cama! —Apoyó una cartulina sobre la ventana, cortó un cupón y lo dejó sobre el asiento—. No hay suficiente con este dinero, señor —lanzó a Doc—. La primera parada es a las diez de esta noche.

La boca de Carol tembló nerviosamente. Las diez... ¡Más de nueve horas! No podrían mantener el juego del «hombre que duerme» durante tanto tiempo. El revisor estaba extrañado y le lanzaba a Doc miradas sospechosas.

—¿Qué le ocurre? —preguntó—. Parece como si estuviera borracho, o drogado, o algo por el estilo. ¡Eh, usted! —y empezó a sacudirle por el hombro—. ¿Qué...?

Doc le agarró la mano y se la retiró secamente.

—Ya le diré lo que le ocurre —dijo—. Ha hecho un mal gesto al subir al tren y se ha resentido de una antigua fractura del cuello. Usted no se ha dado cuenta porque estaba charlando con un amigo, en lugar de prestar atención a su trabajo. Pero tengo testigos de lo que ha sucedido y si usted busca complicaciones, me alegraré de podérselas proporcionar.

La boca del revisor se abrió y volvió a cerrarse. Tragó saliva con dificultad. Doc endulzó su tono y le miró con simpatía, de hombre a hombre:

—Bueno, ya sé que no se puede estar en todas partes al mismo tiempo —dijo—. Yo tampoco sigo las reglas al pie de la letra y creo que nadie lo hace. Y si mi amigo no empeora, los dos creemos que es mejor no dar importancia al asunto. De lo contrario...

Dejó la frase colgada en el aire. El revisor miró el reloj y consultó la libreta de horarios.

—Supongo que podremos hacer una parada dentro de una hora. Podría ser antes, supongo, pero quizá...

—¿Una hora? Nos irá muy bien —dijo Doc.

—Y... bueno... ¿Irá todo bien con su amigo? Quiero decir si no pensará presentar alguna queja...

—¿Presentar una queja? Ni pensarlo —dijo Doc con convicción—. Le garantizo que no lo hará.

Volvió a sentarse mientras el revisor se iba e introdujo el billete marcado en el bolsillo de la chaqueta del muerto. Carol le observaba con ojos nebulosos, sintiendo un súbito resurgimiento de la devoción y adoración de esclava que había estado a punto de perder.

Todo había sido como una pesadilla. Todo había parecido tan diferente: ella, Doc, todo. Pero ahora la pesadilla había terminado, los errores y los malentendidos habían desaparecido, o se habían apartado. Y Doc era exactamente el mismo Doc con el que había soñado tantas veces durante estos largos cuatro años pasados.

Una sensación de alivio la envolvió. Alivio y gratitud por haber sido arrancada de un apuro, de un peligro de muerte. Se había hundido, se había introvertido y Doc la había salvado y la hacía sentirse otra vez entera. Impulsivamente, salió de su ensueño y le acarició la mano.

—Doc —dijo—. ¿Quieres hacerme un favor?

—En la práctica, cualquiera —Doc se deslizó instantáneamente dentro del humor de Carol.

—Si vuelvo a ponerme estúpida, dame una buena zurra en el trasero.

Doc dijo que primero investigaría las posibilidades de fractura. Tenía las

manos muy delicadas. Luego se puso a reír y ella le imitó. Y, balanceado por el ritmo del tren, también el muerto pareció reír.

Cuando bajaron, Doc saludó alegremente con la mano mirando la ventanilla del tren. Luego notificó al revisor que su amigo se estaba sintiendo mucho mejor.

—Le he dado unas aspirinas y seguirá durmiendo durante un buen rato. Todo lo que necesita es reposar y estar tranquilo.

El revisor dijo que no había razón alguna para que el caballero no pudiera hacerlo.

—¡Puede dormir hasta el día del juicio final, por lo que a mí concierne!

Doc le agradeció la cortesía y le dio un cálido apretón de manos. Cuando el tren se puso en marcha, el revisor examinó la propina que había recibido simultáneamente con el apretón. Parpadeando placenteramente —diciéndose a sí mismo que un caballero siempre es un caballero— se introdujo en el vagón. Sus felices pensamientos fueron interrumpidos por un súbito grito chillón:

—¡Arriba las manos!

El propietario de la voz se sujetaba a dos asientos. Tenía unos siete años y vestía un disfraz de vaquero, equipado anacrónicamente con un revólver de juguete.

—¿Qué estás haciendo aquí? —masculló el revisor al tiempo que se alisaba el pelo—. Te he dicho ya más de quince veces que te quedes junto a tu ma...

—¡Bang, bang, bang! —chilló el niño—. ¡Usted es un viejo maloliente y voy a matarle!

Se puso en cuclillas y disparó el revólver. Imitaba los sonidos con mucha realidad. Y más real fue el agua que salió del cañón y que roció la camisa del revisor. El revisor le agarró. El muchacho se escapó, gritando y riendo, lanzando insultos y amenazas, extendiendo la consternación a través de los seis vagones que cruzó hasta llegar al refugio de su madre; ésta respondió a las quejas del perseguidor con evidentes muestras de enojo:

—¡Oh, Dios mío! Tanto alboroto por un muchacho tan pequeño. ¿Qué pretende usted? ¿Que se quede sentado, quietecito, con los brazos cruzados?

Miró a su alrededor, sonriendo a los otros pasajeros en espera de aprobación. Nadie se la dio. El revisor dijo que pretendía que cuidara un poco más de su hijo; que evitara que siguiera deambulando y alborotando arriba y abajo.

—Se lo suplico, señora. Insisto. No quiero volver a encontrar al chiquillo fuera de este vagón.

—¡Pero es que no lo entiendo! —la mujer hizo una mueca—. ¿Qué inconveniente hay en que este pobre muchacho se pasee un poco? No hace daño a nadie.

—Pero él sí puede hacerse daño. Es más —añadió el revisor secamente—, se hará daño. Y usted será la primera en lamentarlo.

Se alejó pensando que había chiquillos y madres que proporcionaban incontestables argumentos a los que abogaban por la pena capital. ¡*Bang, bang, bang!* rumió amargamente. *Viejo maloliente*. ¡De buena gana le habría dado una azotaina!

Si hubiera podido ver lo que pasaría al cabo de unas horas —pero no podía, afortunadamente—, sería demasiado duro de soportar, en su estado de humor de ahora, ver al muchacho aclamado, aunque brevemente, como un valiente, audaz y brillante, en suma, un héroe nacional.

Que fue exactamente lo que sucedió.

* * *

Doc McCoy tenía un buen mapa de los Estados Unidos en su cabeza, sorprendentemente detallado y tan al día como era posible. Así pues, al dejar el tren, preguntó acerca de un lugar que todavía recordaba, aunque debía hacer unos diez años que había estado por aquella zona. Al saber que todavía existía, él y Carol tomaron un taxi para ir allí.

Quedaba a unas cinco millas yendo por la carretera principal; era un

parador de estilo campestre, afincado en medio de varios acres de prado. Comieron en el establecimiento y después de llevarse unas cuantas botellas de cerveza, localizaron una mesita de meriendas en el prado y se instalaron para esperar hasta la caída de la noche.

No podrían conseguir un coche antes de que anocheciera; en cualquier caso, no era aconsejable intentarlo. Y la manera como pretendían conseguirlo hacía conveniente el viaje de noche. Un coche robado pasa siempre más desapercibido durante la noche —suponiendo, naturalmente, que no se denunciara su desaparición—. La gente está menos alerta por la noche y existe menos riesgo de encontrar a algún paleta que conozca al propietario.

—Y no hay por qué darse prisa —apuntó Doc en voz alta—. Me he asegurado de que nuestro excompañero de viaje siga durmiendo, sin ser molestado, hasta las diez. Incluso si parece poco natural la actitud del hombre antes de esta hora, no importará demasiado. El cuerpo tendrá que ser bajado del tren y esto lleva su tiempo; además, no puede hacerse en el primer pueblecillo que encuentren. Luego, la historia del revisor acerca de una vieja fractura del cuello... y también el sentimiento de culpabilidad del mismo revisor... todo esto añadirá confusión a los procedimientos —rió suavemente—. Si conozco algo de la naturaleza humana, estoy seguro de que jurará que nuestro amigo estaba vivo y en perfecto estado de salud cuando le dejamos.

Carol asintió y sonrió. Aquel era el Doc de siempre, su Doc. Necesitaba aquella cálida seguridad y Doc hacía cuanto podía para proporcionársela.

—Naturalmente, seremos sospechosos de haber matado al hombre —siguió Doc—. Quiero decir mañana, cuando el revisor se haya aclarado y se establezca que el cuello roto no fue un accidente. Pero, de todas maneras, ¿quiénes somos nosotros? ¿De qué les sirve nuestra descripción si no logran encontrarnos? Si algo nos identificara como ladrones de bancos, nos habrían arrestado en menos de cinco minutos. Tan pronto como un cartel de «se busca» pudiera haber sido visto a través de las ventanillas.

—No va a ocurrir nada —dijo Carol con firmeza—. Así pues, dejemos el tema.

—De acuerdo —dijo Doc—. Ni una palabra más.

—Pero no estará de más que no vayamos por la carretera principal. No

podemos arriesgarnos ni una noche más.

—Bueno, esto nos será un poco difícil. No hemos sido descubiertos con el coche de Beynon y hemos ayudado a la suerte con este salto hacia el norte. Déjame decir que el tren parece ser todavía nuestro mejor sistema de viajar.

Era obvio, continuó Doc, que no podían volver a hacer el camino hasta el punto de partida. De hecho, cualquiera de las dos rutas hacia el oeste presentaba pocos riesgos; a menos —y el elemento tiempo excluye esta posibilidad— que pudiéramos tomar un camino hacia la frontera norte de los Estados Unidos.

—Por eso propongo este plan —continuó—. Volvamos atrás, alejémonos completamente de esta ruta este-oeste. Esta noche podemos hacer un largo trecho, llegar a Tulsa o a Oklahoma City por la mañana y tomar el tren del sur. Por este camino evitamos Los Ángeles y llegamos a California por el Carriso Gorge y, luego, directamente hasta San Diego. Podemos hacer esta ruta en cuarenta y ocho horas si todo va bien.

—Todo irá bien —Carol le acarició la mano—. ¡Lo sé!

—Naturalmente que sí —dijo Doc.

Actualmente se sentía un tanto incómodo en aquella situación, había muchas cosas que le desagradaban. Pero puesto que no podía cambiarla, hizo todo lo posible para poner buena cara aunque, secretamente, quizá en el subconsciente, le molestaba la necesidad de hacerlo.

Buena parte de aquella situación era culpa de Carol. Debía haber sido absolutamente franca acerca de Beynon desde el principio. Aceptado este fallo, que suponía un serio error, debió haber guardado con ella la maleta en la estación de Kansas City. Era lo menos que se podía esperar de ella, ¿no? Era muy sencillo. Pero había vuelto a cometer disparates y le forzaba de nuevo a hacer planes extemporáneos, que es otra manera de decir peligrosos. Y ahora, en lugar de disculparse, como era debido, se ponía zalamera y se apoyaba en él.

Si hubiera sabido que actuaría así, pensó Doc —y dejó el pensamiento en este punto—. Tomó otro sorbo de cerveza, sonrió a Carol tragándose una mueca, la dolorosa mueca de un hombre que se ha golpeado el codo.

—Doc —dijo ella bajando la mirada y rascando la pintura de la mesa con

una uña—. Doc —levantó los ojos—. He cambiado mucho, ¿verdad? Piensas que he cambiado mucho.

—Oh, bueno..., —empezó Doc—. Después de todo, ha sido...

—Y yo pienso lo mismo de ti. A veces, me pareces casi un extraño. Quiero decir... bueno, no quiero decir que te critique o que te culpe, ni nada de eso. He hecho tonterías cada vez que me has dejado sola y tú has sido mucho más amable de lo que deberías. Pero...

—No pienses en eso —Doc le puso una mano sobre las suyas—. Hemos tenido mala suerte. Nunca nos hemos encontrado en situaciones como ésta.

—No creo que sea éste el problema. No es el problema real. Antes habíamos tenido dificultades y no parecían importarnos. Estábamos mucho más cerca el uno del otro y... —vaciló pensativamente—. Creo que es eso. Somos como extraños. No somos los mismos que éramos hace cuatro años.

—Esencialmente los mismos —disintió Doc—. Puede decirse que quizá hemos olvidado cómo eran antes estas dos personas. Quiero decir, en su totalidad. Hemos olvidado los malos tiempos, las ocasiones en que cada uno sacaba a relucir las equivocaciones del otro, y sólo recordamos las cosas buenas.

—Bien... puede ser. Sí —añadió—. Supongo que es eso.

—Claro. Tan pronto como nos hayamos vuelto a relacionar... cuando tengamos tiempo para que todo vuelva a su cauce...

—Doc —de nuevo miraba la mesa y sus mejillas se encendieron ligeramente—. Creo que deberíamos... bueno, relacionarnos de verdad de nuevo. Creo que debemos hacerlo. Muy pronto. ¿No podemos... no hay alguna manera... de estar juntos?

Doc murmuró que podían, naturalmente. Por debajo de la mesa le dio un golpecito en el tobillo y todo su cuerpo tembló como respuesta.

Doc empezó a sentirse mejor con respecto a Carol, con relación a todo. Su optimismo inherente volvió a ponerse a tono, moderando sus preocupaciones; se recreó en la deliciosa e irresistible imagen que había brillado con tanto ardor en la memoria de Carol.

—Ya sé que no podemos hacer el amor aquí debajo ni pararnos en el primer lugar que se nos antoje —dijo ella—. Pero, ¿no te parece que

podemos viajar juntos en el tren? Tomar un compartimiento o una alcoba, y...

Doc dijo que sí; que estaba seguro de que sí (aunque, en realidad, no lo estaba).

—Confiemos que sí. Por lo menos, yo confío que sí, querida.

Carol enrojeció y se estremeció deliciosamente.

En la ilusoria semiluz de la noche, Doc caminó unas doscientas yardas carretera abajo y se ocultó tras un seto. Carol, mientras tanto, tomó posición en un extremo del prado, protegida por las sombras del paso de los coches, pero a poca distancia de la carretera.

Doc oyó que dos coches se paraban ante Carol y luego volvían a partir, casi sin haberse detenido. Pronto hubo un tercer coche y se oyó abrir y cerrar la puerta. Doc salió de su escondite.

El coche se detuvo ante él con una sacudida; Carol apuntaba con un revólver a las caderas del conductor. Doc subió en la parte de atrás y apuntó a la cabeza del hombre ordenándole que abandonara el volante. El hombre obedeció, atemorizado, demasiado asustado para poder hablar, con los miembros inmovilizados por el miedo. Con Carol al volante, siguieron su camino.

Naturalmente, el coche no era del estado; si hubiera tenido matrícula local Carol no habría subido. El propietario era un vendedor, un hombre de unos treinta y cinco años, de cara rechoncha y labios carnosos. Doc le habló con dulzura, procurando que se sintiera lo mejor posible en aquellas circunstancias.

—Lamentamos mucho hacer esto —se disculpó—. Créame, no lo habíamos hecho nunca. Pero hemos terminado el dinero y mi esposa no puede pasar otra noche en la carretera... espero que lo comprenda. Si usted también está casado...

El vendedor no estaba casado. Lo había intentado una vez, pero no le había salido bien.

—¡Oh, qué lástima! —murmuró Doc—. Me pregunto si querrá llevarnos hasta Oklahoma. Allí puedo conseguir algún dinero y...

—¡C-claro que puedo! ¡E-encantado! —el vendedor sentía piedad, en

medio de su furia—. Es este el camino que llevo yo. Calculaba llegar hasta Tulsa por gusto, ¿sabe? No tengo que volver a Chicago hasta dentro de tres días y ya he hecho todas las visitas y...

Doc le golpeó con la culata del revólver. El hombre lanzó un gruñido y cayó hacia adelante. Carol le dio un empujón y lo tiró al suelo del coche.

—¿Carretera lateral, Doc? —preguntó Carol por encima del hombro.

En el tren, el muchacho vestido de vaquero dormitó, comió y recommenzó sus recorridos. Después de una ausencia más larga de lo usual, volvió junto a su madre gritando desaforadamente que había matado a un ladrón.

—¡Lo he hecho! —chillaba mientras la madre sonreía indulgentemente—. Le he dicho que levantara las manos y, como que no lo hacía, le he disparado un tiro y él ha caído muerto en el suelo y el dinero ha salido de su bolsillo y yo lo he cogido, y lo he traído: ¡aquí está!

El chico sacó un grueso fajo de billetes del bolsillo de su chaqueta y los enseñó con excitación. Entonces un hombre se los arrebató; frunció el ceño, asombrado, al leer el impreso de la banda de papel que los envolvía. ¡El banco de Beacon City! ¡Era el banco que había sido robado ayer por la mañana! Dio un salto y fue en busca del revisor.

Doc cacheó al vendedor, quitándole su cartera y toda otra identificación. Luego, con el susurro de la radio del coche tras él, le arrastró hasta la zanja y le colocó el cañón del revólver dentro de la boca. Disparó dos veces y volvió a colocar el arma en la funda. A continuación siguió arrastrando el cuerpo sin rostro hasta la alcantarilla y empezó a echarlo dentro.

—¡Doc! —la llamada de Carol le llegó con tono de urgencia—. ¡Doc!

—No te preocupes —le contestó suavemente—. Tan pronto como haya...

El embrague del coche tronó. El motor tosió y rugió. Doc se levantó abrió la puerta y subió.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿No puedo dejarte ni un minuto sin...?

Se cortó y escuchó, sin poder creerlo, la voz del locutor:

«... el hombre ha sido positivamente identificado como Doc (Carter) McCoy, famoso ladrón de bancos y astuto criminal. La policía está segura de que la mujer que le acompaña es su esposa Carol. A continuación, daremos sus descripciones...».

Capítulo 10

Rudy Torrento y los Clinton salieron para California a la mañana siguiente de su llegada a aquel lugar. Rudy tenía cada vez más temperatura y se sentía peor que el día anterior. Clinton sugirió ansiosamente que quizá sería mejor esperar un día o dos. Pero Rudy, temeroso de que Doc y Carol pudieran alejarse demasiado, no quiso escucharle. Harían el viaje hasta California en tres días. Tres días y tres noches conduciendo sin parar. Él mismo tomaría el volante cuando le llegara el turno, si era necesario; y era mejor que los Clinton no hicieran necesario que él condujese.

Luego, por la noche, oyó las noticias acerca de Doc y Carol; supo inmediatamente que ya no era necesario darse ninguna prisa, puesto que era evidente que aquellos dos tampoco podrían apresurarse demasiado. Las cosas se volvían a su favor: podría hacer el viaje a California descansadamente — como un viaje de turismo— y aún se les adelantaría.

Así pues, informó a los Clinton, amablemente, que había cambiado de idea. Después de todo, había decidido seguir el consejo del muchacho porque, ¿de qué diablos servía un médico si no se le hacía caso? De todas maneras, harían el viaje con tranquilidad, como había dicho Clint: se tomarían el tiempo necesario para distraerse y divertirse. Para empezar, partirían ahora mismo hacia un buen motel.

Tomaron dos habitaciones que se comunicaban pero lo hicieron solamente para cubrir las apariencias. Utilizaron sólo una; los tres durmieron a través, vestidos a medias, en una misma cama, con Fran Clinton en

medio.

—Ahora hemos de procurar no perdernos —explicó Rudy con una mueca—. Clint no tiene por qué preocuparse: no me escabulliré para llamar a la policía y denunciarle por practicar la medicina sin licencia.

La señora Clinton sonrió tontamente. Rudy guiñó un ojo al marido.

—¿De acuerdo, amigo Clint? ¿No tiene objeciones que hacer?

—¿Qué? ¡Ah, no! Naturalmente que no —dijo Clinton con rapidez—. Es muy amable de su parte —y dio un respingo mientras su mujer reía abiertamente.

No hubiera sabido qué objetar. En su inherente delicadeza y decencia, no podía admitir que hubiera nada que objetar. Les oyó aquella noche y las noches siguientes de su viaje hacia el oeste. Pero se mantuvo de espaldas, sin sentir vergüenza ni rabia, solamente una creciente enfermedad del alma.

Junto a la frontera de California se detuvieron para comer en una estación de servicio, junto a la carretera. Después, mientras Rudy dormitaba en el coche y Fran Clinton hojeaba una revista de cine, su marido vagaba entre los árboles.

No regresó. Cuando lo encontraron, yacía boca abajo en un charco de sangre; todavía tenía, en una de sus manos, la hoja de afeitar con la que se había cortado el cuello.

Rudy se dejó caer en el suelo, a su lado. Con los brazos cruzados sobre el vientre, empezó a balancearse y a dar sacudidas al tiempo que gruñía y gemía de una manera que la señora Clinton malinterpretó como un paroxismo de risa. No se la puede culpar por su error. Nunca había visto a Rudy desconsolado. El Búho, abrumado por la pena o por la alegría, era el mismo.

Por lo tanto, también ella se puso a reír, como él, pensó. Rudy se paró en seco y le dio un puñetazo en el estómago. Luego la golpeó en todas partes, excepto en el rostro. De no ser porque la necesitaba, la hubiera golpeado hasta matarla. Luego le ordenó que cargara con el cuerpo hasta los matorrales y que lo cubriera de piedras.

La mujer nunca volvió a darle motivos para que la golpeará. Por el contrario, nadie hubiera sido tan atenta y tan cumplidora de los deseos de Rudy. Sin embargo, aunque no pasó ni un día hasta su llegada a Golie, volvió

a aporrearla una vez: porque le fastidiaba con su servidumbre, porque estaba cansado y porque estaba muy preocupado por Doc.

—¡Vamos muchacho! —mascullaba fieramente sentado frente a la radio—. ¡Vamos, tú puedes hacerlo Doc! ¡Lo has hecho una vez, puedes volver a hacerlo!

A menudo mencionaba a Carol y pensaba en ella. Debía estar con Doc y mientras él estuviera a salvo lo estaría también ella. Rudy no podía imaginárselos separados, no podía suponer que se hartaran de estar juntos y desearan la separación. Como ellos o no, aquellos dos estaban realmente unidos uno a otro. Y Rudy sabía que ni la prisión ni la muerte podían separarlos. Solamente si, pensó...

Rudy hizo una mueca cruel al considerar la remota posibilidad de una ruptura entre Carol y Doc. No podía suceder, pero si sucedía, nada cambiaría.

Carol necesitaba a Doc; nunca se había mezclado en sus negocios, nunca había hecho nada sin Doc. Y puesto que no podía, Doc no la dejaría ni permitiría que ella le dejara. Había sido muy inteligente para embaucarlo, para hacer su propio negocio a expensas de Doc.

Así pues, estaban ligados, atados inextricablemente. Y Rudy rugió con risa enloquecida al pensar lo que pasaría si se intentaba separarlos. Sería algo digno de ver. Diablos, sería como intentar hacer algo con la mano derecha sin que la izquierda se enterara.

Se radiaban noticias muy sabrosas. El mismo Rudy era mencionado con frecuencia, pero el foco principal estaba sobre Carol y Doc.

Habían sido vistos en Nueva York, Florida y Nueva Orleans. Habían tomado un tren hasta Canadá, un avión hacia Sudamérica, un barco al Estrecho de Malaca. Todo aquello eran chismes, supuso Rudy; la clase de rumores que siempre se extienden alrededor de un nombre famoso o de un gran asesino. Pero nada era verdad.

Doc tenía amigos en todas partes. El rumor verdaderamente fundamentado —el que había llamado la atención de los policías— era el trabajo que habían hecho para pagar un antiguo favor, o simplemente para echar una mano a un hermano necesitado.

Se habían encontrado dos cadáveres en los bajos de una casa quemada de

Washington. No habían podido ser reconocidos, pero eran de la talla de Carol y Doc; además, la mujer llevaba un anillo con la inscripción: *D. a C.* Para mayor evidencia, el refrigerador quemado estaba lleno de paquetes de billetes pequeños, atados con bandas del banco de Beacon City.

La policía estaba segura de que había encontrado los restos de Carol y Doc. Casi convencieron a Rudy. Pero luego, un bravo barbudo de una casa de sabuesos se las había arreglado para sacar huellas del cadáver del hombre y había establecido que se trataba, sin lugar a dudas, de un vagabundo que había cambiado de nombre. Y con esta información, la policía encontró la imprenta en la que habían obtenido las bandas con el nombre del banco. El propietario, lejos de admitir que habían sido impresas con sus tipos, negó estar enterado de aquel asunto. Sin embargo, opinaba que podían haberse impreso durante un robo del que había sido víctima y que había denunciado a la policía unos cuantos días antes.

Así pues, se conocía la estafa, pero no los estafadores. Nadie parecía interesado en conocer su identidad. A nadie parecía importarle quién había sido la mujer. Rudy pensaba en ella a su manera torcida y súbitamente sintió envidia de Doc. El cadáver debía haber sido el de un sablista, un indeseable sin atractivo físico ni dinero para camelarse a una dama. Así pues, aparentemente, los amigos de Doc le habían proporcionado una. Una con unos datos muy específicos. No estaban resentidos con ella, lo estaban con el hombre. Apostaba cien contra uno que ni siquiera la conocían. La habían quitado de en medio simplemente para ayudar a Doc.

Rudy se vio obligado a admitir que no tenía tan buenos amigos. Ni siquiera el pequeño Max Venderscheid habría matado nunca a nadie para ayudarle. Pero no los necesitaba; si un tipo como Doc tenía amigos, él podría pasarse perfectamente sin ellos.

—¡Anda Doc! —suplicó—. Ven a mí, Doc. ¿Qué diablos te detiene?

Capítulo 11

Huir significa muchas cosas. Algo limpio y ligero, como el deslizarse de un pájaro a través del cielo. O algo sucio y rastrero; una serie de movimientos de cangrejo a través del fango, un proceso de trepar hacia adelante, de saltar hacia un lado y correr hacia atrás.

Es dormir en prados y en orillas de ríos. Es arrastrarse durante millas a lo largo de acequias. Huir significa caminos perdidos, trenes apartados, camiones destartados, coches robados y dos amantes muertos en cualquier calleja perdida. Es comida sisada de los supermercados, vestidos robados en la sección de ropas; es robo y asesinato, sudor y sangre. La complejidad se vuelve simple por la alquimia de la necesidad.

Y todo eso no puede hacerse sin ayuda. Por consiguiente, a pesar de ser capaz de forcejear, de luchar y correr, de robar y matar, se necesita ayuda. Y si se vive, se encontrará esta ayuda, tarde o temprano. Rudy Torrento la encontró pronto, en los Clinton. Doc la encontró más tarde, en una familia de granjeros emigrados; aparceros convertidos en vagabundos.

Eran nueve, marido, esposa y siete hijos escalonados —el más joven un bebé, el mayor un muchacho huesudo que era la sombra misma de su padre—. Habían acampado junto a un riachuelo fangoso. Dos de las llantas de su viejo camión estaban aplastadas y la batería descansaba en el suelo. Llevaban vestidos harapientos, pero limpios. Cuando Doc surgió de detrás de un seto y se acercó a ellos, seguido nerviosamente por Carol, ellos se reunieron y formaron una especie de falange; la misma mirada flemática lucía en cada

una de las caras curtidas por el sol.

Carol no tenía motivos para estar nerviosa. Doc conocía a la gente; había nacido entre ellos y conocía muy bien aquella clase de personas. Su vida estaba centrada en su existencia. No tenían ninguna esperanza ni creían que debían de tenerla. En cierta manera, eran un cuerpo autónomo que funcionaba dentro de una sociedad que estaba organizada para triturarles. La ley no les protegía; para ellos era simplemente un instrumento de hostigación, una manera de hacerles mover cuando no les interesaba moverse o de detenerles cuando quedarse les suponía una desventaja.

Doc les conocía bien. Sabía cómo hablarles.

Después de un saludo casual, ignoró a la esposa del hombre y a la prole. No tenían ninguna autoridad e implicar a alguno de ellos hubiera sido un signo de descortesía. Se llevó al hombre aparte y le habló con tortuosidad. Mirando las puntas de los zapatos, distraído, y hablando con el mismo lánguido recato que el hombre. A veces pasaban minutos enteros en silencio. Y al hablar, parecía que lo discutían todo, excepto lo que tenían entre manos.

Sin embargo, se entendieron perfectamente y llegaron a un acuerdo con bastante prontitud. Doc dio al hombre algunos billetes, no muchos, y ninguno de los grandes. Puesto que la integridad no podía comprarse y ellos eran, sencillamente, dos personas que necesitaban ayuda de otras personas. Luego el hombre dio instrucciones a su familia.

—Estas dos personas son amigos —dijo—. Van a viajar con nosotros. No hagamos preguntas ni nos inmiscuyamos en sus asuntos.

Luego envió a los dos chicos mayores al pueblo a comprar trajes de segunda mano «nuevos», una batería y comida. Por la mañana emprendieron camino hacia el oeste. Carol y Doc, tendidos en la parte trasera del camión, oyeron la voz desgarrada de la mujer que se elevaba en una melodía y olieron el humo que surgía de la pipa del hombre.

Los siete chiquillos estaban amontonados en el camión, junto a ellos. Los mayores, acurrucados para aprovechar el cobertor. Les rodeaban, ocultándoles de la vista, escondiéndoles con tanta efectividad como pudieran estarlo en el fondo de un pozo. Pero por muy cerca que estuvieran físicamente, seguían viviendo en mundos aparte.

Carol sonrió a una de las chicas y, como respuesta, recibió una fría mirada. Empezó a acariciar la cabeza del bebé, pero afortunadamente apartó la mano: de lo contrario la hubiera mordido. El mayor se hizo cargo del bebé:

—No vuelva a hacerlo, señora —le advirtió con educación—. No se aviene con ningún extraño.

La mayor velocidad del camión era de treinta millas por hora. A pesar de partir temprano y de parar tarde, hacían unas doscientas millas por día. La comida era monótonamente invariable, lo mismo una y otra vez. Cerdo salado con salsa, galletas o gachas y achicoria para desayunar. Para comer, gachas o galletas y cerdo salado, comida frío puesto que no se detenían. Y para cenar, más galletas, cerdo con salsa, quizá un poco de maíz y verdura: verdura hervida con cerdo, en una mezcla grasienta y sin gusto.

Doc comía de todo, con gusto. Carol, asqueada ya por el olor, no comía más que lo necesario para seguir viva. Se sentía mal del estómago. Su pequeño cuerpo le dolía constantemente al ritmo trepidante del camión. Se puso muy agria con Doc; principalmente porque sabía que ella tenía la culpa de aquella situación y porque no podía quejarse.

No gustaba a aquella gente. La toleraban porque era la mujer de Doc (su mujer, por el amor de Dios). Y sin Doc se perdería.

Si la familia sabía quiénes eran —los criminales más buscados de todo el país— era un punto discutible. Pero puesto que no leían ningún periódico, no tenían radio y vivían en su propio mundo cerrado, es probable que no lo supieran. Y probablemente hubieran vuelto la espalda a la oportunidad de informarse a sí mismos.

Aquella gente les estaba alimentando. Los asuntos de aquella gente eran sus propios asuntos.

No preguntes y no oirás mentiras.

La curiosidad mata al gato.

Deja vivir y te dejarán vivir.

El viejo camión renqueaba hacia el oeste, trasladaba a Carol y a Doc lejos de la zona de peligro de las carreteras bloqueadas y de las investigaciones policiales, les llevaba hacia la seguridad de California. Y allí, después de otro día de viaje, se separarían de la compañía de la familia.

Doc no quería que ellos supieran su destino y el de Carol, no quería vincularse a la familia más de lo que estaban. Aquello hubiera significado buscarse complicaciones y, cuando se buscan complicaciones, se encuentran indudablemente. Además, la familia no deseaba ir más al sur, que era una zona tradicionalmente hostil a los vagabundos. Deseaban poder obtener más peces para freír, más manzanas para comer y esto se conseguía al noroeste del Pacífico.

Así pues, hubo despedidas monosilábicas y otra entrega de dinero; luego la familia continuó y Carol y Doc quedaron atrás...

En la ciudad de Los Ángeles.

Doc iba vestido con un mono azul, una camiseta y una raída gorra de ferroviario. Caminaba un tanto agachado y usaba unas gafas de montura de metal colocadas en la punta de la nariz, por encima de las que miraba muy de cerca mientras buscaba el dinero para el billete en una bolsita de calderilla. Llevaba un termo de metal debajo de un brazo y, escondido entre sus ropas —así como en las de Carol— un cinturón lleno de dinero.

Carol llegó a la estación unos cuantos minutos después.

Ella también caminaba agachada, disfrazada de vieja. Vestía una túnica larga, negra, sin forma, y bajo la sombra del velo que cubría su cabeza se veía un rostro ajado y curtido por el sol.

Subieron al tren por separado. Carol tomó un asiento trasero y Doc entró en el fumador. Luego, cuando hubo pasado el revisor y el tren ya llevaba buena marcha, Doc fue a sentarse al lado de Carol.

Abrió el termo y sacó una botella de whisky. Bebió unos tragos con ansia, limpió el cuello con la manga y se la ofreció a Carol.

Ella sacudió la cabeza y arrugó la nariz con desagrado.

—¿Es necesario que sigas dándole a eso? —preguntó ceñuda.

—¿Que siga dándole? —también él frunció el ceño—. Éste es el primer trago que echo desde hace días.

—Bueno, y ya es demasiado en una situación como ésta. Si quieres saber mi opinión...

—Pero no quiero —tomó otro trago largo y volvió a colocar la botella en el termo—. Mira —dijo entonces razonablemente—, ¿qué quieres hacer? ¿Echarlo todo por la borda? ¿Hacer las cosas a tu manera? Me gustaría saberlo.

—¡Como si no lo supieras! ¿Qué diferencia hay en que yo quiera hacer una cosa o no?

—Bueno —dijo Doc—, bueno...

En aquellos momentos no quería separarse de ella. Aunque hubiera sido lo más práctico no lo deseaba. Y dijera lo que dijera ella, sabía que en el fondo pensaba lo mismo que él. Seguían estando tan enamorados como antes. Extrañamente, nada había cambiado este sentimiento.

Entrecerró los ojos. Se preguntó dónde estaría en aquel momento la familia de vagabundos y subconscientemente deseó estar todavía con ellos. No había sido del todo malo aquel viaje a través de medio Estados Unidos. Nada más que viajar y viajar, cada día exactamente igual al anterior. Sin preocupaciones, sin decisiones que tomar. La libertad por encima de todo, actuar según la necesidad y sin tener que hablar.

Nunca había experimentado la bendición del silencio, la libertad de permanecer en silencio si lo deseaba. No se había dado cuenta de que tal bendición podía ser su privilegio. Él era Doc McCoy, y Doc McCoy había nacido con la obligación de ser un individuo endiablado: persuasivo, lleno de personalidad, insidioso, agradable, de buen carácter e imperturbable. Uno de los individuos más agradables que puede uno encontrarse: éste era Doc McCoy. Rompieron el molde después de hacerle a él. Y, naturalmente, Doc quería a la gente y le gustaba que la gente lo quisiera. Había sido recompensado con creces por sus esfuerzos encaminados a conseguir aquella estima. Sólo que... ésta es la cuestión: eran esfuerzos. Otra cosa de la que no se había dado cuenta.

Quizá se trataba, sencillamente, de que estaba cansado, pensó bondadosamente. Y muy preocupado. Porque no sabían lo que harían cuando llegaran a Golie.

—Doc —dijo Carol—. ¿Qué vamos a hacer después de llegar a Golie?

Doc hizo una mueca. Puede leer en mi mente, pensó.

—En eso estaba pensando —dijo—. Todavía no lo he decidido.

—¿No lo sabes, verdad? No tienes ningún plan.

—Es que esto ya es más difícil. Tendré que investigar por los alrededores y... —la sonrisa insolente de Carol le hizo detenerse—. De acuerdo —dijo al final—. No lo sé.

Carol esperó mirándole interrogativamente. Doc volvió a abrir el termo y tomó otro trago. Gesticuló con la botella en la mano y luego, con toda rapidez, la dejó de nuevo en su sitio.

—Yo... Podría haber resultado muy sencillo —explicó—. Quiero decir si hubiéramos podido hacerlo antes de que dieran la alarma. Viniendo de México es posible hacer una buena travesía. Pero pasando la frontera, no esperarían a darte un segundo vistazo. Apenas podrías cruzar caminando, o en coche y...

—¡De acuerdo! Pero esto es lo que tendríamos que haber hecho...

—Bueno... quizá todavía podemos. Por aquí no parece haberse levantado demasiada polvareda respecto a nosotros. Quizá...

Calló, incapaz de continuar una mentira tan palpable. Quizá no se realizaba una búsqueda general en la Costa Oeste, pero el control de fronteras debía estar alerta, con toda seguridad.

—Ya veremos —murmuró—. Tendré que mirar... Quizás pueda encontrar a mamá Santis.

—¡Mamá Santis! —Carol dejó escapar un gesto de disgusto—. ¿Y cómo te pondrás en contacto con mamá Santis, eh? Me has dicho que creías que había muerto y, en caso contrario, me gustaría saber cómo te las arreglarás para comunicarte con ella o con quien sea. No puedes hacer ninguna investigación. No puedes ir curioseando por ahí y...

—Es cierto, no puedo —dijo Doc secamente, y se levantó para dirigirse al salón de descanso.

Se sentó en el sillón de cuero, encendió un cigarrillo y contempló, pensativamente, la noche iluminada por la luna. Siempre había pensado que aquél era el trozo de tierra más hermoso del mundo, aquella zona de naranjos y aguacates, de colinas verdinegras, de casas con tejados de losa —todas iguales y a la vez diferentes— que se extendían indefinidamente a lo largo de

la curva infinita de la playa. Había pensado venir a vivir aquí algún día y, si bien la idea era descabellada, seguía guardándola en la mente. Se imaginaba a él y a Carol en el patio de una de estas casas, increíblemente alegres. Quizá asando un bistec o sorbiendo lentamente una bebida mientras miraban el mar. Una fría brisa soplaba y olía a sal. Y...

—Doc —murmuró Carol que había surgido súbitamente en el umbral.

—Voy —dijo Doc, y se unió a ella. Le acarició la mano y le sonrió amorosamente.

—¿Sabes una cosa, Doc? —murmuró la mujer—. Ésta será nuestra primera noche juntos. Nuestra primera noche juntos y solos.

—¡Es verdad! —la voz de Doc era cálida—. No parece posible, ¿verdad?

—Y no voy a permitir que nada la estropee. ¡Nada! Esta noche nada debe preocuparnos. Desechemos todos los pensamientos, pongamos las mentes en blanco, démonos un largo baño, muy caliente, y luego comamos algo y... y... —le acarició la mano casi con fiereza.

—¡Saaandieeeeeego! —gritó el revisor—. ¡Próxima parada en San Diego!

Capítulo 12

El chófer aceptó la propina de Doc con un gruñido de sorpresa; los había tomado por vagabundos e incluso temía que no pagaran. Debían ser extranjeros, se imaginó, y todavía no conocían el lugar. Se apresuró a ponerse a su disposición.

—Quizá los señores desearían ir a algún lugar para comer —sugirió—. Y después... bueno, quiero decir a arreglarse un poco...

—Bueno... —Doc miró a Carol—. Todavía no sabemos cuánto tiempo...

—O yo puedo traerles algo si no desean salir. Bocadillos, pollo y patatas fritas, quizá alguna comida mejicana o china. Todo lo que digan, cerveza, alcohol, refrescos, y sin recargo por el servicio. Sólo lo que marque el taxímetro y el tiempo de espera.

—Espere un momento ahora —dijo Doc—. Voy a ver si encuentro una cabina.

El pequeño y gordo Golie estaba nervioso, casi siempre lo estaba; tenía asuntos que le ponían en este estado. Por lo tanto, Doc no pudo saber con exactitud qué cosa lo inquietaba. Se atolondró al ir a elegir cabina y finalmente se quedó con una al final del patio. Pero notó que sus esfuerzos para intuir las dificultades eran inútiles.

Salió del patio, dio al chófer el número de la cabina y un billete de veinte: ordenó dos raciones de pollo, cigarrillos y café. El chófer saludó y se marchó apresuradamente. Doc y Carol se alejaron por la larga hilera de cabinas hasta llegar a la última.

Doc abrió la puerta y encendió la luz.

Carol bajó las cortinas, hizo una pirueta y se dejó caer encima de la cama, moviendo las piernas en el aire.

—¡Chico! —respiró—. ¡Qué bien va siempre una cosa así! —Luego, señalando a Doc con un dedo, continuó—: ¡Tú, ven aquí! ¡Inmediatamente!

Doc dio un paso hacia ella, pero se detuvo en seco, ceñudo:

—¡Escucha! ¿No oyes nada?

—¡Oh, Doc, por favor! Naturalmente que oigo algo. Después de todo, no pretenderás que seamos las únicas personas del patio.

Doc la miró ausente, con la frente llena de arrugas. Carol saltó de la cama y le rodeó con los brazos, apoyándose en él y sonriéndole abiertamente. ¿No era aquélla su primera noche juntos? ¿No lo recordaba? Su primera noche desde hacía más de cuatro años. Por lo tanto, tenía que hacer el favor de dejar de actuar como un atolondrado y...

—¡Esto es! —los ojos de Doc se estrecharon súbitamente—. ¡La familia de Golie! No había nadie de la familia por los alrededores, ¿no te has dado cuenta? Ni siquiera su voluminosa mujer; si hubiera estado por aquí ya habría venido. Tenemos que irnos, Carol. ¡Ahora mismo!

—¿Irnos? P-pero..., pero...

—Golie les ha hecho marchar, ¿no lo entiendes? ¡Debe haberse visto obligado a hacerlo! Y sólo hay un motivo que le haya obligado a esto.

—Pero... —Carol le miraba con incredulidad—. Pero, ¿por qué? Qué puede...

—¡No lo sé! ¡Y no importa! Quizás ahora ya es demasiado tarde, pero...

Era demasiado tarde. Se oyó un crujido de gravilla afuera. Luego llamaron a la puerta suavemente y una blanda voz de mujer dijo:

—¿Mr. Kramer? ¿Miss Kramer?

Doc se puso tenso y sacó un revólver de debajo del peto de su mono. Agarró a Carol por el brazo, la mantuvo así durante unos momentos y luego asintió con la cabeza.

—¿Sí? —dijo Carol—. ¿Quién es, por favor?

—La doncella, señora. Les he traído unas toallas.

Doc echó una mirada dentro del cuarto de baño y lentamente sacudió la

cabeza. Señaló el vestido de Carol musitando unas palabras en silencio.

—¿Puede dejarlas afuera, por favor? No estoy vestida.

Hubo un largo silencio, un susurro tan débil que podía haber sido cualquier cosa menos un susurro. Pero lo era. Había alguien con la doncella, si es que era una doncella. Alguien que le daba instrucciones.

Doc miró a su alrededor apresuradamente. Volvió a rozar el brazo de Carol y señaló el cuarto de baño al tiempo que sus labios formaban la palabra «ventana». Carol sacudió violentamente la cabeza e intentó acercarse a Doc; luego retrocedió y asintió, sin color en el rostro, porque Doc le había dado un doloroso pellizco en el brazo.

Levantó la puerta de la ventana en silencio y oyó a la doncella que decía:

—No puedo dejarlas aquí, señora. Quizá su marido pueda salir a recogerlas.

—Un momento por favor —gritó Carol echada hacia atrás—. Está en el baño.

Doc saltó por la ventana y se deslizó por detrás de la casa. Al llegar a la esquina, miró cuidadosamente hacia la puerta de su cabina.

¡Rudy! El revólver que llevaba en la mano dio una sacudida involuntaria. ¡Por todos los diablos!

No quiso pensar en ello; preguntarse el porqué, era intolerable. Los hechos, hechos son. Es algo que debe aceptarse y, a partir de aquí, tomar decisiones. Y el hecho era que Rudy estaba aquí.

Había una mujer con él —era Fran Clinton—, pero no parecía ir armada. Con el revólver en la mano, Rudy permanecía junto a ella, de espaldas a Doc.

No deseaba utilizar el arma, naturalmente. No podía permitirse el lujo de un tiroteo, al igual que Doc y Carol. Su objetivo y el de Doc eran exactamente el mismo: pasar cuentas en silencio, sin ser vistos, en la intimidad de la cabina.

Doc sopesó su revólver y levantó el cañón a la altura del hombro. Se deslizó sigilosamente por la esquina del edificio.

Rudy el primero, con un golpe en el cráneo. Luego, antes de que la mujer pudiera reaccionar, moverse o gritar, un manotazo con la izquierda.

Con los ojos fijos en ellos, Doc levantó lentamente el pie y, al bajarlo,

tropezó con un ladrillo de los que bordeaban un parterre de flores. Cayó cuando largo era.

Al caer, disparó: era todo lo que podía hacer en aquellas condiciones.

Rudy se volvió instantáneamente con el revólver bramando y empujando a la mujer ante sí. Pero las balas pasaron por encima de Doc y las de éste chocaron contra el cuerpo de la mujer y luego se incrustaron en el de Rudy.

En pocos segundos ambos yacían en el suelo; una de las manos de Rudy mantenía todavía el brazo de la mujer doblado sobre la espalda.

Desde unas dos manzanas de distancia, el chófer oyó el tiroteo, pero no se imaginó que proviniera de la casa de Golie ni mucho menos lo relacionó con sus recientes clientes. Luego vio a Doc y a Carol que venían corriendo hacia él. Aturdido, detuvo el coche y bajó precipitadamente.

—¿Ocurre algo, parientes? ¿Les está molestando alguien?

—Sí —contestó Doc—. Ya se lo explicaré mientras nos conduce hasta la ciudad.

—¿A Diego? Pero, ¿y la manduca? ¿Qué...?

Doc le incrustó el revólver en el estómago y le empujó hacia el coche.

—¿Desea usted seguir viviendo? ¿Quiere? ¡Entonces haga lo que le ordeno!

El conductor obedeció en silencio y con lentitud deliberada y testaruda. Cuando llegaron a la carretera principal y giraron hacia la ciudad, lanzó a Doc una mirada de fanfarrón:

—No le servirá de nada, Mac —dijo—. No sé lo que harán después, pero ahora no lo conseguirá.

Doc le miró con la boca tensa. En el asiento trasero, Carol se echó hacia adelante ansiosamente.

—Doc... creo que tiene razón. Es probable que ya hayan dado la alarma. Golie va a extenderlo por todas partes. ¿Hasta dónde podremos llegar con esta cafetera?

Doc preguntó secamente hasta dónde podrían llegar sin ella. Con una alarma en el aire, ¿qué posibilidades tenían de conseguir otro coche?

—La poli no sabe que viajamos en éste. Ni si viajamos en coche. Quizá podamos cruzar la frontera antes de que nos encuentren.

—¡La frontera! Pero qué...

—No lo conseguirá, Mac —le cortó el chófer con testarudez—. Lo mejor que pueden hacer es rendirse y entregarse. Ahora, ¡ay...!

—¿Así? —Doc le aguijoneó de nuevo con el revólver—. ¿Quiere más? Con los dientes apretados, el hombre denegó con la cabeza.

—De acuerdo, pues —prosiguió Doc fríamente—. Dé la vuelta a la izquierda ahora y luego vaya directo hacia Mission Valley hasta que le diga basta.

El coche giró a la izquierda. Tomaron velocidad a lo largo de la carretera sinuosa y al cabo de un rato Doc habló a Carol por encima del hombro. No podían pasar por el paso fronterizo, dijo. Evidentemente, sería imposible. Pero podían deslizarse por algún punto sin guardia.

—La gente lo hace constantemente —prosiguió—. No es el mejor camino y es seguro que podemos tener problemas al pasar y al haber pasado, pero...

—No lo conseguirá —le cortó el chófer, inmiscuyéndose de nuevo—. No lo conseguirá en ningún lugar cercano a los puestos fronterizos. Conozco esta frontera, señor, y le aseguro...

Su frase terminó en un grito. El coche dio bandazos y el chófer miró a Doc con ojos enloquecidos por el dolor.

—¡Inténtelo de nuevo! —rugió—. ¡Inténtelo de nuevo y verá lo que le sucede!

Doc le prometió que no lo volvería a hacer.

—La próxima vez lo mataré. Ahora dé la vuelta en el primer cruce. Vamos a dirigirnos a Tijuana por la carretera principal.

El coche dio la vuelta con chirridos de ruedas. Empezaron la empinada ruta de Mission Hills, luego tomaron la larga arteria que bordea el distrito de negocios de San Diego. El tráfico empezó a disminuir. Se oía el aullido de una sirena que se desvanecía en la distancia.

Desde el cuadro de la radio empezó a oírse la llamada crispada de la locutora:

—¡Taxi setenta y nueve! ¡Taxi setenta y nueve! ¡Responda! ¡Setenta y

nueve!

El chófer estaba desinteresado. Doc miró la placa de identificación y le dijo secamente:

—Es a usted. ¡Responda!

—¿Qué quiere que diga?

—Dígale que lleva a una pareja a dar una vuelta. Que estará ocupado durante una hora aproximadamente.

—¿A dar una vuelta? —el chófer se acomodó en su asiento y se apoyó ligeramente sobre el volante—. No se lo va a creer, señor. Sabrá que estoy llevando a una pareja de bribones hacia Tijuana.

—¿Qué? —Doc frunció las cejas—. ¿Cómo va a saberlo?

—Lo sabrá, sencillamente. Incluso sabrá dónde nos encontramos en este momento. Desviándonos hacia National City.

Entonces Doc lo comprendió. Relacionó la charla sin sentido del chófer con el silencio total del altavoz de la radio. Y salvajemente, con los nervios de punta, apuntó al rostro del terco taxista con el cañón del revólver.

Disparó una y otra vez. El chófer gruñó y se abalanzó contra la puerta del coche, que se abrió de golpe y le dejó caer dando tumbos en medio de la carretera.

La puerta se cerró de nuevo mientras Doc tomaba el volante a tiempo de evitar el choque con otro vehículo. Carol guardaba un silencio helado; un angustioso silencio. Luego, respondiendo a su pregunta no formulada, la voz de la radio habló de nuevo:

—¿Setenta y nueve? Setenta y nueve, le he oído setenta y nueve...

Doc encontró el interruptor y lo cerró.

Salió de la carretera y se apresuró por un camino paralelo, en mal estado, y preguntó:

—¿Hay algún micrófono ahí detrás?

Carol dijo que no. No tenía ninguna importancia, naturalmente. Ambos sabían qué podía ocurrir a partir de entonces.

El camino les llevó alrededor de National City y luego, implacablemente, volvieron a encontrarse en la carretera principal.

Doc intentó alejarse. Con los faros apagados, dirigió el coche a través de

una red de carreteras secundarias que les llevó un poco más hacia el sur y, finalmente, volvieron a salir a la carretera principal. Doc se detuvo en seco mientras su mente trabajaba desesperadamente y a toda prisa, al ritmo del latir del motor.

¿Ir a campo traviesa... correr por los prados, a pie? No, ya era demasiado tarde. Tan poco práctico e imposible como intentar robar otro coche.

Bueno, entonces, ¿y si se quedaban en uno de aquellos suburbios? ¿Quedarse allí durante algún tiempo hasta que hubiera posibilidad de largarse?

De nuevo no. No, puesto que quedarse significaría sencillamente eliminar las pocas posibilidades que todavía les quedaban.

Doc se encogió de hombros inconscientemente.

Observó el intermitente relampagueo de los faros frente a ellos, escuchó el chirrido de los coches al atravesar el cruce. Finalmente, puesto que no había otra cosa que hacer, entró en la carretera principal.

Otros coches les adelantaban y dejaban oír risas, trozos de alegres conversaciones que se perdían en la noche. Buscadores de placer; gente apresurada para empezar la noche de juego y juerga más allá de la frontera, sin nada que temer más que la vuelta, a la mañana siguiente.

Gente que se había ganado su tiempo de ocio.

Doc conducía lentamente. Por una vez en su vida, no tenía ningún plan. No veía ningún camino abierto. No podían volver atrás. Tampoco podían cruzar los límites por la frontera ni por ninguna otra parte. La policía no tenía más que esperarles. Tener la red tendida hasta que ellos cayeran dentro.

Al cabo de un rato volvió a salir de la carretera para emprender un sendero hasta llegar a un punto cerrado por el océano. Dio marcha atrás y se dirigió al punto desde donde había partido. De nuevo en la carretera, se dirigió hacia el sur.

Ahora los otros coches no iban a tanta velocidad. Les adelantaban y a unos cuantos metros empezaban a aminorar la marcha. Escudriñando en la distancia, Doc supo por qué.

Y Carol también; habló por primera vez desde hacía largo rato. Habló con un tono que era a la vez de enfado, de miedo y un tanto de alegría.

—Bien, Doc. ¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Hacer?

—La carretera está bloqueada. ¿Qué vamos a hacer? —su voz se quebró en un sollozo—. ¿Seguir adelante? Seguir adelante y decir, sí señor, yo soy Doc McCoy y ésta es mi esposa, Carol, y... y...

—¡Cállate! —la cortó Doc—. ¡Mira!

—No me digas que mire a ningún sitio... ¿dónde?

—Frente a nosotros. Lo que hay a un lado de la carretera.

Parecía estar suspendida a unos seis pies por encima de la carretera: una especie de bulto iluminado, debajo de otro globo en sombras, más largo. Luego, mientras el coche se acercaba, las siluetas de los dos bultos se aclararon y revelaron el rostro de una mujer debajo de un sombrero de hombre.

Llevaba en la mano una linterna que lanzaba destellos sobre su rostro. Colgando de su otra mano, se veía un rifle. Un gigante de mujer, con un mono y un abrigo de piel de oveja. Les miraba fijamente; mejor dicho, miraba el coche y lanzaba los destellos de la linterna hacia la carrocería.

Hizo una ligera señal con la linterna y la luz desapareció, al igual que ella.

Doc dejó escapar un grito de sorpresa. Miró por encima de su hombro y esperó que los dos coches que venían detrás les adelantaran.

Carol le preguntó furiosa:

—¿Doc, qué diablos te ocurre? ¿Quién... qué era eso?

Y Doc se rio un tanto salvajemente, musitando que no podía creerlo. Luego hizo una rápida maniobra, las ruedas giraron hacia la derecha, cruzaron chirriando el borde de la carretera y se adentraron en el campo.

Era un terreno desértico, una extensión rocosa, llana, erosionada. Frente a ellos, la alta sombra de la mujer reapareció, luego se alejó rápidamente guiándoles hacia una elevación del terreno y a continuación a un valle en forma de copa.

Allí se levantaba una casa, una cabaña sombría, al parecer abandonada. Dos grandes bultos salieron balanceándose de detrás de la choza y se acercaron al coche en el silencio mortal. Pero la mujer habló, les hizo gestos y las sombras se colocaron mansamente tras sus talones; caminaron con ella a

grandes zancadas, hasta más allá de la cabaña, y se perdieron en la oscuridad.

—¡Doc! ¿Me oyes? ¡Quiero saber qué es todo esto!

Doc no contestó. Quizá pensaba mentalmente que todo quedaba explicado y en aquellos momentos todos sus pensamientos se centraban en la mujer y en la salvación que ella representaba.

A unos cien metros detrás de la casa la mujer se detuvo, se volvió hacia ellos y les hizo señas para que se acercaran, hasta que estuvieron a su lado. Luego, también con señas, les hizo detener y abrió la puerta del coche:

—¿Llevas algo que desees conservar, Doc? Bueno, recógelo. Vamos a tener que caminar un rato.

Lo sacaron todo. Justo detrás del punto en donde había estado la mujer había un extenso cráter donde la luz de la luna refulgía por encima de la oscura superficie del agua.

—Arenas movedizas —explicó la mujer sucintamente—. Es un pozo sin final. Ahora vamos a dar un empujoncito a esta cafetera...

Empujaron con todas sus fuerzas hasta que el coche tomó velocidad por sí solo. Luego, a una señal de la mujer se detuvieron: el coche chocó contra la superficie del agua, descendió con un burbujeo lleno de ecos y desapareció debajo de la superficie oleosa.

La mujer se volvió y cogió a Doc de la mano.

—Doc, eres una buena visión para estos doloridos ojos. No podía creerlo cuando oí tu nombre por la radio esta noche.

—Y tú, no es necesario decirlo, también eres una visión para estos doloridos ojos —murmuró Doc—. ¿Nos estabas esperando en la carretera?

—Sí. Sabía que te dirigías hacia aquí y me he jugado la posibilidad de que me vieras. Por cierto —su voz se alteró ligeramente—, no es que me importe demasiado, pero, ¿qué ha ocurrido entre tú y Rudy?

—Bueno... —Doc vaciló—. Ya conoces a Rudy. Nunca estuvo bien de la cabeza y últimamente había empeorado. Por muy razonable que intentaras ser con él, pues...

—Sí, claro. Finalmente le has volado la cabeza, ¿eh? Bueno, lo he estado esperando durante mucho tiempo —la mujer sacudió la cabeza sabiamente—. ¡Al infierno con el pobre diablo! Ahora tenemos que pensar en esconderte...

a ti y a...

Se calló con ruda delicadeza y miró a Carol.

Doc se disculpó rápidamente.

—Perdona, Ma. Mamá Santis... tengo el gusto de presentarte a mi esposa, Carol.

Huelga preguntarse si el apretón de manos de Carol fue un tanto flojo. Había oído hablar tanto de aquella mujer delgada, de rostro duro, que casi la había convertido en un mito.

Mamá Santis. Hija de un criminal, esposa de un criminal y madre de seis hijos criminales. Dos de los muchachos de Ma habían muerto en tiroteos con la policía; otros dos —como su padre— habían muerto en la silla eléctrica. De los dos restantes, uno estaba en la prisión y el otro, Earl, en libertad. Los Santis eran tenaces, rebeldes y marginados más que criminales en el sentido vulgar de la palabra. Nunca olvidaban un favor, al igual que nunca olvidaban una injuria. Algo extraño en el mundo del crimen, gente con un verdadero sentido del honor. En otra época habrían sido piratas, corsarios o soldados mercenarios. Su desgracia, y quizá la de la nación, era que habían nacido en una civilización que insistía en la conformidad y que no perdonaba ninguna ruptura de sus leyes, sin tener en cuenta las necesidades y motivos de cada uno.

Los Santis eran incapaces de conformarse. Habrían muerto —y habían muerto— antes que aceptar la conformidad. Y ahora, con más de sesenta y cuatro años, después de más de veinte en prisión, Ma seguía siendo tan rebelde como a los cuarenta.

Su hijo Earl vivía en el interior del país, explicó. Hacía de granjero para parecer respetable y vivía de lo que había saqueado y tenía guardado.

—Hace tanto tiempo que no damos un golpe, que la gente nos ha olvidado —cloqueó Ma—. Por lo tanto, me figuro que tendremos un buen viaje desde aquí a mi casa, pero no por eso nos hemos de confiar. Te quedarás donde yo te diga hasta que Earl se deje ver y... por cierto, ¿te dirigías a ver a El Rey, Doc?

—Eso es.

—Bien, pues no dudes ni un momento de que lo harás —dijo Ma con firmeza—. Yo y Earl hemos ayudado a muchos amigos a llegar hasta él: a Pag Ganglioni, a Red Reading, a Ike Moss y a su mujer. Naturalmente, vosotros sois, quizá, un poco más peligrosos que todos ellos juntos, pero... Por aquí.

Se volvió y fue hasta la orilla del charco; se agazapó e iluminó un lugar con la luz de la linterna.

—¿Lo ves? Allí, dos zonas de hierba. Ahora mira justo debajo: hay dos lugares más oscuros debajo de la línea del agua.

—Los veo —asintió Doc—. ¿Grutas?

—Puedes llamarlas así. En realidad no son más que agujeros, pero lo suficientemente grandes para que puedas entrar y no te vean. Esto es lo que necesitas, ¿no? —Ma se echó a reír, jovialmente.

Doc vaciló y lanzó una rápida mirada al rostro tenso de Carol.

—Esto... ¿crees que es necesario, Ma? Quiero decir...

—¿Crees que te lo diría si no lo fuera? —Había tono de reproche en su voz—. No es tan terrible, Doc. Hay una corriente de aire fresco y no creo que te quedes doblado. Pat Ganglioni estuvo ahí un tiempo, y tú ya conoces a Pat. Te dobla en estatura y en volumen.

Doc se obligó a sí mismo a reír.

—Tendremos que desnudarnos, supongo.

—Supongo. A menos que quieras quedarte con la ropa interior. Abajo hay sábanas y, sea como sea, no hace demasiado frío.

—Bien —dijo Doc—. Bueno...

Se desabrochó la camisa y la dejó caer al suelo. Luego se sentó y empezó a quitarse los zapatos y los calcetines. Ma miró a Carol.

—Necesitaréis una cuerda —dijo, y desapareció en la oscuridad.

Carol permanecía de pie, sin moverse, sin hacer ningún intento de quitarse la ropa.

—Carol —dijo Doc. Y luego—: ¡Carol!

—N-no —dijo Carol temblorosa—. ¡No, no puedo! ¿Cómo puedo saber si...?

—Estás conmigo. Viajas con mi billete. ¡Y ahora, quítate esa ropa!

Se levantó y se bajó los pantalones. Desató el cinturón del dinero y lo dejó caer sobre el montón de ropa. Luego esperó un instante, intentó una sonrisa alentadora y preparó una voz cálida. Luego, con las manos extendidas, dio un paso hacia Carol. Ella retrocedió:

—N-no. ¡No! —balbuceó—. ¡Sé lo que te propones! ¡Bájame ahí y verás...!

—¡Detente! ¿Qué otra cosa puedes hacer, dime?

—¡Os conozco! ¡No volvería a subir nunca más! ¡Ella es tu amiga, no mía! Ella... vosotros me dejaréis ahí, debajo de la tierra, y...

—Bueno, ya estoy aquí —Ma Santis apareció súbitamente tras ellos—. ¿Problemas?

—Lo siento —dijo Doc—. Mi esposa está un poco perturbada.

—Hummm —gruñó Ma—. Ya me ha parecido que sonaba a algo de eso. Bueno, yo también estoy un poco trastornada. Me imaginaba que hacía tan largo camino para ayudaros, pero ahora no estoy tan segura. También podría pensar que no me dejaréis ir muy lejos...

Doc repitió que lo lamentaba. Ma se colocó el rifle debajo del brazo e inmediatamente los dos mastines prestaron atención. Esperó, mirando fijamente a Carol. Y Carol oyó su propia voz como si viniera de muy lejos, a la vez que su rostro se distendía en una sonrisa de conciliación.

Lo sentía, no había querido decir lo que había dicho, estaba muy agradecida a Ma. Ella...

Calló y se quitó el voluminoso vestido negro. A continuación, casi con furia, se desabrochó el cinturón del dinero e hizo el gesto de entregárselo a la vieja. Ma apenas se movió.

—Déjalo encima del montón de ropa. Y no temas, no faltará ni uno solo.

—Puedes utilizar todos los que quieras —dijo Doc cálidamente—. Quiero decir, Ma, que...

La mujer asintió. Sabía lo que Doc quería decir, pero no necesitaba nada.

—Siempre he pensado que eras un verdadero diablo, Doc. Tú y yo siempre nos hemos entendido. No soy de las que no creen en tu palabra.

—Y yo siento exactamente lo mismo por ti, y por todos los tuyos, Ma.

—Pero —continuó ella— no voy a comprar por cuenta del dueño. No voy a mezclarme en vuestros asuntos. Si os tenéis que pelear, que espero que no sea así, id a hacerlo a otro lugar lejos de aquí. De lo contrario, ya me encargaré yo de que hagáis las paces y no creo que sea nada agradable para quien haya empezado el jaleo.

Se calló y les miró fijamente, esperando el asentimiento a sus estatutos. Curiosamente, Carol parecía más dispuesta que Doc.

—Bien, eso me gusta —dijo Ma con frialdad—. Bueno, en los agujeros hay agua, quizá un poco rancia, pero se puede beber si tenéis mucha sed. No hay manduca, naturalmente. Podéis pasaros sin comer el tiempo que estéis abajo. No fuméis ni encendáis fuego, no hay aire suficiente. Bueno, esto es todo, me parece. ¿Queréis que os ayude a bajar, Doc?

Doc denegó con la cabeza.

—Puedo hacerlo solo, gracias. ¿Tienes idea de cuánto tiempo tendremos que estar, Ma?

—Bueno, yo diría hasta mañana por la noche, pero ya sabes cómo son esas cosas, Doc. *Comme-ci comme-ça* —rio estentóreamente—. ¡Ah, sí!, ya sabía que me estaba olvidando algo. Píldoras para dormir... no puedo decirte dónde están exactamente, pero ya las encontraréis.

—Muy bien, iba a pedírtelo ahora. Bueno, si pudieras dejarme una luz por si acaso, Ma...

Ma se agachó de nuevo y dirigió la luz de la linterna hacia el lugar. Doc lo estudió, le dio las gracias con un golpecito en los hombros y se balanceó en la orilla.

—Buenas noches —dijo, y lanzó una sonrisa a Carol—, que pases muy buena noche, querida.

Luego saltó con las piernas tiesas.

Se oyó un ruido sordo cuando chocó contra el agua.

Se hundió y volvió a salir a la superficie. Luego braceó hasta las hierbas y volvió a zambullirse.

Y permaneció debajo del agua.

—Ahora hay un diablo debajo del agua —dijo Ma quedamente—. A no ser que no lo sepas bien.

—Lo sé —dijo Carol.

Cogió la cuerda que Ma le entregaba y se la ató a la cintura. Arrastrándose por el suelo, llegó hasta el borde de la charca y se estremeció. Se detuvo, medio suspendida en el espacio, respirando con rapidez. Luego se volvió hacia Ma y le hizo una señal para que la bajara.

—Métete esto en la cabeza —Ma la tuvo suspendida durante unos segundos—: será mejor que te sumerjas en seguida.

—Yo... nada. Sólo quería preguntarte algo acerca de los somníferos. ¿Por qué tú y Doc os habéis puesto tan de acuerdo en que los necesitaríamos?

—¿Por qué? —Ma frunció las cejas con incredulidad—. ¡Vaya, por lo visto no llevas mucho tiempo de rodaje, eh!

—Bueno, yo creía que sí...

—Mmmm, bueno, te diré algo sobre las píldoras —dijo Ma—. No dudes que las necesitarás. Y no esperes a tomarlas hasta que las necesites. Tómate una en cuanto llegues abajo y cuando se haya terminado el efecto...

Dio un tironcito a la cuerda y luego fue soltándola lentamente. Carol bajó hacia el agua.

—¿Sí? —gritó con un escalofrío cuando tocó la superficie con los pies—. ¿Cuando termine el efecto, qué?

—Tómate más —dijo Ma.

El agujero se hallaba en un declive y la entrada estaba llena de agua, haciendo imposible la respiración hasta no haber pasado aquel espacio.

Carol lo atravesó apresuradamente. Continuó gateando con los ojos cerrados, la respiración contenida, hasta que su cabeza chocó con el extremo del agujero. Entonces, aligerada, respirando entrecortadamente, se dejó caer tendida.

Extrañamente, no estaba del todo oscuro. Así como se notaba una ligerísima corriente de aire, igualmente y del mismo sitio debía provenir aquella luz, aunque sólo fuera la relativa luz de la noche, que ayudaba a aclarar la oscuridad de la cueva oculta.

Era como estar en un ataúd, pensó. Un ataúd iluminado y con ventilación.

No era del todo incómodo. Al menos por ahora. Un poco estrecho. Pero mientras uno pudiera permanecer allí y no intentara salir...

Súbitamente, su pensamiento se interrumpió.

Palpando en la semioscuridad, recorriendo con sus manos el muro del agujero, encontró la superficie ovalada de una cantimplora. La sacudió y sintió el movimiento del líquido del interior. La dejó en el suelo y continuó su búsqueda hasta encontrar un frasco fuertemente tapado. Lo destapó y palpó el contenido. Luego cogió una de las cápsulas y la lamió.

Sabía amarga; débilmente salada. Volvió a echarla dentro del frasco y enroscó el tapón.

No necesitaba aquella porquería. No tomaría nada que la hiciera sentirse más desvalida de lo que ya se sentía. Ma le había dicho, de diversas maneras, que no tenía nada que temer. Ella y Doc estaban bajo la protección de aquella mujer hasta que pudieran protegerse a sí mismos de nuevo. Pero, precisamente por eso, no iba a alterarse a sí misma con aquellas estupideces. Era posible que Ma fuera completamente honrada. Podía ser. Pero Doc conocía a la gente como ella sin ningún problema y si había decidido hacer las cosas a su manera, si pensaba que estaban a salvo... bueno, no importaba. Pero nada de pastillas para dormir.

Si es que eran pastillas para dormir.

Su mente daba vueltas y más vueltas sobre aquel asunto, se deshilachaba y volvía a tomar forma. Sin ningún proceso coherente, llegó a habituarse a su inseguridad básica; una inseguridad cuyas bases habían sido sentadas mucho antes por un sentimiento de autoprotección y de desconfianza en la autoridad paterna. Más tarde, con la madurez —un concepto muy flexible—, podía ser olvidado este sentimiento, podía ser disipado por un proceso mental claro. O también podía verse estimulado por un abusivo resentimiento y autocompasión. Podía incluso aumentar hasta que la autoridad original se volviera intolerable y surgiera imperativamente la necesidad de un cambio. No un cambio radical de pensamiento, que habría sido demasiado complicado, demasiado doloroso. El cambio consistía sencillamente en pasar de una autoridad a otro tipo de autoridad que, con el tiempo y bajo unos efectos determinados, provocaba desconfianza y resentimiento, incluso más

que la primera.

Carol se preguntaba por qué temía a Doc, cómo podía temerle y desconfiar de él y, sin embargo, amarle como no podía amar a ningún otro.

Incluso ahora, a pesar de su miedo y su desconfianza, hubiera dado cualquier cosa por tenerlo a su lado.

Se le veía siempre —o casi siempre— tan tranquilo y tan seguro de sí mismo. Siempre sabía lo que había que hacer y cómo. Podía pasarle cualquier cosa en su interior y no darlo a entender nunca con su manera de actuar. Sabía ser tan agradable y educado como si no tuviera ninguna otra preocupación en su vida. Había que tener mucho cuidado con una persona así. Nunca se sabía lo que pensaba en realidad. Pero...

Suspiró profundamente y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Doc McCoy... un diablo de individuo, había dicho Ma. Sí, así era al parecer.

No había nadie como Doc en todo el mundo, y no lo habría nunca.

Jugaba con el frasco de pastillas. Luego se volvió hacia el otro lado y golpeó la pared. Doc no podía estar muy lejos, solamente a unos metros al otro lado de aquella roca fría y húmeda. Si podía conseguir que la oyera y que le contestara... bueno, sería agradable. Ambos se sentirían más confortados, se dijo, al saber que el otro estaba bien del todo.

Volvió a golpear con el frasco y escuchó. Golpeó y escuchó. Frunció las cejas nerviosamente. Luego, como iluminada, se volvió y golpeó en el muro opuesto. Quizá estaba allí, en esta parte. Después de todo, en algún lugar debía estar.

Golpeó y escuchó. Golpeó y escuchó.

El silencio entre golpe y golpe la impresionaba. Llegó a hacerse doloroso, un vacío que pedía ser llenado. Era insoportable, y puesto que lo insoportable no puede ser soportado, su imaginación, aquella amistosa enemiga, intervino.

Con completa claridad oyó los golpes de respuesta de Doc. Bueno, quizá no tan claramente —la imaginación también tiene sus limitaciones—, pero los oyó.

Volvió a llamar y él —la imaginación— contestó. Las señales se repitieron con más fuerza. Se sintió sumamente aliviada; luego, sentada sobre los talones, sintió una creciente inquietud e irritación.

¿Qué sentido tenía sólo golpear, hacer ruido sin significación? Si pudiera enviarle un mensaje. Preguntarle, decirle que...

Pero quizá él ya había pensado en eso y había considerado que era imposible. Y tal vez lo era.

Se apoyó contra la pared y midió el espacio hasta el muro opuesto. Parecía que el agujero era suficientemente grande como para albergar a dos personas. Tendrían que estar muy apretadas, naturalmente, y no sería cómodo durante mucho tiempo. Pero un ratito, una hora, resultaría muy agradable.

¿El espacio hasta el techo? Colocó las palmas contra el muro de arriba, empezando por el lugar más próximo a ella. En la semioscuridad parecía mucho más alto. Empujó, sin darse cuenta de que empujaba. Y de repente empezó a golpear con los puños.

Se detuvo rápidamente y permaneció muy quieta, tendida de espaldas durante unos minutos, hasta que los locos latidos de su corazón aminoraron. Luego, impulsándose con los talones y los codos, empezó a gatear hacia la entrada.

Tocó agua con los pies y los retiró con un respingo. Luego volvió a introducirlos y permaneció así un momento. Después, con dolorosa resignación, los retiró de nuevo. Era evidente que no podía salir de allí, volver al charco. Podían verla. Sabía que en aquellos momentos era posible que el lugar estuviera rodeado de policía. De todos modos, el charco era muy profundo —sin fondo, había dicho Ma— y podría nadar muy poco. Si no fuera capaz de encontrar el agujero donde se encontraba Doc o si no supiera volver a éste...

Quizá *ellos* lo habían planeado así. *Ellos* esperaban que intentaría salir, sabiendo que se ahogaría si lo probaba.

Pero, de cualquier forma, salir de allí estaba fuera de cuestión. Tenía que quedarse hasta que la sacaran. El péndulo de su mente volvió hacia atrás: estaba segura que la sacarían. Doc la sacaría. Después de todo era su esposa, habían vivido muchas experiencias juntos y ella había hecho mucho por él. Y... y... y si él realmente deseaba quitársela de encima, había tenido muchas otras posibilidades antes que ésta.

La sacaría de allí en cuanto estuvieran a salvo.

Ma le obligaría.

Junto a la entrada del agujero había un poco más de espacio. El techo era un poco más alto. Midió la distada con las palmas extendidas pensando que había espacio suficiente para permanecer sentada. Y tan pronto como tuvo aquel pensamiento, supo que necesitaba sentarse.

Tenía que sentarse, no podía permanecer más tiempo tendida ni apoyada sobre los codos.

Con la barbilla contra el pecho, intentó levantarse. Unos milímetros, un palmo, un palmo y medio, un... sintió que su cabeza presionaba contra la piedra. Siguió empujando y luego, con un sorprendido ¡Oh!, volvió a quedar tendida en el suelo.

Descansó unos instantes y lo intentó de nuevo. Ahora un poco de lado, con las rodillas hacia arriba. Con aquel sistema consiguió levantarse un poco más, aunque no lo suficiente. Pero descubrió —o así lo creyó— la manera de hacerlo totalmente.

Era muy pequeña y ligera, ahora mucho más que antes del arduo ajeteo de su viaje a través del país. Así pues, encogió el estómago, clavó las rodillas en él y presionó la barbilla en las rodillas. De este modo, convertida en una especie de bola, se impulsó hacia adelante y hacia arriba.

Su cabeza golpeó contra el techo con ruido sordo y siguió rozándolo, dejando un débil reguero de pelo y piel. Debería haberse detenido al primer impacto doloroso, pero el movimiento de su cuerpo la obligó a seguir hacia adelante. Y finalmente consiguió sentarse. O casi. Estaba doblada, y aquella era una posición que distaba mucho de ser cómoda.

El techo le presionaba el cuello y los hombros. La cabeza le caía inevitablemente hacia abajo. Las piernas, extendidas, quedaban pegadas al suelo y las manos colocadas entre las piernas. Levantó un brazo para restregarse el rostro, pero el esfuerzo fue tan intolerable que finalmente volvió a dejar la mano en el suelo.

Descansó; respiraba trabajosamente puesto que incluso respirar era difícil en aquella extraña posición; pensaba: bueno, por lo menos sé que puedo hacerlo. Puedo sentarme si quiero. Después, cuando la posición se volvió dolorosa, intentó tenderse de nuevo. Y descubrió que le era casi imposible

moverse.

No podía aceptarlo. Era demasiado terrible. Sin embargo, pensó, si he podido llegar a esta posición, tengo que poder cambiar. Si he podido sentarme, lo lógico es que pueda volver a tumbarme.

—Claro que puedo —habló en voz alta—. ¿Por qué no, vamos a ver?

Había un montón de razones que contestaban la pregunta. Era imposible levantar las piernas, volver a ponerlas como antes. Era casi imposible moverlas. En cuanto a enroscarse sobre sí misma... bueno, ya lo estaba; incluso más que antes. Pero ahora la bola que formaba no tenía movimiento. Su cuerpo era como una cuerda enrollada tan fuertemente que sólo podía enrollarse más, pero nunca desenrollarse.

—No —dijo quedamente—. No —luego, elevando el tono de voz, gritó—: ¡Nooo!

Esperó, jadeante; la sangre de la cabeza se deslizaba hasta cubrirle los ojos. Tenía las muñecas entumecidas y los codos le dolían horribilmente. De repente, los brazos le flaquearon y el torso se dobló hacia adelante al tiempo que un torturado aullido se le escapaba de los labios.

Sollozando con desconsuelo, volvió a apuntalarse. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas y no podía secárselas. Y en su agonizante histeria, aquel hecho parecía el más insoportable.

—No... no puedo mo-mover ni un dedo —lloró—. N-no puedo... no puedo mover ni...

Luego, tan débilmente que apenas pudo oírse a ella misma, continuó:

—Ma ha dicho mañana por la noche. Mañana por la noche, probablemente.

Las palabras se deslizaron en el silencio. Su jadeo se hizo más fatigoso. Escupió y tosió, gimió a causa del movimiento de su cuerpo y las lágrimas aumentaron.

—¡No puedo más! —gritó—. ¿Me oyen? ¡No puedo más, no puedo más! ¡Nooo pueeedooo mááás!

Gritaba y el dolor del esfuerzo la hacía gritar más fuerte; cada grito provocaba otro. Aulló, gritó, arrastrada por un frenesí de dolor y furia. Golpeaba la cabeza contra el techo y restregaba los talones en el suelo al

tiempo que con los codos presionaba y golpeaba las paredes que la aprisionaban.

La sangre se mezclaba con las lágrimas, resbalaba por la espalda, por los brazos y por las piernas, brotando de cien pequeñas heridas y rasguños que le cubrían todo el cuerpo. Cálida sangre roja, resbaladiza y viscosa como la humedad de la cueva.

Nunca supo cuándo terminó toda aquella angustia. Ni cómo. Ni qué había hecho. Todavía se desesperaba, todavía lloraba cuando destapó el frasco de píldoras y lo vació dentro de la boca...

Salió de la placentera oscuridad con mal humor. Algo le oprimía los tobillos y ella intentaba liberarse. Pero aquel algo la tenía cogida muy fuerte. Tiraba de ella y la sacaba del agujero, como si le quitara la cáscara. Gritó en señal de protesta y el grito fue ahogado súbitamente cuando el agua la cubrió.

Atragantándose, dando patadas, salió del agujero y se encontró en el charco. Volvía a ser de noche —¿o todavía era noche?—, y a la luz de la luna, parecía enormemente manchada ante los ojos más fríos que había visto en su vida.

—Soy Earl —sonrió mostrando unos dientes desiguales—. Agárrese fuerte ahora y...

—¡Fuera! —Carol intentó alejarse violentamente—. ¡Déjeme sola! ¡No quiero ir a ningún sitio! ¡Por favor, por favor, no me obligue a hacer nada! ¡Déjeme quedar aquí...!

Y se agarró a las hierbas intentando bajar de nuevo al agujero. Acercándose a ella, Earl le dio un fuerte bofetón.

—Bala perdida —musitó mientras le ataba una cuerda a la cintura y señalando a Ma y a Doc—. Se ve que cuarenta y ocho horas no le han sido suficientes.

Capítulo 13

Cubiertos con trapos y sacos, Doc y Carol yacían en la parte trasera del viejo camión de Earl y eran trasladados por una carretera de tercer orden, a través de las colinas, al lugar conocido como la granja de Earl. Era un lugar destartado, desértico, con una vaca, unas cuantas gallinas, unos cuantos acres de árboles frutales y dos o tres instrumentos de labranza. Dentro de la casa arruinada por el tiempo había, sin embargo, un aparato de televisión en color, un gran frigorífico y una enorme estufa alimentada a leña.

Earl se mostraba evidentemente orgulloso de aquellas posesiones y Doc lo felicitó. Con laconismo, intentando ocultar su satisfacción, Santis sacó carne asada del horno y la colocó, sin platos ni nada, sobre la mesa. Mientras la troceaba, Ma trajo otros alimentos —col hervida, pan, café y una garrafa de whisky—, así como vasos y platos. Entonces todos se sentaron a la mesa y, excepto Carol, empezaron a comer hambrientos. Estaba aturdida, indiferente; el estómago se le contraía y apenas podía tolerar la vista y el olor de la comida.

Ma le lanzó una mirada interrogativa y alcanzó la garrafa de whisky. Llenó un vaso hasta la mitad y se lo acercó.

—Anda, bébete esto —ordenó—. ¡Vamos! No me lo hagas repetir dos veces.

Carol bebió. Tragó el líquido con dificultad intentando, a la vez, tragarse también la náusea. A continuación una confortable calidez se extendió por su estómago y el color le volvió a las mejillas.

—Ahora come —dijo Ma.

Y Carol comió. Al cabo de unos cuantos bocados, la carne le pareció buena.

Tenía grandes ojeras, los labios hinchados y la cara y las manos llenas de cortes y rasguños. Pero nadie hizo ningún comentario sobre su aspecto ni preguntó cómo se había herido. Experimentados todos ellos en los caminos del crimen, sabían muy bien qué le había ocurrido.

Carol mantenía los ojos fijos en el plato sin tomar parte en la conversación. Era tan indiferente como si lo que se hablara en la mesa no tuviese nada que ver con ella.

No es necesario decir que Carol y Doc no estaban todavía, ni mucho menos, a salvo. Les sería imposible cruzar la frontera mejicana e internarse en el país por tierra. Pero Ma y Earl tenían un buen contacto por mar: el capitán de un pequeño pesquero portugués que les había ayudado con anterioridad en casos similares.

—Naturalmente, ningún caso era tan peligroso como el vuestro —Ma tragó otro sorbo de whisky y se secó la boca con el dorso de la mano—. Ahora está dando vueltas para ver si hace negocio, pero vendrá dentro de un día o dos, tan pronto como vea que no puede ir a otra parte.

—¿Quieres decir —Doc frunció el ceño—, quieres decir que sabe quiénes somos?

Ma dijo que sí, que naturalmente lo sabía.

—¿Quién más podríais ser en estos momentos? Pero no te preocupes en absoluto, Doc. Lo sabe todo acerca de nosotros, los Santis, y no hay por qué preocuparse.

—Entiendo —dijo Doc—. Sí, estoy seguro que tienes razón.

Roy Santis saldría de la prisión dentro de un año aproximadamente. Con él serían tres de la familia en libertad, sin contar con sus múltiples cómplices y amigos. Y nadie que estuviese vinculado, aunque fuera muy débilmente, con la reputación de los Santis, haría nada para ofenderlos. Y si alguien lo hacía, en vistas a una recompensa o por miedo al castigo, no viviría para contarlo.

Una vez terminada la comida, Earl llenó una cantimplora de agua y

condujo a Carol y a Doc a través del patio posterior hasta un almiar de estiércol, parcialmente hundido y cubierto con tablas, a su vez cubiertas de estiércol. Era una especie de paramento alejado de la casa cuya entrada estaba cubierta con un trozo de lona untada con boñigas, ahora seca, pero aparentemente adaptada cuando estaba húmeda.

Earl entregó con deferencia la cantimplora a Doc.

—He traído también algo de comida si quieres, Doc. De todas maneras, podrás volver a comer por la noche, cuando salgas.

—Naturalmente —dijo Doc—. No necesitamos nada más, Earl.

—Bueno... ¡ah, sí!, no fuméis... bueno, creo que no es necesario que os lo diga. El humo o el fuego es muy visible a larga distancia...

—Comprendo. No te preocupes, no habrá humo —prometió Doc.

—¿Quieres tabaco para mascar? Tengo de sobras...

—Bueno, eso sí que me irá bien —dijo Doc—. Muchas gracias, Earl.

Earl volvió a la casa y Doc, gentilmente, retiró la lona para dejar paso a Carol.

Faltaba una hora aproximadamente para que amaneciera. Sin una palabra, Carol se enroscó en el suelo y se quedó inmediatamente dormida. Doc se quedó en cuclillas, apoyado en la pared, y empezó a mascar tabaco. Había dormido durante los dos días y dos noches anteriores. Ahora, el sueño era algo que debía dejar para cuando no pudiera estar despierto por más tiempo; algo que debía conservar para contrarrestar el hastío del desvelo.

Masticó y escupió, cubriendo cuidadosamente, cada vez, el escupitajo. Ocasionalmente miraba el tétrico aspecto de Carol y sus ojos se volvían sombríos y pensativos.

Con los primeros rayos de sol, el montón de estiércol empezó a calentarse. A eso de las diez, cuando Carol se despertó súbitamente, Doc ya se había quitado la ropa y estaba desnudo, excepto los calcetines y los zapatos, sentado con las piernas cruzadas sobre su ropa.

Sacudió la cabeza cariñosamente cuando ella estalló en una carcajada y luego hizo una mueca autodespectiva.

—¿Qué crees que es más gracioso —susurró—, yo o el simbolismo de la situación?

—No puedo precisarlo —rio suavemente Carol—. Quizá lo mejor será que yo también me desvista.

Se quitó la ropa, se secó el sudor con ella e hizo una almohada como había hecho Doc con la suya. Y ahora que estaban solos, Doc demostró un gran interés por sus cortes y rasguños. Carol quitó importancia al asunto; se lo merecía, dijo, por haber actuado como una estúpida. Pero se alegraba de la solicitud de Doc y, completamente descansada y relajada, se sintió muy atraída por él.

Con la cabeza ladeada, le echó una traviesa mirada. Luego, inclinándose súbitamente hacia adelante, tomó el rostro sin afeitar de Doc entre sus manos y...

Una masa viscosa se aplastó contra su frente y resbaló por su rostro. Carol se sentó bruscamente, escupiendo y restregándose la cara.

—¡Aaag! —lanzó con disgusto, frunciendo la nariz—. ¡Esta cochina porquería!

—Es una vergüenza, realmente —dijo Doc—. Es el calor, supongo, que ablanda este material y...

—¡Por favor! —gruñó Carol—. ¿No es suficiente como para que tú, encima, te pongas a dar explicaciones?

Aquello fue el final de cualquier acto amoroso. Doc volvió a la tranquila máscara de su rostro y Carol se envolvió en su anterior indiferencia. Mientras pasaban lentamente las horas, hablaba consigo misma en silencio y se burlaba de lo muy estúpidos que eran.

Muy gracioso, ¿no? ¡Oh, claro! Exactamente como en el cine. Realmente dramático y excitante. ¡Dos grandes, malos e importantes ladrones de bancos, escondidos, desnudos, entre un montón de estiércol!

El calor trajo hordas de moscas. Trajo también gran cantidad de gusanos, gordos y sanos, que caían sobre sus cabezas y espaldas y se arrastraban debajo de ellos, por el suelo. Y trajo una fetidez húmeda, agobiante, que parecía introducirse por cada poro de su piel.

En una ocasión, Carol, desesperada, empezó a arrastrarse hacia la salida. Pero Doc la retuvo con firmeza.

—Estás mejor aquí que afuera. ¿Quieres una porción de tabaco?

—¿Tabaco? ¿Suavizará el tabaco el hedor de esta porquería?

—No, pero te quitará el mal gusto de la boca.

Carol vaciló y finalmente tendió la mano.

—Dame. No puedo estar peor de lo que estoy.

Mascó un poco. Se sintió más mareada, pero era una forma diferente de mareo, e incluso resultó aliviante.

Ambos estaban sentados, mascando y escupiendo ya sin preocuparse de ocultar los escupitajos porque no era necesario. El estiércol iba cayendo y los cubría. Las moscas zumbaban, los gusanos escarbaban, el día iba transcurriendo lentamente y, por fin, llegó la noche.

Earl trajo varios cubos de agua de la casa y pudieron quitarse de encima un poco de porquería. Pero el olor y el sabor del tabaco no desapareció. Sazonó la poca comida que fueron capaces de tragar y en su imaginación también lo saborearon en el whisky que Earl les sirvió de una botella de bolsillo.

No había nadie en la casa, así que Earl tuvo que irse a toda prisa, lo que quería decir que Carol y Doc no podían salir al aire libre como habían esperado. A regañadientes, se colocaron de nuevo debajo de la lona para pasar otra noche entre aquella miseria. Doc se instaló con todo el confort de que fue capaz. Carol se movía sin cesar de un lado a otro, cambiando de posición.

¿Por qué?, musitó enfurecida. ¿Por qué tenían que quedarse allí? Primero aquellos terribles agujeros bajo el agua, de los que hasta una rata habría huido, y ahora este ...este lugar. No tenía sentido. Después de todo, ya estaban poco seguros cuando subieron al tren y, sin embargo, no les había pasado nada. Y nunca habían tenido que esconderse en lugares tan horribles como los que les habían proporcionado los Santis.

—Entonces estábamos en movimiento —señaló Doc secamente—. No estábamos acorralados en un área tan pequeña.

—¡No me importa! Digo que podríamos habernos escondido en un lugar en donde, por lo menos, hubiéramos podido estar..., quiero decir que por lo menos hubiera sido un lugar más tolerable.

Doc dijo que habían tolerado muy bien aquellos lugares. Luego, con gran

paciencia, empezó a explicar que el mejor lugar para esconderse era aquél menos adecuado para habitación humana. Los agujeros bajo el agua, por ejemplo; como había dicho ella misma, incluso un ratón los habría desdeñado. Y ahora el montón de estiércol. Si era nauseabundo y repelente incluso a distancia, ¿quién podía imaginar que alguien se refugiara en su interior?

Carol escuchaba hoscamente. Luego dejó de escuchar. Y de pensar. Era mejor que dejara de quejarse, pensó. Su posición era incierta. Y, al contrario de Doc, no se había disciplinado a sí misma para aceptar sin más las cosas que no podía cambiar. Por lo tanto, se dejó llevar por la inercia, una inercia ciega, sorda, en la que el tiempo era a la vez infinito e inexistente.

Tuvieron montones de estiércol durante dos días y dos noches más. A la tercera noche, Earl bajó sin las usuales provisiones.

—Comeréis un poco en la casa —explicó—. También podréis lavaros.

Earl holgazaneaba en el porche, con sus dos perros de aspecto misérrimo husmeando a su alrededor. Sentados a la mesa de la cocina estaban Ma, el capitán del barco, Carol y Doc. Carol llevaba el pelo cortado casi al ras, y ambos llevaban gorros de lana, pantalones y camisas sueltas. Según todas las apariencias, había con ellos tres hombres de la tripulación, tres hombres que estaban de pie detrás del capitán, que parpadeaban, fruncían el ceño o sonreían según el caso, en exagerada imitación de la expresión del capitán.

En aquel momento todos estaban ceñudos.

—¡Veinticinco mil! —El capitán elevó los ojos al cielo—. ¿Qué son veinticinco mil para un riesgo tal? ¡Una mera pitanza!

—El riesgo no existe más que en tu mente —dijo Ma con sequedad—, por lo tanto, es un buen precio.

—Bueno...

—Claro que sí. Si afrontas un riesgo mayor, consigues más dinero. Dos veces más que las otras veces. Esto es todo lo que vas a conseguir.

Los dos cinturones del dinero estaban sobre la mesa. Ma los abrió y sacó una cantidad igual de cada uno de ellos.

Melodramáticamente, el capitán continuó sus protestas:

—¡No puede ser, señora! No lo digo por mí. Somos viejos amigos y con los amigos uno es generoso. Pero mi tripulación... —se volvió hacia sus hombres y les hizo una señal—. ¿Ve usted? ¡No querrán hacerlo! Insisten en que...

—¿A quién crees que estás engañando? —rio Ma—. Estos tipos no saben ni siquiera de qué estamos hablando.

El capitán retrocedió y sus maneras cambiaron completamente hasta ponerse a reír.

—Bueno, uno debe probarlo todo, ¿verdad? Incluso con amigos, es un deber. Pero ahora que nos hemos puesto de acuerdo...

Alargó la mano para coger el dinero, pero Ma puso una mano encima del montón.

—Cuando vuelvas —dijo—. Cuando sepa por estos dos que han llegado donde querían llegar, a salvo y con todas sus pertenencias.

—Pero... pero..., —balbuceó el capitán enrojeciendo—. ¿Cree usted que soy un simple ladrón? ¿No confía usted en mí?

—Vamos, vamos, no he dicho nada de eso.

—Entonces, ¿por qué? Suponga que hay dificultades. ¿Qué ocurrirá si no puedo regresar?

—Pues ocurrirá que te quedarás sin el dinero. Y si ocurre —Ma le lanzó una mirada penetrante—, será que no lo necesitas, Pete.

El capitán bajó los ojos y murmuró que no había por qué discutir aquel asunto; estaba de acuerdo en esperar hasta su regreso.

Ma asintió, recogió el dinero y lo escondió dentro de su vestido.

Earl entró desde el porche. Se intercambiaron apretones de mano y Doc sugirió que Ma y Earl hicieran con ellos el viaje. Ellos se negaron e intercambiaron una mueca, como si entre ambos existiera una especie de juego secreto:

—Me parece que no, Doc. Yo y Earl somos la clase de gente a la que le gusta vivir aquí.

—Sí —dijo Earl—. Realmente nos gusta mucho vivir aquí.

—Y, naturalmente, no podemos marchar ahora, ahora que Roy está

todavía en la cárcel.

Doc dijo que lo comprendía. Hubo un embarazoso momento de silencio durante el cual nadie pareció capaz de decir nada ni de moverse. Y luego, impulsado por algo en la actitud de Ma, Doc se sintió obligado a ofrecer algo en pago de la ayuda que ella y Earl les habían prestado.

—Estoy profundamente agradecido —dijo aparentando sinceridad—. Ya sé que has dicho que no necesitabais dinero, pero...

—Bueno, vamos a ver... —dijo Ma—. ¿Qué beneficios te parece que te hemos proporcionado, Doc?

—¿Qué? —Doc mantuvo su sonrisa cálida, pero se le encogió el estómago. Varias veces había contado mentalmente el dinero de los cinturones y lo había dividido por dos—. Bueno, no podría precisarlo, Ma. Es un beneficio, puesto que tú lo dices, y siempre estoy de acuerdo contigo.

—¿Qué te parecen cinco de los grandes?

¡Cinco! Había esperado... bueno, no sabía qué había esperado. Pero, cuando la gente hace contigo un negocio como éste es casi siempre para conseguir más de lo que tú puedes dar. Y entonces no hay ninguna alternativa.

—No es mucho —declaró Doc, sintiéndose generoso y aliviado—. Sería una ganga incluso con diez.

—Tú lo has querido así —Ma balanceó la cabeza con satisfacción—. Que lo diga Earl, ¿verdad hijo? Pero no es para nosotros, Doc, lo que tengo en mente es que, si estás seguro de que cinco o diez no te dolerán demasiado...

—Diez. ¡Y no importa si duelen!

—Bueno, pues me gustaría que los hicieras llegar a Pat Ganglioni. Ya te había dicho que estaba allí, me parece. No llevaba mucho encima cuando cruzó y me preocupa el chico...

—El bueno de Pat —dijo Doc—. Veré de encontrarlo, Ma.

—Yo lo habría ayudado, pero llevaba una prisa tremenda y no tuve tiempo de conseguir nada para él. Así pues —balanceó la mano—, estoy muy contenta de que tú puedas hacer algo por él. A menos de que no queráis...

—Es cosa hecha —prometió Doc—. Después de todo, Pat es también un buen amigo mío.

Partieron en el coche del capitán. Doc iba delante, entre el capitán y un miembro de la tripulación, y Carol detrás, entre los otros dos marineros. La niebla se hacía espesa sobre San Diego y descendía lentamente sobre la bahía. El coche avanzaba con cautela; llegaron al muelle por el norte, luego rodearon el centro de la ciudad y volvieron por el sur.

El barco era robusto y estaba amarrado en medio del muelle, entre otras dos embarcaciones, un pequeño pesquero y una lancha, pero ambas estaban a oscuras y reinaba el silencio. El capitán aparcó el coche y dejó las llaves en la guantera para que pudiera utilizarlo cualquiera de sus hombres. Abrió la puerta y habló con rapidez en portugués e inglés.

—Ahora démonos prisa; debemos zarpar con la marea. Pero sin correr. Rápidos, pero lentos, ¿entendido?

Sus dientes brillaron en una sonrisa nerviosa. Salió y los demás le siguieron, moviéndose con rapidez, pero sin prisa, a través del muelle. El capitán subió a bordo y tendió las manos a Carol. Doc aterrizó en cubierta un segundo después, al tiempo que el capitán, hablando en voz baja por encima del hombro, les enseñaba su cabina. Sería la habitación de ellos durante el viaje; él dormiría con la tripulación.

Cerró la puerta tras él y entonces se oyó un murmullo de voces, una confusa maraña de sonidos. Luego el rugir —prontamente callado— del motor del buque. Y se deslizaron por la bahía.

El capitán volvió, bajó las cortinas de las troneras y encendió la luz.

—¿Verdad que se estarán callados? —sonrió con su blanca y nerviosa sonrisa—. En el agua, el sonido se transmite a mucha distancia.

Salió de nuevo. Casi imperceptiblemente, la embarcación tomó velocidad. Se deslizaban entre las profundidades de la niebla y la masa gris se cerraba tras ellos.

Doc dio vueltas por la cabina, inspeccionando automáticamente, igual que hacía en todos los lugares que le eran extraños. No buscaba nada en particular. Simplemente miraba. La mayoría de los delincuentes importantes tienen esta costumbre, costumbre que había salvado la vida de Doc en varias

ocasiones a cambio de la pérdida de la vida de otro o de otros en cada ocasión.

Revisó el pequeño estante de libros y el armario botiquín. Miró debajo de la litera sonriendo a Carol en señal de disculpa, pues ésta se había tumbado a descansar. Manoseó entre los objetos de encima de la mesa, encontró un llavero y abrió y examinó todos los cajones. Al volver a cerrarlos —después de dejar su contenido exactamente como lo había encontrado— dirigió su atención hacia el pesado cofre que descansaba al pie de la litera.

Estaba cerrado con candado en ambos extremos. Doc buscó entre las llaves del llavero, encontró las apropiadas al primer intento y levantó la pesada tapa de roble. Dentro había gran cantidad de mantas de color grisáceo y, entre ellas, varias cajas de municiones, dos rifles de repetición y dos escopetas del doce de cañón doble. Los ojos de Doc se iluminaron. Luego, casi con indiferencia, cargó las escopetas y bajó la tapa del cofre. Cerró los candados sin llave, aunque parecía que sí. Aquello completó su inspección y las actividades derivadas; dejó las llaves en el escritorio y se sirvió una bebida.

Tendida en la litera, Carol observó a su esposo durante unos segundos; luego se volvió del otro lado y cerró los ojos. Su comportamiento era apenas otra variante de una norma establecida. Si hubiera algo nuevo, no dejaría de decírselo cuando y siempre que fuese necesario.

Se durmió.

Casi inmediatamente, al parecer, volvió a despertarse.

Afuera, en la noche, se oía un eco, peculiar del motor de la embarcación. O no, no era un eco, sino el zumbido creciente de otra máquina. Y en las portillas, abriéndose paso a través de la niebla, se veía un rayo de luz.

La cabina estaba a oscuras. Todo estaba en silencio —un silencio tenso, expectante—, excepto la pesada respiración de Doc. Carol podía verlo: notó que se levantaba de su lado. Y cerca de la puerta, descubrió el blanco relámpago de los dientes del capitán.

—Haz lo que te digo, Pete. Mi mujer y yo haremos el resto.

—¡No! ¡Por favor, señor! No puedo... ¡no es necesario! Es sólo una pequeña lancha, no hay más que tres hombres, lo sé. Todo...

—Tanto mejor.

—¡Por favor! ¡Le digo que no es necesario! Se lo juro, conozco a estos guardacostas. ¿Acaso no me conocen a mí? ¿No he hecho esta ruta muchas veces? Solamente charlaremos unos minutos, quizás, y...

—Y mientras tanto ya nos tendrán en sus manos. Sabrán quién eres y a dónde te diriges. Tendrán toda la información que necesitan para echarnos las garras.

—Pero..., pero —hubo un desesperado suspiro en la oscuridad—. Pero, ¿y después, señor? ¿Qué ocurrirá después? Su posición..., deben saberla, y también deben saber en estos momentos que se trata de mi pesquero y...

—Puedes echarnos la culpa a nosotros. Mi mujer y yo subimos a bordo sin que tú te enteraras y nos apoderamos de tus armas y de la munición.

—¡Ja! ¡No van a creerse esta historia!

—¿Por qué no? Es una buena historia —Doc hizo una pausa siniestra—: De hecho, es mejor ésta que la otra.

—¡Eso dice usted! Es muy fácil... ¿qué otra?

—La que tendrías que contar a Ma Santis. No te saldría bien, Pete. Nada de lo que le puedas explicar a ella te daría buen resultado.

—Pero...

El capitán suspiró pesadamente. El zumbido del motor de la lancha se convertía decididamente en ruido.

—No me gusta nada, Pete —dijo Doc amablemente—. Detesto matar y particularmente de esta manera. Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—¿Qué más? —la voz apenas parecía ya la del capitán—. Sí, ¿qué más, señor? ¿Qué otra cosa puede quererse más que la propia esposa?

Y se volvió de espaldas, dejando a Doc. Un momento más tarde se oyó una llamada de «¡Atención, aquí! ¡Atención, *Elena Isabella!*!». Luego un suave golpe y el roce de madera contra madera.

Doc amartilló las escopetas, entregó una a Carol y abrió en silencio las dos portillas.

Había tres hombres en la lancha: un cañonero, el timonel y el capitán, un joven teniente que estaba derecho con un pie descansando en la borda de la lancha y la gorra echada hacia atrás. El timonel se hallaba cerca,

escudriñando con una mano a modo de visera. Con las manos en los bolsillos, el cañonero permanecía cerca del cañón.

Doc le estudió. Puso una mano en el brazo de Carol: ¡espera!, quizá los tres se pondrán más cerca y más a tiro.

—¿Por qué llevas tanta prisa, Pete? —preguntó el teniente con amabilidad, como un amigo que habla a otro amigo—. ¿Intentabas escaparte, alejarte de mí, verdad?

—¿E-escaparme? —el capitán sonrió forzadamente—. ¿Quién se escapa? ¿Quién tiene prisa?

—No has puesto el cebo esta noche, ¿verdad? ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque lo he hecho este mediodía. Además, he hecho provisiones, he cargado el depósito, he besado a mi mujer...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo el teniente—. ¿Tienes un poco de café en la cocina? Jack, acércame nuestra cafetera.

El cañonero se acercó a los dos hombres con un bote de hojalata. El teniente lo tendió hacia la otra embarcación, sin dejarlo.

—¡Ahora! —dijo Doc.

Alcanzó a dos de ellos. Casi les cortó por la mitad con un doble tiro en la cintura. Ambos se doblaron y cayeron en el agua negra de entre las dos embarcaciones. Los tiros de Carol alcanzaron al timonel en el rostro y en el pecho. Todavía vivía cuando dos de los pescadores lo empujaron por encima de la borda y él, ciego, sin cara, intentó asirse a la superficie. Afortunadamente, uno de los hombres le rompió el cráneo con un hacha. Luego hicieron un agujero en el fondo de la lancha y volvieron a subir a bordo de su pesquero.

Los motores rugieron ferozmente. El barco cruzó las olas, se deslizó a toda velocidad, como un objeto aterrado. A toda velocidad, como si nunca pudiera correr lo suficiente, como si nunca pudiera llegar bastante lejos, como si tuviera que correr para siempre. Luego, cuando hubieron pasado las horas, aminoró la marcha. Puesto que lo hecho, hecho estaba y por el momento —por el momento al menos— no había necesidad de correr más.

En cuanto a Doc y a Carol...

Estaban tendidos uno en brazos de otro finalmente unidos, satisfechos.

Doc la estrechaba con fuerza y le acariciaba la cabeza protectoramente. Puesto que Carol era su esposa, mucho más querida que una esposa normal por un marido normal. Y si las circunstancias le habían impulsado a pensar en ella como un adversario —y todavía ahora no estaba seguro de que no lo fuera—, no era por falta de amor ni sin gran lamentación.

Carol se estremecía junto a él, hacía ruidos entrecortados contra su pecho. Él murmuró amorosamente que todo iba bien ahora, que todo había terminado. Luego, al darse cuenta de que Carol estaba riendo, la besó con ternura.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que te hace tanta gracia, eh?

—¡Tú! Yo... yo... no te enfades, Doc, pero...

—Naturalmente que no me enfado. Pero dime qué es lo que te divierte tanto.

—¡Nada! Era... bueno... tú, sencillamente —hizo una deliciosa mueca—. Nunca pensaste, realmente, quedarte en México, ¿verdad? En realidad, era una esperanza lejana, de algún día... Podría asegurarlo. Observaba tu expresión cuando íbamos en tren hacia San Diego y... y...

—¿Y?

—Bueno, pues que ahora no puedes. No, después de lo que ha ocurrido esta noche.

—Exacto —dijo Doc—. Ahora no podemos.

Capítulo 14

La reducida área en donde El Rey es rey sin corona no aparece en ningún mapa y, por diferentes razones muy prácticas, no tiene existencia oficial. Ha corrido el rumor de que el lugar no existe en la actualidad, que es sólo un asilo ilusorio inventado por las mentes malvadas. Y puesto que nadie de buena reputación y de confianza ha regresado de allí...

Bueno, ya me entienden.

Pero el lugar existe.

Enclavado en una pequeña ladera de montaña, sufre súbitos y drásticos cambios de clima. Es casi imposible vestirse de acuerdo con el tiempo del lugar puesto que las ropas medianamente adecuadas para una hora se vuelven inservibles a la hora siguiente. Y sin saber cómo, seguramente a causa de este fenómeno climático, siempre se tiene sed allí. Sin embargo, muchos climas tropicales y semitropicales tienen estas mismas desventajas, y aún peores. Una cosa se puede decir sobre el reino de El Rey: es saludable. Las enfermedades son casi desconocidas. Incluso las enfermedades creadas por el mismo hombre, como la desnutrición y la indigencia, tienen allí mucha menos potencia que la normal, y una persona puede llegar a estar agotada por ellas antes de sucumbir a ellas.

Es un sitio excelente en muchos aspectos. Es saludable. Tiene un clima para cada gusto. Está protegido por una fuerza policial que es la más poderosa y numerosa del mundo, relativamente hablando. Sin embargo, siempre hay constantes quejas por parte de sus invitados expatriados. Una de

las causas más comunes de estas quejas es, extrañamente, que todas las acomodaciones —todo se tiene que comprar— son de primera clase.

No es que los precios sean exorbitantes, no. Por el contrario: una villa con cuatro cuartos de baño, por ejemplo, que costaría varios miles al mes en cualquier urbanización de la costa francesa, se alquila por unos pocos cientos. Pero no se puede encontrar nada más barato. Se tienen que pagar estos pocos cientos. Lo mismo ocurre con la comida y la bebida: nada que no sea lo mejor; otro tanto con la ropa, cosméticos, tabaco y todo lo demás. Todo a precio razonable, teniendo en cuenta su calidad, pero, sin embargo, lamentablemente caro para gente que tiene bastante dinero, pero no puede conseguir más.

El Rey concede mucha importancia a estas quejas, pero en sus viejos ojos relampaguea una luz sardónica. Naturalmente, sólo puede ofrecer lo mejor a sus invitados. ¿No es eso lo que siempre han deseado? ¿No insisten en tener estas cosas, sin mirar el coste? ¡Entonces! Explica que unas acomodaciones menos exquisitas alentarían a un tipo indeseable de inmigrantes, gente con la que ninguno de sus invitados querría verse identificado. Puesto que si se los identificara no serían lo que son ni estarían donde están.

Viendo cómo va desapareciendo su activo por todos lados, las gentes planean febrilmente hacer economías. Restringen la comida, pasan sin bebida, llevan la ropa hasta que se hace harapos. Y el resultado es que en sus bolsillos queda exactamente la misma cantidad que quedaría si hubieran adquirido lo que no han comprado.

Lo que nos lleva al tema del banco de El Rey, otra de las causas de quejas amargas.

El banco no concede créditos, naturalmente. ¿Quién los concedería en casos similares? Así pues, la única fuente posible de ingresos es el interés, que más bien paga el depositario y no al contrario. En cifras de cien mil dólares o más, la tasa es del seis por ciento; pero en sumas menores, esta tasa se eleva duramente, alcanzando un terrible veinticinco por ciento en sumas de cincuenta mil o menos. En pocas palabras, es casi imperativo que un propietario conserve su cuenta en o por encima de la cifra de cien mil. Pero no puede conservarla por medio de un programa de escatimar y de pasarse sin

las cosas. Cuando los cheques mensuales de una persona caen por debajo de un total arbitrario —la cantidad aproximada que le costaría vivir en la categoría de primera clase— se encuentra sujeta a unos cargos de «cuenta inactiva». Y estos cargos, añadidos a la cantidad sacada del banco, son invariablemente iguales a la cantidad de «primera clase».

Las cosas son como tienen que ser, naturalmente. El Rey debe mantener una comisaría provista de un buen equipo y sólo puede hacerlo mediante unas bases fijas de apoyo. Esto ocurre en casi todos los complejos de primera clase. Se recoge una determinada tarifa de cada huésped y si éste utiliza o no lo que paga es cosa suya, exclusivamente.

Hablemos de otra analogía: nadie viene obligado a depositar su dinero en el banco de El Rey. Pero la empresa del lugar, especialmente la policía, no asume ninguna responsabilidad en estos casos si el dinero es robado... cosa que puede suceder muy fácilmente. Hay buenas razones para creer que la propia policía es la que roba a los no depositarios, pero no hay manera de probarlo y, con toda certeza, nada se puede hacer para evitarlo.

Así pues, las quejas prosiguen. El Rey es injusto: no se le puede ganar. («¿Quiere discutir de justicia conmigo, señor? Pero, ¿acaso espera ganar la discusión?»). Escucha cortésmente todas las quejas, pero es imposible conseguir de él cualquier satisfacción. No oye tus palabras, contesta con preguntas, replica con duras e irónicas parábolas. Dígale que tal cosa o tal otra está mal y sugiera una sustitución óptima: él le echará en cara el antiguo proverbio acerca del rey que tenía dos hijos llamados Uno y Ninguno.

—Se hizo una investigación acerca de sus caracteres para saber quién era el bueno y quién el malo. ¿Cuál fue la respuesta del rey? Pues que Uno es ninguno y Ninguno es uno.

La gente le maldice. Le llaman diablo y le acusan de creerse Dios. Y El Rey asiente a cada cargo:

—Pero, ¿dónde está la diferencia, señor? ¿Dónde está la diferencia entre castigo y recompensa cuando uno consigue solamente lo que pide?

Muchos de los inmigrantes llegan a pares, matrimonios o parejas, pues el viaje es arduo y a menudo no puede hacerse sin la devota asistencia de un acompañante. Al principio, cada uno se administraba su dinero y contribuía

con todo cuidado con la mitad exacta de los gastos comunes. Pero esto es terrible, conduce a discusiones y, además, no importa lo que tiene uno, puesto que nadie es completamente libre del espectro del deseo. Así pues, muy pronto se estableció una discusión acerca de las ventajas de una cuenta común y todos se pusieron de acuerdo en que debían abrirla. Y desde entonces... bueno, el éxito depende de quién de los dos es el más astuto, el que tiene más sangre fría o el que duerme menos.

Y sea quien sea el superviviente (que se queda con la cuenta a su disposición) no permanece mucho tiempo solo. Lo alentarán a que busque un nuevo compañero, o alguien se encarga de hacerlo. Y cuando esta asociación llegue a su fin, como es debido, todavía habrá posibilidad de otra.

El proceso sigue adelante: inevitable, inmutable. Tan sencillo como el abecé.

Se ha mencionado la policía de El Rey; se ha hablado de la protección que proporciona al pueblo. Pero esta es una palabra de amplias implicaciones. Si uno está protegido no debe molestar. Debe recordar que la vida pertenece a la vida. Debe ser capaz de reprimirse y no pasar la línea de su deber obvio para pillar a un descreído que no merece existir.

Las porras no existen en el dominio de El Rey. Nunca se dispara, ni se vapulea ni se estrangula a nadie; nadie muere mediante las usuales acciones del asesinato.

De hecho, no hay asesinos. Oficialmente no hay ninguno. El elevado número de muertes deriva del número de suicidios y de la gran tendencia de los inmigrantes a los accidentes fatales.

Las hermosas piscinas de las villas se utilizan raras veces. Los caballos de los establos públicos se vuelven gordos por falta de ejercicio y las lanchas permanecen días y días rozando los muelles. Nadie pesca, nadie caza, nadie juega golf, tenis ni flechas. En pocas palabras: excepto el gran baile anual que organiza El Rey, no hay vida social en el lugar. Cualquiera que se acerque a otro sospecha o es sospechoso.

Doc ya no sabía qué hacer. Un día, pocos meses después de su llegada,

dio un paseo por las colinas. Y desde allí llegó a un pueblo emplazado en un agradable valle y oculto a la ciudad. La única calle estaba graciosamente empedrada; los edificios eran blancos, frescos. La brisa le llevó el olor de carne asada. Las únicas personas visibles eran dos hombres a un extremo de la calle, dos hombres que barrían y abrillantaban las piedras con largas escobas. Doc les reconoció; les había saludado una o dos veces en la ciudad. Levantó la mano en señal de saludo, pero al parecer no le vieron, continuaron barriendo y desaparecieron dentro de un edificio.

—¿Diga, señor? —un carabinero uniformado de azul se le acercó desde la puerta de una casa—. ¿Puedo servirle en algo?

—No, gracias —sonrió Doc—. Por un momento me ha parecido que conocía a aquellos dos hombres.

—¿Los barrenderos? ¿Son amigos suyos?

—Oh, no. En absoluto. A decir verdad, apenas les conozco.

—Ya entiendo. Bueno, son recién llegados esos dos. Ahora vivirán aquí. No se extrañe, pues, de la ausencia a sus habituales costumbres.

Doc miró a su alrededor e hizo un comentario acerca del agradable aspecto del lugar. El carabinero estuvo de acuerdo en que todo estaba muy bien cuidado.

—Es lo debido. Cada residente contribuye en lo que puede.

—Ya —asintió Doc—. Es una cooperativa, ¿no? Se contribuye con trabajo en lugar de hacerlo con dinero.

—Exactamente, señor.

—Vaya, vaya —Doc lanzó otra apreciativa mirada a su alrededor—. Me estaba preguntando... mi esposa y yo tenemos una villa muy bonita en la ciudad, pero...

—No, señor. No sería admitido aquí.

—Bueno, se podría intentar... —empezó Doc. Pero el oficial le cortó en seco.

Estaba seguro de que no sería admitido. Cuando llegara el momento, se le notificaría.

—Puede estar seguro, señor. Mientras tanto, quizá le gustaría dar un paseo por aquí... ver cómo será su futuro hogar...

Doc dijo que sí y echaron a andar por aquella calle ancha, limpia. El humo se enrollaba por encima de las chimeneas de las casas, pero nadie estaba en la puerta ni miraba por las ventanas y apenas si se oía algún sonido proveniente de los hogares. El aire seco parecía más cálido que de costumbre y Doc se detuvo para secarse el rostro.

—¿Dónde está la cantina? Quiero beber algo.

—No hay cantina, señor. No puede comprar bebidas aquí.

—Bueno, entonces un poco de café.

—Tampoco, señor. Ni bebida ni comida de ninguna clase.

—¿No? —Doc frunció el ceño—. ¿Quiere usted decir que todo se tiene que traer de la ciudad? Me parece que no me gustaría eso.

El oficial sacudió lentamente la cabeza.

—A usted no le gustaría, señor, pero no era eso lo que yo quería decir. No se trae nada de la ciudad. Nada excepto la gente.

Las palabras parecieron quedar suspendidas en el aire como un mensaje pintado sobre el silencio. El carabinero pareció estudiarlas atentamente, mirar a través de ellas hasta posar su mirada en los ojos de Doc. Y luego habló con amabilidad, como si contestara a una pregunta.

—Sí, señor. Así es como es. Sin duda habrá usted notado la ausencia de cementerio.

—P-pero... —Doc se pasó una mano nerviosa por la boca—. P-pero...

Este olor que llena el aire. Olor de pimienta, de carne asada. El pimienta puede conseguirse en cualquier parte, pero la carne...

—Asombroso, ¿verdad, señor? Y es una fácil transición. Sólo se necesita vivir realmente como se había vivido hasta ahora aparentemente.

Y sonrió con amabilidad. La náusea se atascó en la garganta de Doc; era todo lo que podía hacer para evitar golpear a aquel hombre.

—¿Asombroso? —exclamó—. Es... es un asco, ¡eso es lo que es! Es odioso, terrible, inhumano...

—¿Inhumano? Pero, ¿qué otra cosa se puede hacer, señor?

—¡No se ponga sarcástico conmigo! Me he cargado a hombres mejores que usted sin...

—Estoy seguro de ello. Por esto está usted aquí, ¿no? Pero, espere —el

hombre señaló hacia alguna parte—. Aquí hay alguien que le conoce a usted, creo.

El hombre acababa de salir de una de las casas. Medía más de un metro ochenta y su peso normal debía haber sido —sí, debía haber sido— no menos de ciento diez kilos, si bien ahora no debía sobrepasar de una tercera parte.

Sus ojos se veían enormes en el rostro demacrado. Su cuello no era más grueso que la muñeca de Doc. Era increíble que pudiera mantenerse vivo. Pero, naturalmente, el clima era muy saludable en el reino de El Rey y mucha gente vivía hasta los cien años y más.

El hombre arrastró los pies hacia Doc, balanceándose en silencio. Por su mutismo y la exagerada lentitud de sus movimientos, era como un hombre preso en una terrible pesadilla.

—Pat... —la voz de Doc era casi un susurro—. Pat Ganglioni. —Automáticamente retrocedió ante aquella aparición, pero luego, sacando fuerzas de flaqueza, caminó hacia el hombre y le tomó en sus brazos—. Todo va bien, Pat. Tranquilízate, muchacho. Ahora ya ha pasado todo. —Dio unos golpecitos amistosos en el esqueleto de Ganglioni y éste se puso a llorar silenciosamente.

El carabinero les observaba y en sus ojos brillaba una luz de simpatía desacostumbrada.

—Un caso triste —murmuró—. Muy, muy triste. Es incapaz de resignarse. Y está aquí desde hace más tiempo que nadie.

—¡Cállese! —Doc se volvió hacia el carabinero con enfado—. ¿Puede proporcionarme un coche..., un carro? Algo para sacarle de aquí...

—Yo... pues... sí. Me llevará un poco de tiempo, pero sí.

—¡Pues hágalo! ¡Rápido!

—Perdón, señor —el carabinero no se movió—. Ha dicho que quiere sacarle de aquí. ¿Para llevarle adonde?

—¿A dónde? ¡A mi casa, naturalmente! A algún lugar en donde pueda cuidarle, en donde pueda volver a tenerse en pie.

—¿Y después, señor?

—¿Después?

—¿Continuará cuidando de él?

—¿Cómo...? Ah, bueno... —balbuceó Doc—. Bueno, sí, naturalmente. Supongo que sí. Quiero decir...

—Estará obligado a ello, señor. Al menos hasta que sea capaz de cuidarse a sí mismo. De lo contrario, sería tan desagradable, tan cruel. Inhumano, como ha dicho usted hace un momento.

Gangloni empezó a temblar violentamente. No podía hablar, pero podía oír; como un hombre en una pesadilla, supo que estaba a punto de ser liberado. Doc intentó débilmente alejarse, pero los brazos del esqueleto se apretaron en torno a su cuerpo.

—¿Es un buen amigo, eh? Usted le debe mucho —el carabinero era la simpatía personificada—. Lo entiendo. Quiero decir que es un hombre de principios... quizá ahora está un poco distorsionado, pero...

Secamente Doc consiguió librarse de Gangloni y dio unos pasos atrás al tiempo que murmuraba disculpas.

—Yo... volveré más tarde... créelo... Primero tengo que arreglar unos asuntos... tengo que hablar con mi esposa... No tendrá nada que oponer, seguro, pero... ya sabes..., ya sabes cómo son las mujeres... quiero decir... yo... yo ¡Pat! ¡No me mires de ese modo! ¡No...!

Le volvió la espalda y empezó a correr.

En la brisa súbitamente fría le llegó la voz del carabinero:

—¡Hasta la vista, señor!

Te dices a ti mismo que es un mal sueño. Te dices que has muerto —tú, no los otros— y que te has despertado en el infierno. Pero sabes que no es así. Lo sabes muy bien. Los sueños tienen un final y éste no lo tiene. Y cuando la gente muere, muerta está. ¿Quién mejor que tú puede saberlo?

El Rey no hace más que lo que debe hacer. Su refugio criminal es, por encima de todo, un gran negocio. No te mata para hacerse con tu botín. Te valora según el dinero que tienes. Regentea un lugar de primera clase y no podría hacerlo si a ti se te fuera permitido ser miserable. Y tampoco te permite gozar de su negocio cuando se te ha terminado el dinero. Si te dejara quedar no habría lugar para los recién llegados, y si tú y los de tu clase

podierais quedaros, pronto le quitaríais el lugar. Estaríais vosotros en su lugar y él en el vuestro, en esta calle empedrada con estas casas blancas, deslumbrantes, limpias. Él lo sabe muy bien. Él y sus subordinados nativos lo saben, lo cual explica su gusto por la ironía, por el simbolismo. Mantienen constantemente un espejo ante ti para que te veas tal como eres y tal como ellos te ven.

No, es imposible engañarse. El reino está aquí, a pesar de los mapas y de la oficialidad. Está aquí, puedes llamarlo como quieras. Y bien mirado, consideradas todas las cosas, probablemente es el mejor lugar de su especie. Y las malas caras, si es que las hay, derivan no de El Rey sino de los huéspedes.

El Rey no te cazaré, no te mataré. No puede y no quiere cuidarse de ti, pero tampoco quiere poner fin a tu vida, no importa cuánto tiempo vivas. Y en este clima extrañamente saludable, parece que puedes vivir una eternidad.

En el dominio de El Rey hay una noche del año —la noche del gran baile anual— en la que no hay «suicidios» ni «accidentes fatales». Se registra, con educación, pero a fondo, a todo el mundo antes de entrar en el Palacio del Rey, en donde se celebra la fiesta. Se advierte a todo el mundo que cualquier molestia que reciba cualquier invitado será considerada con gran descontento. Han pasado muchos años desde que ocurriera aquella desagradable caída de una víctima desde la ventana de un cuarto piso: caída accidental. Sin embargo, cada uno de los presentes debió abonar una fuerte multa y el supuesto instigador del accidente, el marido de la mujer, sufrió una confiscación total de su cuenta bancaria. Así pues, en la actualidad, no sólo no se produce ningún movimiento sospechoso, sino que todo el mundo demuestra un gran interés para que nadie se salga de la raya. Si levantas un poco la voz, inmediatamente cien ansiosos ojos se posan en ti. Si buscas súbitamente un cigarrillo o un pañuelo, docenas de personas se te acercan.

Muy elegante con frac y corbata blanca, Doc McCoy se hallaba apoyado en la baranda de la galería del salón de baile; miraba por encima del movedizo conjunto de bailarines, saludaba a una pareja, sonreía a uno, se

inclinaba cortésmente ante otro. Impecablemente arreglado, con las sienes plateadas, era la perfecta estampa de un caballero en su ambiente, un caballero encantador. Pero en ninguna ocasión se había encontrado menos a gusto, nunca se había sentido tan miserable.

Su incomodidad física —los pies hinchados, la espalda dolorida— era ampliamente atribuible a las esposas de los jefes de justicia de El Rey. Ninguna de las dos damas sobrepasaba el metro cincuenta y su peso era considerablemente más elevado que un cuarto de tonelada. Y eran más incansables que cualquier esposa con la que Doc se había encontrado. Había bailado con ellas por turno, murmurando exquisiteces mientras le destrozaban los pies, susurrando cumplidos mientras su espalda se quejaba de la constante inclinación. Las había adulado hasta la saciedad y con buen resultado, pues tenían fama de ser irascibles en privado, de llevar los pantalones en el hogar. Luego, mientras se felicitaba en silencio, había visto a Carol que bailaba en brazos del jefe de policía y había adivinado que sus esfuerzos no habían servido para nada. El jefe de policía contra los jefes de justicia; si existía alguna ventaja, estaba de parte de Carol, que sufriría, quizá, si él era víctima de un suicidio o de un accidente mortal.

Hacía más de una hora que no la veía a ella ni al jefe de policía. Su ansiedad iba en aumento. Tenía que pensar algo rápidamente o aquél sería el último gran baile al que asistía.

Echó una mirada al salón de baile. Luego se volvió, aparentando no haber visto una mano gorda, femenina, que le saludaba a través de la muchedumbre, y bajó lentamente hacia el paseo bordeado de palmeras. Por alguna asociación de ideas, recordó un día lejano en Kansas, el prado al que él y Carol se habían dirigido después de bajar del tren.

«...Deberíamos relacionarnos de verdad de nuevo, Doc. ¡Debemos hacerlo! Muy pronto».

Doc sonrió amargamente. ¿Relacionarse de verdad? Oh, no, no era necesario. Ahora, lo terrible era que se conocían demasiado. Vivían para conseguir lo que deseaban; se deshacían del primero que se interponía en su camino o del que había dejado de serles útil. Aquella actuación era un modelo fijo: eran ellos. Y en el momento de poner las cartas boca arriba, no

demostrarían ningún agradecimiento mutuo, como no lo habían demostrado hacia muchos otros...

Ensimismado en su pensamiento, Doc siguió por el paseo; miraba distraídamente a través de las puertas de los innumerables salones, salas y bares. Desde uno de ellos, el gordo Ike Moss le llamó amablemente, pero Doc, sonriendo, sacudió la cabeza y siguió adelante. Ike Moss, pensó con desagrado. Qué indecoroso, qué cobarde puede llegar a ser un hombre. No hacía una semana que su mujer se había ahogado en la bañera y ahí estaba él, vestido a la perfección y tragando todo lo que se le ponía delante.

Probablemente debió vaciar la nevera después de haber terminado con ella, pensó Doc. Y cabeceó en silencio ante el cuadro que se le había presentado en la mente.

Llegó a una pequeña habitación de billar; iba a pasar de largo cuando se detuvo bruscamente, enderezó los hombros y cruzó la puerta.

El doctor Max Vonderscheid se hallaba junto a una de las mesas. Su cuerpo encogido y giboso estaba vestido de rancio negro, las colas del frac casi rozaban el suelo. Su cabeza gris, leonina, apenas sobresalía del borde de la mesa. Pero todavía aparecía austeramente elegante y digno y hacía correr las bolas con un cuidado casi mágico.

Introdujo las dos últimas con una difícil carambola. Doc aplaudió desganadamente y Vonderscheid apoyó el taco en el suelo y levantó la cabeza hacia él.

—¿Sí, señor McCoy? ¿Puedo servirle en algo?

Hablaba casi sin acento, excepto cuando estaba cerca de El Rey, según había observado Doc. Aquel hombre y El Rey parecían estar en muy buenas relaciones; este último hacía grandes concesiones al doctor respecto al alquiler y otros gastos.

Sin embargo, Vonderscheid debía tener alguna fuente de ingresos y no debía poder sacar demasiado partido de ellos aquí.

—¿Sí? —había un brillo peculiar en sus ojos hundidos—. ¿Acaso no puede librarse de sus pensamientos?

—Disculpe —se apresuró a decir Doc—. Estaba absorto observando su juego y... bueno, sí, creo que puede ayudarme. Yo... bueno, la verdad es que

estoy muy preocupado por mi esposa. Me parece que no se encuentra bien del todo.

—Ya entiendo. ¿Qué quiere?

—Bueno... —Doc bajó la voz—. Es algo muy confidencial, doctor. Me gustaría discutirlo en privado.

Vonderscheid se volvió y miró alrededor de la sala. Sus ojos se detuvieron un momento en un rincón protegido por un biombo. Con las cejas levantadas, se volvió de nuevo hacia Doc:

—Aquí creo que estaremos suficientemente tranquilos —dijo—. Sí, es un lugar perfecto. Y ahora, hábleme de su esposa y del asunto que le ha traído hasta mí.

Doc empezó una cautelosa explicación. Todavía no había terminado cuando Vonderscheid le interrumpió con un gesto de impaciencia.

—¡Por favor, señor McCoy! ¡Tanta charla para un asunto tan vulgar! ¿Quiere usted que examine a su esposa, no? Que le sugiera que debo examinarla sin decirle que ha sido usted quien lo ha sugerido. Y luego quiere que la convenza de que necesita operarse. Y que durante el curso de la operación, yo...

—¡No es necesario que vuelva a repetirlo! —dijo Doc rápidamente—. Después de todo, mucha gente muere en la enfermería. Ahora, si quiere decirme el precio aproximado por su trabajo...

—Si lo hiciera no le costaría nada. Quitar del mundo a usted o a su esposa sería para mí un placer y un privilegio. Lamentablemente, no puedo hacerlo. Mi nombre es Vonderscheid, no Katzenjammer. Soy un médico, no un asesino.

—Un momento —Doc frunció las cejas—. Me parece que no me ha entendido bien, doctor. Usted piensa que yo...

—¡Por favor! —Vonderscheid le hizo callar bruscamente—. No me pregunto lo que pienso de usted o de su esposa. No me importa lo que han hecho ustedes con sus hermosos cuerpos, con sus mentes fuertes, con oportunidades ilimitadas. Si yo hubiera tenido sólo la mitad de lo que tienen ustedes, yo o el pobre Rudy Torrento...

—¡Ah, se trata de eso! —dijo Doc sardónico—. Usted y Rudy eran

amigos, por lo tanto, naturalmente...

Calló. Vonderscheid había retrocedido un paso y agarraba el taco con las dos manos. Le amenazaba y Doc intuyó que no había nada más que decir.

—¿Se estará usted quieto, McCoy? —el doctor le miraba con furia—. Bueno, pues voy a terminar. Rudy era mi amigo, sí. Estaba enfermo, le habían maltratado casi desde que nació. Le habían convertido en lo que era y no podía ser otra cosa. Nunca había tenido un amigo; y yo lo fui. No le miraba como a un criminal. No porque yo también había saltado las leyes y me consideraba su igual. ¡Eso es todo, señor McCoy! Todo excepto dos cosas. Su esposa ha hablado conmigo hace sólo unos minutos y me ha hecho una proposición similar a la suya. De hecho, es posible que todavía esté por aquí cerca —señaló el biombo—. Así pues, si quieren consolarse mutuamente...

Rio cruelmente, dejó el taco de billar sobre la mesa y se alejó.

Doc se pasó la mano por los labios. Permaneció quieto durante un momento y luego, con indiferencia, rodeó la mesa y retiró el biombo.

Carol tenía una silla portátil frente a ella. Silenciosamente, Doc se sentó a su lado y, también en silencio, ella le ofreció un trago mirándole con ojos cálidos.

—Ha estado muy duro contigo, Doc. Lo siento.

—Oh, bueno... —suspiró Doc—. Espero que no lo haya sido tanto contigo, querida.

—No me preocupo por mí. A mí me ha tratado mu) mucha gente, pero a ti, a ti que siempre te han querido...

Carol le acarició una mano y Doc se volvió hacia ella, pensativo.

—¿Sabes? —dijo—. Creo que me quieres de verdad.

—¿Quererte? —Carol frunció las cejas—. Naturalmente que te quiero. ¿Acaso no me quieres tú a mí?

—Sí —asintió Doc lentamente—. Sí, Carol. Es extraño, pero te quiero mucho. Siempre te he querido, siempre te querré y no podría amar a nadie más.

—Yo tampoco. Yo... ¡oh, Doc, Doc!

—¿Y esto no cambiará nada, verdad Carol? ¿O sí?

—¿Sí? —Carol se enjugó las lágrimas con un pañuelo—. Si tú dices que sí yo diré que sí, Doc. Pero, ¿qué diablos puede cambiar?

Doc cabeceó vagamente. Llenó de nuevo los vasos. En la torre del palacio una gran campana empezó a dar las doce y en el salón de baile la orquesta atacó los compases de *Hogar dulce hogar*.

—Bueno —dijo Carol—, espero que lo olvidemos pronto, Doc.

—Sí —dijo Doc—. Ya está olvidado, Carol.

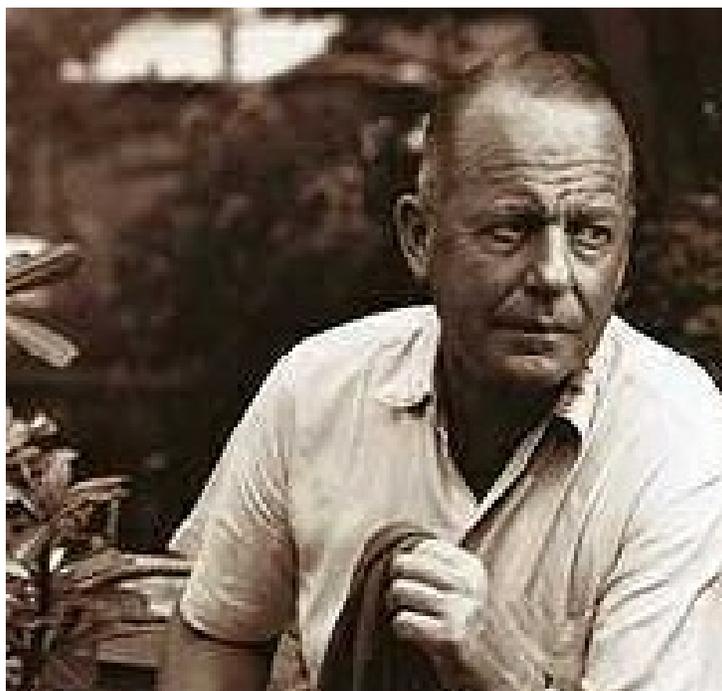
—¡Oye! —dijo Carol, y su voz sonó súbitamente enfadada, asustada, torturada—. ¡Voy a brindar por ti, querido Doc!

—¿Por qué? ¿De qué se trata? —preguntó Doc al tiempo que acercaba su vaso al de Carol.

—¡Por ti! ¡Por ti y por nuestra feliz escapada!

—Y por ti, querida —dijo Doc—. ¡Y por otra nueva victoria!

Fin



JIM THOMPSON. (Anadarko, 1906 – Los Ángeles, 1977). Es uno de los mayores exponentes de la novela policíaca norteamericana del siglo XX, además de un notable guionista cinematográfico. Escribió relatos, novelas y colaboró con la industria cinematográfica de Hollywood, firmando guiones para películas de la categoría de *Atraco perfecto*, dirigida por Stanley Kubrick. Entre sus novelas, son memorables *El asesino dentro de mí*, *Noche salvaje*, *Una mujer endemoniada*, *Un cuchillo en la mirada*, *La huida*, *Los timadores*, *1.280 almas* e *Hijo de la ira*.